

MISTERIO EN VILLA RAT —A— TAT

*Erid
Blyton*



Jaques

Lectulandia

¿Quién llama a la puerta en medio de la noche? Nabé, Roger, Diana y Chatín investigan y encuentran huellas en la nieve, pero no hay nadie a la vista. La señora Cosqui les dice que es una advertencia, la última vez que se escuchó en Villa Rat-a-Tat fue hace cien años. ¿Puede esto tener algo que ver con el muñeco de nieve que creyó ver espiándola a través de la ventana? Los cuatro amigos están determinados a solucionar el rompecabezas, pero cuando Chatín hace de detective, desaparece misteriosamente...

Lectulandia

Enid Blyton

Misterio en Villa Rat-a-Tat

Misterios de Barney - 05

ePub r1.1

Gand 09.09.14

Título original: *The Rat-a-tat Mystery*

Enid Blyton, 1956

Traducción: C. Peraire del Molino

Ilustraciones: Anyon Cook

Editor digital: Gand

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Prefacio

Éste es el quinto libro en el que aparecen Roger, Diana Chatín y su perro «Ciclón», y Nabé y su monita «Miranda». Los otros cuatro son:

Misterio en Rockingdown

Misterio en la feria

Misterio en la aldea

Misterio en Tantán

En todos ellos aparecen los mismos personajes que en éste, pero cada libro es una obra completa. El perro «Ciclón», es mi propio perro «Laddie».

En este preámbulo debo decir unas palabras acerca de Nabé, el muchacho circense. En los cuatro libros anteriores, Nabé era un niño que trabajaba en los circos, y que sólo había conocido a su madre, también artista de circo. Cuando ella murió le dijo que su padre vivía y que tratara de buscarle. Como Nabé estaba solo en el mundo deseaba encontrar a su padre... y se puso a buscarle. En uno de sus viajes conoció a Roger, Diana y Chatín, y su perro «Ciclón», con los que hizo gran amistad. En el cuarto libro, Misterio en Tantán, al fin encontró a su padre.

En Misterio en Villa Rat-a-Tat es el primer libro en que aparece con su padre y su familia, ya no trabaja en los circos. Espero que os gustará.

Con mis mejores deseos,

Enid Blyton



Capítulo I

Vacaciones de Navidad

—¿Cuánto van a durar estas vacaciones de Navidad? —exclamó el señor Lynton dejando su periódico al oír un terrible estrépito procedente del piso de arriba—. A veces me parece que vivo en un manicomio... ¿Qué están haciendo esos niños arriba? ¿Es que ensayan saltos mortales?

—Supongo que será Chatín, como de costumbre —repuso la señora Lynton—. Estaba haciendo su cama. ¡Oh, Dios mío... otra vez!

Y yendo hasta la puerta gritó:

—¡Chatín...!, ¿qué estás haciendo? Tu tío se va a enfadar de verdad.

—¡Oh, lo siento! —respondió Chatín a gritos—. Es que estaba corriendo los muebles un poco... y la mesilla de noche se ha caído. Me olvidé de que estabais debajo. Eh, cuidado... «Ciclón» baja por la escalera y esta noche está un poco loco.

Un «spaniel» negro bajó por la escalera a toda velocidad, y la señora Lynton

apresuróse a portarse de su camino. «Ciclón» patinó por todo el recibidor y la salita, hasta los mismos pies del señor Lynton, que le propinó un golpe en la cabeza con el periódico doblado, que le hizo salir huyendo de allí a la misma velocidad con que había entrado.

—¡Qué casa! —gimió el señor Lynton cuando regresó su esposa—. En cuanto llega Chatín desaparece la paz y la tranquilidad. Y además hace que Roger y Diana sean tres veces peores... y en cuanto a su perro «Ciclón», esto aún más loco que antes.

—No te preocupes, querido... al fin y al cabo sólo es Navidad una vez al año —replicó la señora Lynton—. Y el pobre Chatín debe pasar las vacaciones en algún sitio... olvidas que no tiene padre ni madre.

—Bueno, quisiera que no fuese sobrino mío —dijo el señor Lynton—. ¿Y por qué hemos de tener en casa también a su perro?

—Oh, Ricardo... ya sabes que Chatín no vendría si no admitiéramos a «Ciclón»... le adora —contestó su esposa.

—¡Ah! —exclamó el señor Lynton, volviendo a desdoblar su periódico—. De manera que Chatín no va a ninguna parte sin «Ciclón»... pues bien, las próximas vacaciones le dices que no podemos tener al perro en casa... y tal vez entonces deje de molestarnos.

—Oh, querido, no lo dirás en serio —exclamó la señora Lynton—. Chatín siempre te saca de tus casillas en cuanto pasa unos días en casa. No tardarás en volver a la oficina.

En el piso de arriba, Chatín, sentado sobre su cama, que seguía sin hacer, acariciaba las sedosas orejas de «Ciclón», con sus primos Diana y Roger, que habían acudido a ver cuál era la causa de aquel estropicio.

—Te vas a ganar una buena regañina —le dijo su primo—. Nunca te acuerdas de que tu habitación está encima de la sólita. ¿Para qué querías cambiar los muebles de sitio?

—Bueno, en realidad no tenía intención de moverlos —repuso Chatín—. Pero se me cayeron diez céntimos detrás de la cómoda, y cuando la corrí pensé que estaría mejor en el lugar de la mesilla, pero se vino abajo.

—Vas a recibir una buena reprimenda de papá —le dijo la niña—. Le oí decir que te estabas ganando una. Realmente eres un tonto, Chatín. Papá no tardará en volver a la oficina. ¿Por qué no te portas bien hasta entonces?

—¡Si me porto bien! —exclamó Chatín, indignado—. De todas maneras, ¿quién derramó el café por encima de la mesa esta mañana? ¡No fui yo!

Roger y Diana contemplaron a su primo pelirrojo y lleno de pecas que les miraba fijamente con sus ojos verdes. Los dos le querían mucho, pero la verdad es que algunas veces resultaba muy impertinente. Diana lanzó una exclamación de

impaciencia:

—Bueno, no me extraña que papá se canse de ti, Chatín. Tú y «Ciclón» corréis por la casa como un huracán... ¿y por qué no puedes enseñar a «Ciclón» a no coger los zapatos y cepillos de las habitaciones? ¿Sabes que esta mañana ha cogido el cepillo de la ropa de papá? Sólo Dios sabe cómo logró sacarlo de la mesilla de noche.

—¡Oh, cáscaras! ¿De veras? —exclamó Chatín levantándose de la cama a toda prisa—. Cuando tío Ricardo lo descubra se pondrá furioso. Iré en seguida a buscarlo.

Las Navidades habían pasado alegremente en el hogar de los Lynton. Los pequeños regresaron del colegio muy animados ante la perspectiva de buenas comidas, regalos y diversiones. Chatín había estado algo abatido al principio temiendo que sus notas escolares fueran peores que de costumbre, y sus tíos quedaron muy sorprendidos al verle tan cortés y servicial.

Pero esto fue cosa de los primeros días, y ahora Chatín había vuelto a ser el niño ridículo e impertinente de siempre ayudado en todos sentidos por su «spaniel» negro: «Ciclón». Su tío no tardó en cansarse de él, sobre todo desde que Chatín se olvidó de destapar la bañera e inundó el cuarto de baño. ¡De no haber sido Navidad, seguro que Chatín se lleva una buena reprimenda!

De todas maneras, todos disfrutaron mucho aquellas fiestas, aunque los niños hubieran preferido que nevase.

—Sin nieve no parece Navidad —se quejaba Chatín.

—Oh, tendremos mucha en cuanto pase Navidad —dijo la señora Lynton—. Siempre ocurre así. Entonces podréis pasar el día al aire libre, hacer bolas de nieve, ir en trineo y patinar... ¡y así me veré libre de vosotros algún rato!

Pero todavía no había nevado, sólo caía una llovizna persistente que obligaba a los niños a permanecer en casa la mayor parte del día, ante la contrariedad del señor Lynton.

—¿Por qué tienen que hablar siempre a voz en grito? —decía exasperado—. ¿Y es necesario poner la radio tan alta? ¿Y querrá decirle alguien a ese perro «Ciclón» que si vuelvo a tropezar con él se irá a vivir al cobertizo?

Pero era completamente inútil decirle aquellas cosas a «Ciclón». Si quería sentarse en donde fuese para rascarse, se sentaba, sin importarle que pudieran tropezar con él. Ni siquiera Chatín era capaz de impedirselo, ya que el perro se limitaba a mirarle con ojos melancólicos, meneaba su rabo breve y luego continuaba rascándose.

—¡No sé por qué te rascas! —le decía Chatín, exasperado—. ¿Para hacernos creer que tienes pulgas? Tú sabes que no tienes, «Ciclón». ¡Oh, levántate, te digo!

Una mañana lluviosa Diana iba de un lado a otro importunando a su madre.

—¡Oh, Diana... haz algo, querida! —le dijo la señora Lynton—. ¿Has terminado todo tu trabajo?... ¿Hiciste tu cama, quitaste el polvo de tu habitación...

terminaste...?

—Sí... mamá... todo —le replicó Diana—. De verdad. ¿Quieres que te ayude?

—Bueno, ¿quieres recoger todas las felicitaciones de Navidad? —repuso su madre—. Ya es hora de guardarlas. Ordénalos cuidadosamente y ponías en una caja de cartón, para que podamos enviárselas a tía Lucy..., que con ellas hace álbumes para los niños de los hospitales.

—¡Muy bien! —exclamó Diana—. Oh, ahí está Chatín con su dichosa armónica. Mamá, ¿verdad que la toca muy bien?

—No —replicó su madre—. Sólo consigue horribles sonidos. Déjale que te ayude a recoger las tarjetas, y entonces tal vez se olvide de tocarla. Creo que tu padre se volverá loco si Chatín continúa tocando la armónica.

—Chatín, ven a ayudarme a recoger las felicitaciones de Navidad —gritó Diana—. Cuidado, mamá... «Ciclón» baja la escalera.

—¿Felicitaciones de Navidad? ¿Qué quieres decir? —le preguntó Chatín, entrando en la habitación—. Oh... ¿recogerlas? ¡Bien! Siempre resulta divertido volverlas a mirar. Pongamos todas las graciosas en un montón.

Pronto Diana y él estuvieron escogiendo alegremente las felicitaciones más divertidas, leyéndolas una por una, y colocándolas ordenadamente dentro de una caja.

—¡Oh, aquí está la que nos mandó Nabé! —exclamó Diana—. ¡Mira!... ¿Verdad que es estupenda? Y muy propia de Nabé.

Y le mostró un gran tarjetón en el que se veía una feria como fondo y pulcramente dibujado en una esquina un muchacho con una monita sobre el hombro.

—Nabé se ha dibujado a sí mismo y a «Miranda» en la felicitación —dijo la niña—. Chatín... ¡me gustaría saber si ha disfrutado estas Navidades con familia por primera vez en su vida!

Roger, que entraba en la habitación en aquel momento, también contempló la felicitación de su amigo.

—¡El bueno de Nabé! —exclamó—. Ojalá pudiera verle estas vacaciones. Vaya... ¿no fue maravilloso que encontrase a su padre... y descubriera que tenía además toda una familia?

—Sí —repuso Diana, recordándolo—. Pasó toda su vida en el circo pensando que su padre había muerto. Y luego, al morir su madre, ella le dijo que todavía vivía y que debía buscarle...

—Y él se puso a buscarle por todas partes —continuó Roger—. Y recordáis cómo le encontró por fin... durante las últimas vacaciones, en Tantán, aquel pueblecito junto al mar donde veraneábamos... y lo simpático que era, exactamente igual que Nabé...

—Oh, sí —repuso Diana que lo recordaba todo con suma claridad—. Y luego Nabé supo que no sólo tenía padre, sino abuela, un tío, tías...

—¡Y primos! —concluyó Chatín—. Troncho, qué Navidades tan estupendas debe haber pasado Nabé. ¡Apuesto a que ahora ya se ha olvidado de nosotros!

—¡Y yo apuesto a que no! —replicó Diana en el acto—. Escuchad... ¡tengo una idea imponente! ¡Preguntemos a mamá si podemos invitarle a pasar unos días con nosotros! Entonces podrá contarnos todas las novedades.

—Y veremos otra vez a «Miranda», su monita —dijo Chatín, emocionado—. ¿Has oído, «Ciclón»? Veremos a «Miranda»!

—¡Vamos a preguntárselo a mamá ahora mismo! —exclamó Diana saliendo de la habitación a toda prisa—. ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Dónde estás?



Capítulo II

Nabé

Los tres niños corrieron al piso de arriba en busca de la señora Lynton. «Ciclón» fue con ellos, casi empujándoles, tal era su ansiedad por llegar el primero, y sin cesar de ladrar contagiado por la excitación de los niños que no iba a dejar de compartir.

El señor Lynton, que estaba escribiendo unas cartas en su habitación, lanzó un gemido.

—¡Ese perro! ¡Si continúa así tendré que echarle de casa sin contemplaciones!

—¡Mamá! ¡Hemos tenido una idea estupenda! —le dijo la niña al ver a su madre que llevaba toallas limpias al cuarto de baño.

—¿Sí, querida? —repuso su madre—. Chatín, ¿puedes decirme cómo te las arreglas para poner las toallas tan negras? ¿No habrás estado subiendo por el tubo de

una chimenea por casualidad?

—¡Ja, ja! ¡Qué graciosa! —replicó Chatín en un tono muy amable.

—Oh, mamá, escucha. ¡Hemos tenido una idea magnífica! —volvió a decir la niña.

—¡Sí! ¿Podemos invitar a Nabé a pasar unos días con nosotros, mamá? —dijo Roger, yendo directamente al grano—. ¡Di que sí! A ti te gusta Nabé, ¿verdad?

—Y no le hemos visto desde este verano —dijo la niña—. Desde que encontró a su padre y a toda su familia y se fue a vivir con ellos.

—Y tenemos que verle —dijo Chatín, apartando la alfombra de baño lejos de «Ciclón», que se estaba sacudiendo como si fuera una rata.

—Bueno, queridos —comenzó la señora Lynton, pareciendo indecisa—. Bueno... la verdad es que no sé qué decir.

—Oh, ¿por qué? ¿Por qué no podemos invitar a Nabé, y a «Miranda» también, por supuesto? —insistió Diana, atónita—. Siempre te ha sido simpático, mamá, tú lo sabes.

—Sí, querida, y sigue siéndomelo —replicó su madre—. Pero no creo que papá reciba con agrado a nadie más mientras vosotros tres volvéis la casa al revés y...

—¡Oh, nosotros no lo volveremos del revés! —exclamó Diana—. ¿No he estado ordenando cosas toda la mañana? ¡Oh, mamá, seremos muy ordenados y estaremos calladitos si dejas que venga Nabé! Tenemos que saber de él antes de regresar de nuevo al colegio.

—Bueno, tendrás que pedírselo a papá. Diana —le dijo su madre—. Si él dice que sí, podéis invitarle. Yo lo dejo enteramente en sus manos.

—Oh —exclamó Diana con pesar—. ¿No podrías preguntárselo tú?

—No —repuso la señora Lynton—. Y deja de abrir los grifos, Chatín. He dicho que basta. Y haz el favor de sacar a «Ciclón» del cuarto de baño o no tardará en apoderarse de la esponja.

—Vamos, «Ciclón» —dijo Chatín con voz triste—. Aquí no nos quieren. Vámonos los dos a jugar al garaje.

—No —dijo Roger en tono firme—. Tú vendrás con nosotros a preguntar a papá si podemos invitar a Nabé.

—No puedo —replicó Chatín—. El tío dijo que no quería volver a verme en toda la mañana, ni a mí ni a «Ciclón».

—Oh, bueno... ven tú. Di, y se lo preguntaremos los dos a papá —dijo Roger—. Y por lo que más quieras, Chatín, no empieces a tocar la armónica en la misma puerta del despacho mientras nosotros estemos dentro.

«Ciclón» bajo la escalera a toda velocidad como de costumbre, seguido de Chatín, que bajaba los escalones de tres en tres. La señora Lynton meneó la cabeza sonriendo para sus adentros. Nadie conseguiría enseñar a Chatín y a «Ciclón» que

aquella no era manera de bajar la escalera.

El señor Lynton oyó unos golpecitos discretos en la puerta de su despacho y levantó la cabeza de las cartas que estaba abriendo.

—¡Adelante! —dijo y entraron Diana y Roger.

—¿Qué es esto? —dijo el padre—. Supongo que no vendréis a pedirme dinero ya, después de todo el que os di por Navidad.

—No, papá, no —apresuróse a decir Roger—. Ni siquiera nos ha posado por la imaginación pedirte más. Sólo... queríamos preguntarle... si... er... bueno... pensamos que sería muy agradable...

—Agradable y además correcto... —dijo la niña—. Si nosotros... er... si Nabé pudiera...

—¿Qué significa esto? —preguntó su padre impaciente—. ¿Es que no sabéis hacer una pregunta a derechas?

—Pues quisiéramos saber si Nabé podría venir a pasar unos días con nosotros —dijo Diana por fin—. Te acuerdas de Nabé, ¿verdad, papá? Aquel muchacho artista de circo tan amigo nuestro.

—Sí, le recuerdo —replicó el señor Lynton—. Un muchacho muy simpático... de ojos muy azules... ¿no tenía un mono?

—¡Sí, papá! —exclamó Roger excitado—. «Miranda»... un encanto. ¿Podremos invitarles?

—Preguntádselo en el momento oportuno a vuestra madre.

—Ya lo hemos hecho —contestó Roger—. Y ha dicho que te lo preguntáramos a ti.

—Entonces yo digo que no —fue la respuesta del señor Lynton—. Y estoy casi seguro de que vuestra madre también piensa lo mismo... ¡estas vacaciones la estáis agotando! Además, vuestro tío-abuelo Roberto va a venir a pasar tres días, y en realidad me he estado preguntando si no debía enviar a Chatín y a «Ciclón» a casa de su tía Agatha, mientras esté aquí tío Roberto... no creo que el buen señor pueda soportaros a los tres... y además a ese perro loco de «Ciclón».

—¡Oh, papáito! ¡No pensarás en serio en invitar a tío Roberto durante estas vacaciones! —exclamó Diana—. Habla, habla y habla, y nosotros no nos atrevemos a abrir la boca, y...

—¡Tal vez le haya invitado por eso! —dijo su padre guiñando un ojo—. No... en realidad se ha invitado él mismo. No ha estado muy bien últimamente... por eso estoy seguro de que no podría soportar a Chatín y «Ciclón»... y la armónica.

—Oh —dijo Diana con tristeza—. Bueno, entonces es inútil invitar a Nabé... en primer lugar no habría sitio. Oh, deseaba tanto verle estas vacaciones... y ahora no le veremos en mucho tiempo. ¿No es posible evitar que venga tío Roberto, papá?

—No, no puedo —repuso su padre—. Y aunque pudiera, no invitaría a Nabé...

¡uno más que añadir a esta casa de locos! Y debéis advertir a Chatín que tendrá que irse pronto a casa de su tía Agatha.

Chatín quedó horrorizado al conocer la noticia.

—¡Pero a mí no me gusta ir allí! —dijo—. «Ciclón» tiene que vivir en una perrera... ¡y yo tengo que lavarme lo menos veinte veces al día! Escuchad, no tocaré más la armónica. Y dejaré de silbar. Y bajaré las escaleras de puntillas, y haré lo...

—¡Tonto! —exclamó Roger—. ¡Con eso sólo conseguirías que mamá creyera que estabas enfermo o algo por el estilo! ¡Troncho! ¡Todos nuestros planes por tierra!

—Y ahora no veremos a Nabé —se lamentaba Diana—. Ni a la pequeña «Miranda».

—Vaya... —dijo Chatín de pronto—. ¡Mirad... está nevando!

Corrieron hacia la ventana para mirar al exterior. Sí, grandes copos de nieve caían mansamente. Diana miró hacia el cielo, pero los copos eran tan espesos que lo ocultaban por completo.

—Si continúa así nos divertiremos —dijo Roger, animándose un poco—. Y cuando venga tío Roberto podremos pasar todo el día al aire libre... jugando con la nieve y deslizándonos en el trineo.

—Y patinando si hay hielo —dijo Diana, emocionada.

—¡Pero yo no estaré aquí! —dijo Chatín con tal desesperación que los otros se echaron a reír—. Yo estaré con mi tía Agatha y tío Horacio, y el pobre «Ciclón» tendrá que vivir en una perrera.

—Pobre Chatín. No te preocupes. Tal vez no venga tío Roberto —intervino Diana para animarle.

Pero al día siguiente se recibió una carta de tío Roberto anunciando su llegada para dentro de dos días. Chatín miró a su tía con pesar. ¿Le dirían que se marchase ya? Estaba dispuesto a prometer cualquier cosa antes que eso. Sobre todo ahora que la nieve había alcanzado una considerable altura y los estanques habían empezado a helarse, y sabía muy bien que en casa de su tía Agatha no habría trineos ni patinaje.

Mas la señora Lynton se mantuvo firme. Si tío Roberto no estaba muy bien, lo peor que podría sentarle era una dosis de Chatín y su perro. Tal vez sufriera un ataque al corazón con las cosas de que «Ciclón» era capaz.

—Tengo que telefonar a tu tía Agatha en seguida —le dijo—. No pongas esa cara, Chatín, que el mundo no se va a acabar por eso.

Y fue al recibidor para telefonar... y cuando ya iba a coger el aparato, empezó a sonar el timbre. ¡Ring-ring! ¡Ring-ring! ¡Ring-ring!

—¡Ojalá sea tío Roberto diciendo que no viene! —exclamó Chatín; pero no era él, y la señora Lynton se volvió sonriendo.

—¿Quién diríais que quiere hablar con vosotros? —les dijo—. ¡Es Nabé!

—¡Nabé! —exclamaron todos, corriendo hacia el teléfono, que Roger fue el

primero en coger—. ¡Nabé! ¿Eres tú de veras? ¿Qué tal has pasado las Navidades?

Luego escuchó la respuesta de Nabé... y de pronto una expresión de felicidad iluminó su rostro.

—¡Oh, Nabé! ¡Qué idea más estupenda! ¡Sí, se lo preguntaré a mamá... no cuelgues... se lo preguntaré ahora mismo!

Chatín y Diana apenas podían esperar para saber qué era lo que Roger debía preguntar a su madre.

—¡Mamá! —dijo Roger—. Nabé y uno de sus primos van a ir a posar unos días a una casa que tiene su abuela junto a un lago rodeado de colinas... el lago está helado y las colinas cubiertas de nieve... de manera que podremos ir en trineo y patinar. Y dice si nos dejas ir a nosotros también... Diana y Chatín lanzaron exclamaciones de gozo.

—¡Claro que iremos!

—Nabé dice que si nos das permiso, esta noche telefonaré su abuelita para quedar de acuerdo contigo —continuó Roger con los ojos brillantes—. Oh, mamá... nos dejas ir, ¿verdad? Así iremos a casa de Nabé en vez de que él venga a la nuestra... y Chatín no tendrá que ir a casa de su tía Agatha... y tío Roberto podrá estar aquí en paz sin ninguno de nosotros que le moleste. Oh, mamá... ¿podemos ir, verdad que sí?



Capítulo III

Una invitación atrayente

La señora Lynton contempló los rostros ansiosos de los niños y asintió sonriente.

—Sí. No veo por qué no habéis de ir. En realidad considero que es un medio excelente de solucionar todas nuestras dificultades. ¡Oh, Chatín, querido, no hagas eso!

Chatín había cogido a su tía y danzaba a su alrededor de contento y gritando:

—¡Hip, hip, hip, hurra; hoy es un día, día feliz!

El señor Lynton salió al recibidor para ver qué ocurría y les escuchó con aire aprobador.

—¡Ah! Así vuestro tío Roberto tendrá un poco de paz y tranquilidad... y nosotros

también —concluyó—. Espero que no dejaréis a «Ciclón». La verdad es que quisiera perder de vista a ese perro por una temporadita.

—¡Así será! —gritó Chatín, acercándose a su tío para hacerle bailar también, pero por suerte lo pensó mejor... a su tío no le gustaban aquellas tonterías.

Roger fue a comunicar a Nabé el consentimiento de sus padres y a saber algunos detalles más. Diana le arrebató el teléfono al cabo de un par de minutos, deseosa de hablar con el bueno de Nabé, y oyó un cuchicheo ininteligible.

—¡Oh, eres tú, «Miranda»! —exclamó encantada al oír de nuevo el parloteo familiar de la monita—. Te veremos pronto, «Miranda», pronto, pronto, pronto.

—¡Guau, guau! —ladró «Ciclón» sin comprender lo que ocurría, pero queriendo tomar parte en la algazara general. Trató de apoderarse de la alfombra que tenía a los pies el señor Lynton; menos mal que Chatín le detuvo a tiempo.

Todos estaban excitados por haber tenido noticias de Nabé. Después, también Chatín había hablado con él, y cuando al fin colgaron el teléfono, fueron a reunirse en la sólita para comentar las novedades.

—Imaginaros... una casa en mitad de las colinas nevadas... y además junto a un lago helado... ¡no podría ser mejor! —exclamó Roger, entusiasmado—. Tengo que buscar mis patines. Tienes suerte, Chatín, a ti te regalaron unos nuevos estas Navidades.

—¿Y nuestro trineo? —preguntó Diana—. No creo que ahora nos sirva... es demasiado pequeño. Hace tres años que no lo utilizamos. ¡Qué lástima!

—Yo compraré uno nuevo con el dinero que me dieron estas fiestas —pregonó Chatín—. Oh, vaya... ojalá pudiera comprarle patines a «Ciclón»...

Roger se echó a reír.

—Ojalá. «Ciclón» estaría graciosísimo patinando... ¡no sabría qué pata utilizar primero!

—¡Oh, es demasiado bueno para ser verdad! —dijo la niña, recostándose en su butaca—. Mamá, ¿no te importa que vayamos, verdad? ¿No te sentirás sola sin nosotros?

—Oh, no —replicó su madre—. Estaré encantada de poder dedicar todo el tiempo a tío Roberto. Gracias a Dios, «Ciclón» no estará aquí. ¿Cuándo va a telefonarme la abuelita de Nabé para ponernos de acuerdo en el día, la hora y otros detalles, Roger? ¿Te lo dijo Nabé?

—Sí. Te llamará esta noche —repuso Roger, y luego se volvió a los otros—. Nabé parecía el mismo de siempre, ¿verdad? —les dijo.

—El mismo —convinieron Diana y Chatín.

—¿Por qué no iba a serlo? —preguntó la señora Lynton, sorprendida.

—Oh, no lo sé —contestó Roger—. Después de haber vivido en el circo tanto tiempo... llevado ropa raída y sin tener a menudo lo suficiente para comer... sin ir

nunca al colegio... luego encontrar toda una familia y tener que estudiar... y trajes decentes, y comer en la mesa en vez de hacerlo en cualquier parte... pues, no sé... creí que tal vez hubiese cambiado.

—Nabé nunca cambiará —dijo Chatín—. Nunca. Vaya... pensar cómo nos deslizaremos por las colinas en trineo... ¡uuuuuuu!

Y patinó a toda velocidad sobre el suelo encerado, deteniéndose al ver el rostro de su tía. Y patinando... y girando...

Tropezó con una mesita que Diana sujetó a tiempo para que no se cayera.

—¡No te hagas aún más tonto de lo que eres! —le dijo—. Apuesto a que te caerás mil veces antes de patinar media docena de pasos. ¡Ah... qué ganas tengo de verte sentado en el hielo!

La abuelita de Nabé telefoneó a la señora Lynton aquella noche. Tenía una voz dulce y amable. ¡Qué suerte la de Nabé por haber encontrado una abuela tan simpática como aquélla!

—Dice que la casa de las colinas ha estado cerrada durante algún tiempo —dijo la señora Lynton a los niños, que aguardaban impacientes—. Sus hijos solían utilizarla para practicar los deportes de invierno cuando eran muy jovencitos. Envió a alguien para que la limpie y ventile, y cree que estará preparada para recibirnos dentro de un par de días.

—¿Va a ir también alguna persona mayor? —preguntó el señor Lynton—. Tiene que haber algún responsable.

—Nabé es muy sensato —replicó Roger al punto.

—La señora Martin... es decir, la abuela de Nabé... dice que va a enviar a la hermana de su cocinera para que les cuide —dijo la señora Lynton—. Les hará la comida, secará sus ropas y procurará que no hagan demasiadas tonterías. Pero yo espero que Roger cuide también de eso. Ya es bastante mayor para que se haga cargo de todo, igual que Nabé.

—Nos portaremos bien —replicó Roger—. No necesitas preocuparte, mamá. ¡Qué suerte... sólo faltan dos días para ir a esa casita!

—No creo que sea muy pequeña —repuso su madre—. Tiene cinco o seis dormitorios, una gran cocina antigua y dos o tres habitaciones más. Tendréis que ayudar un poco a mantenerla ordenada, o la hermana de la cocinera se marchará y os dejará.

—Yo la ayudaré —prometió Diana—. Y nosotros podemos hacernos las camas... aunque lo único que hace Chatín es estirar las sábanas otra vez por la mañana.

—Chivata —replicó Chatín—. Es mi cama, ¿no?

—Creo que lo mejor será que mañana os ocupéis de la cuestión de patines, botas y ropa —dijo la señora Lynton—. Y todos necesitaréis, además, unas buenas botas de agua, naturalmente. Espero que te hayas traído las tuyas del colegio, Chatín. El curso

pasado te las olvidaste.

—Sí, las traje. Por lo menos recuerdo haber visto una —replicó Chatín.

—¿Y cómo se llama la casa? —preguntó Diana.

—Pues... creo que no debo haberlo entendido bien por teléfono —repuso su madre—, pero sonaba algo así como Villa Rat-a-Tat.

Todos rieron.

—¡Qué bonito! —exclamó Diana—. Espero que se llame así. Rat-a-Tat. Villa Rat-a-Tat... ¿por qué le habrán llamado así?

Al día siguiente estuvieron muy atareados preparando las botas, calcetines, guantes, jerseys, patines... todo fue cuidadosamente examinado y preparado. El tiempo continuaba siendo muy frío y volvió a nevar durante la noche.

La previsión anunciaba tiempo frío, mucha nieve y fuertes heladas... a propósito para los deportes de invierno, como Chatín no cesaba de repetir. Sacó su armónica una vez más, y casi los vuelve locos a todos tratando de aprender una nueva melodía. Al fin la señora Lynton se la quitó, escondiéndola en el fondo de una de las maletas que estaban preparando para llevarse.

Pero, sin darse por vencido, Chatín continuó fingiendo tocar el banjo, para lo cual producía un curioso ruido metálico con la boca entrecerrada mientras que con los dedos simulaba tocar las cuerdas de un banjo. Aquello era aún peor que la armónica y, por desgracia, como era un instrumento imaginario, nadie podía quitárselo.

—¿No podrías enviar a ese niño hoy mismo a Villa Rat-a-Tat? —preguntó el señor Lynton al oírle tocar el banjo delante de la puerta de su despacho por vigésima vez durante aquella mañana—. Palabra que es una suerte que no esté aquí para cuando llegue tío Roberto.

Al fin las maletas estuvieron dispuestas, con los patines bien sujetos, y las ropas que habían de ponerse a la mañana siguiente para ir a reunirse con Nabé preparadas sobre una silla. «Ciclón» corría todo el tiempo de un lado a otro tratando de ayudar, y llevándose todos los zapatos y calcetines que estaban a punto de meter en el equipaje. Incluso Chatín llegó a cansarse de él cuando le hizo caer por la escalera y ambos llegaron abajo en revuelta confusión y llenos de cardenales.

—¡Eres un tonto! —dijo Chatín en tono fiero al sorprendido «Ciclón»—. Si vuelves a hacerlo te dejaré aquí. Casi me rompo una pierna. ¡Grrr! ¡Malo!

El perro se metió debajo de un arcón del recibidor, escondiendo el rabo entre las piernas. Había cierto olor a ratón, y lo estuvo pasando en grande olfateando a más y mejor para ver si lo encontraba, ante el asombro del señor Lynton.

—Primero hemos de ir a casa de Nabé, y luego de reunimos con él y su primo continuaremos hasta Villa Rat-a-Tat —dijo Roger a los otros—. Ojalá fuese ya mañana. Me gustaría saber cómo será su primo. Mamá, ¿cuántos días podemos quedarnos?

—Yo creo que hasta que se derrita la nieve —dijo su madre—. Eso es lo que dijo la abuelita de Nabé. Pero, naturalmente, si tardara más de una semana, tendríais que regresar para hacer los preparativos para volver al colegio.

Roger lanzó un gemido.

—¡No lo menciones siquiera! Chatín, basta de ese ruido. O toca otro instrumento para variar. Ese imaginario banjo tuyo me está cansando.

Chatín obedeció, poniéndose a tocar la cítara, que resultaba bastante más agradable. Realmente era una maravilla imitando sonidos. ¡El señor Lynton esperó que a continuación no se le ocurriese ponerse a imitar el tambor!

Al fin llegó el día siguiente... una mañana radiante con un cielo azul y despejado y un sol pálido... y la nieve crujía bajo sus pies como si fuera azúcar.

—¡Maravilloso! —exclamó Diana—. ¡Precisamente lo que queríamos!

Y allá se fueron en un taxi a tomar el tren que había de llevarles al pueblo donde estaba Nabé. «Ciclón» iba tan excitado que tuvieron que ponerle una correa. ¡Y ahora rumbo a la diversión...! Y a los deportes... ¡Hurra por las vacaciones de invierno!



Capítulo IV

En casa de Nabé

La casa de Nabé estaba en Wendleman, y un automóvil les aguardaba en la estación para llevarles... era una gran camioneta utilitaria en la que había mucho espacio para el equipaje. Y lo mejor de todo fue el ver a Nabé que también les esperaba con «Miranda» muy excitada sobre su hombro.

—¡Nabé! ¡El bueno de Nabé! Y «Miranda»; ¡eh, «Miranda»! —les gritó Chatín asomado a la ventanilla del tren mientras éste entraba en la estación. Luego abrió la portezuela del compartimiento y él y «Ciclón» cayeron al andén juntos. Nabé corrió hacia ellos con el rostro radiante y sus ojos azules más brillantes que nunca. «Miranda», la monita, sentada sobre su hombro parloteaba con todas sus fuerzas, pues les conoció a todos en seguida.

—¡Nabé! ¡El bueno de Nabé! —exclamó Diana mientras Roger le daba unas palmaditas en la espalda, y Chatín sonreía con todas sus pecas. Y en cuanto a «Ciclón», estaba completamente loco, y tumbándose de espaldas sobre el suelo pedaleó en el aire a toda velocidad como si fuera en bicicleta, ladrando con fuerza.

—¡Hola! —exclamó Nabé, y en su rostro moreno se reflejó la satisfacción que le producía ver a los niños que fueron sus amigos cuando era sólo un saltimbanqui de circo—. Caramba... cuánto me alegro de volver a veros. ¿No es verdad, «Miranda»?

La monita se subió al hombro de Diana y empezó a susurrarle al oído, sujetando su lóbulo, como solía hacer tan a menudo. La niña rió.

—Querida «Miranda...» no has cambiado nada, nada. ¡Y estás monísima con tu chaquetita roja, tu faldita y el sombrerito!

Nabé estaba distinto. No había crecido ni engordado y su rostro seguía tan moreno como siempre, pero ahora iba bien vestido, llevaba el cabello bien cortado, cosa que rara vez sucedía cuando trabajaba en los circos. En resumen tenía muy buen aspecto y Diana le contempló con admiración.

Nabé se echó a reír al ver los ojos de sus tres amigos fijos en él.

—¿Estoy muy cambiado? —dijo aquella voz que conocían tan bien, y con aquel ligero acento americano que había adquirido durante sus viajes—. Ahora ya no soy un saltimbanqui... sino un caballero... ¡figuraos! Yo, Nabé, el saltimbanqui, el que trabajaba en lo que podía, que no había llevado otra cosa que alpargatas, pantalones sucios y camisas raídas...

Hizo una pausa y guiñó un ojo a sus amigos.

—Sí... ahora soy un caballero..., pero sigo siendo el mismo, ¿veis? Sólo Nabé... ¿no es cierto, «Miranda»?

«Miranda» volvió a saltar sobre su hombro sin dejar de parlotear en su lenguaje ininteligible. ¿Qué le importaba a ella cómo vistiera Nabé, o dónde viviera, o que fuese un acróbata o un caballero? Le daba lo mismo. Siempre sería Nabé.

—Sí, sigues siendo Nabé —le dijo la niña lanzando* un suspiro de alivio, pues había temido que el tener familia, una casa bonita y dinero para gastar, hubiera hecho cambiar a Nabé..., pero no, era el mismo de siempre.

—Vamos —les dijo el muchacho—. El coche está aquí, ¿veis?, y lo conduce mi padre. —Pronunció las palabras «mi padre», con un orgullo que conmovió a Diana. ¡Qué suerte, y qué contenta estaba de que Nabé tuviera padre, y que le hubiese encontrado después de tantos años de creerle muerto!

El padre de Nabé, el señor Martin, estaba sentado ante el volante. Los niños se maravillaron de su asombroso parecido... los mismos ojos azules brillantes y tan separados... cabellos color de trigo maduro, y boca grande siempre pronta a sonreír. Sí, no cabía duda de que eran padre e hijo. La única diferencia verdadera en sus rostros era que Nabé estaba mucho más moreno que su padre.

—¡Hola amiguitos! —les dijo el señor Martin sonriendo, cosa que le hacía parecerse más que nunca a Nabé—. Habéis sido muy amables al recorrer tanto camino para ver a Bernabé... o Nabé, como le llamáis vosotros. ¡Subid! Tenemos que comer en casa de su abuelita y luego os llevaré a Villa Rat-a-Tat. Estamos emocionados.

Los niños amontonaron las maletas dentro de la camioneta. «Ciclón» se acomodó en un rinconcito para poder asomar la cabeza por la ventanilla. Le encantaba que sus largas orejas ondearan a impulsos de la brisa. Estaba contentísimo de volver a ver a Nabé, aunque no sabía a qué atenerse con respecto a «Miranda». Había recordado de pronto cómo solía mantenerse sobre su lomo, y la miró de reajo. ¿Volvería a gastarle aquellas bromas?

El coche enfiló la avenida de una casa de buen aspecto, rodeada de árboles, de paredes blancas, chimeneas muy altas y amplias ventanas. Mientras se acercaban, se abrió la puerta principal dando paso a una anciana de ojos tan oscuros como los del monito que, al igual que Bernabé, llevaba sobre su hombro.

—¡Ah, ya estáis aquí! —exclamó—. ¡Bien venidos, bien venidos! Tenía muchas ganas de conocer a los amigos de Nabé. ¡Pasad, pasad!

A los niños en el acto les fue simpática la abuelita de Nabé, que tenía el cabello blanco y ensortijado, el cutis suave, ojos oscuros y una sonrisa vivaz, y cuando le estrecharon la mano sonrieron al ver a su monita sobre su hombro.

—¡Ah, ya veis que tengo un mono igual que Bernabé! —dijo con su voz alegre parecida a la de un pájaro—. Nuestra familia siempre ha tenido monos... mi madre tenía dos. ¡«Jinny» y «Miranda» son buenos amigos!

«Jinny», el pequeño monito no iba vestido como «Miranda». Llevaba una capita amarilla sobre sus hombros, y les tendió su manita diminuta con aire solemne para estrecharles la mano uno por uno. «Ciclón» lo contemplaba atónito. ¿Otro mono...?, o ¿acaso veía doble?

Pronto estuvieron sentados en una habitación acogedora, con un alegre fuego, cortinas vistosas, y una espléndida comida dispuesta sobre una mesa redonda que Chatín contempló con aprobación. Sopa de tomate caliente para empezar... ¡precisamente lo que más apetecía en aquel momento! Fue a ocupar su sitio en seguida sonriendo satisfecho. Aquellas eran las cosas con que más plenamente disfrutaba.

—¿Qué viene después? —preguntó a Nabé en un susurro.

—Ah... Bernabé me ha dicho lo que os gusta —dijo la anciana que tenía un oído muy fino—. Luego hay salchichas... muchas... con cebollas fritas, y tomates... patatas y guisantes. Bernabé ha comido muchas veces con vosotros, lo sé... y ahora me siento orgulloso de que él pueda invitaros a vosotros.

A Chatín le pareció estupendo. Qué señora tan simpática. Nabé era muy

afortunado por tener una familia semejante, y por un instante sintió un poco de celos al contemplar al padre de Nabé, tan arrogante y sonriente. A él le hubiera gustado tener un padre así... pero desgraciadamente no tenía ni padre ni madre, y no era capaz de comprender por qué los niños se quejaban de sus padres... ¿no sabían la suerte que representa tenerlos!

Fue una comida muy agradable, y Nabé les contó todo lo que había estudiado durante el curso. No había ido nunca al colegio, y su padre consideró conveniente que recibiera algunas lecciones particulares antes de enviarle a ninguno. El muchacho era muy inteligente y disfrutaba muchísimo estudiando.

—¡Lo hace tan bien como pasar la maroma o dar volteretas! —dijo su padre riendo.

—¡Qué estupendo! —exclamó Chatín con envidia—. Yo no hago bien ni una cosa ni la otra. Nabé... ¿no echas de menos nunca los circos y ferias donde solías actuar?

—Algunas veces —replicó su amigo—. Pero pocas. De cuando en cuando recuerdo lo divertido que era dormir bajo las estrellas... o comer algún guiso sustancioso procedente de un caldero de la feria cuando tenía hambre... y echo un poco de menos a los artistas.

—Siempre que quieras puedes volver a esa vida, Nabé —le dijo su padre sonriéndole.

—Lo sé —repuso Nabé—. Pero siempre volvería a casa... para estar contigo y con la abuelita. Me gusta la libertad de la vida de circo... pero también el poder echar raíces, como puedo hacer aquí. El sentir que pertenezco a alguna parte... a un lugar o a una familia... es lo que había echado de menos toda mi vida, y ahora que lo tengo, preno conservarlo.

La charla continuó durante toda la comida... feliz, alegre, cordial e íntima. «Ciclón» se tumbó debajo de la mesa sorprendido por la variedad de bocados que le iban dando su amo, Roger y Nabé; y «Miranda», curiosa por ver por qué se estaba tan quieto, se deslizó por la pata de la mesa para investigar y unirse al festín de «Ciclón», ante la contrariedad del chucho. «Jinny», el otro mono, rara vez abandonaba el hombro de su ama e iba cogiendo con su monita los bocados que ella le daba. Algunas veces acariciaba a la anciana, y al igual que «Miranda» hacía con Nabé, metía sus manecitas por su cuello dejándolas allí unos momentos para calentar sus deditos.

—Ahora, después de comer, el coche os llevará a Villa Rat-a-Tat. La señora Cosqui, la hermana de la cocinera, ya está allí.

—La señora Cosqui... ¿de veras se llama así? —preguntó Chatín—. ¿Es cosquillosa?

—No tengo la menor idea —repuso la señora Martin— y yo de ti no trataría de averiguarlo.

—Yo creí que iba a venir también un primo de Nabé —dijo Roger—. ¿Dónde está? ¿Hemos de recogerle en algún sitio?

—No. Está un poco constipado —explicó la señora Martin—. Puede que vaya dentro de un par de días, pero hoy no. Tendréis que instalaros sin él.

Aquello fue del agrado de todos, que estaban deseando poder charlar a solas con Nabé, y un primo desconocido les hubiera violentado.

Montaron en el coche utilitario, se despidieron de la abuelita de Nabé y el pequeño «Jinny», el monito, y emprendieron la marcha por las nevadas carreteras hacia las colinas de las cumbres blancas.

—Despertadme cuando llegemos a Villa Rat-a-Tat —dijo Chatín, que después de aquella comida tan abundante sintió sueño—. ¡Qué bien lo vamos a pasar allí!

—¡Tienes razón, Chatín... espera y verás!



Capítulo V

Villa Rat-a-Tat

El coche tuvo que avanzar lentamente por algunas carreteras porque estaban muy resbaladizas, y tardaron cerca de una hora en llegar al pueblecito de Boffame, que estaba a dos o tres kilómetros de Villa Rat-a-Tat.

—Ahora ya no tardaremos en llegar —dijo el padre de Nabé sentado ante el volante—. Vaya... lo que me había divertido en Villa Rat-a-Tat cuando era pequeño con mi hermano, mis hermanas y mis primos. Tú también te divertirás con tus amigos, Bernabé.

Atravesaron el pueblecito y luego subieron por una colina muy empinada. El coche se detuvo en la mitad sin poder continuar, pues sus ruedas giraban y giraban en

el mismo sitio, sin lograr avanzar.

—Traed unos sacos y la pala, pequeños —les dijo el señor Martin—. ¡Pensé que podía ocurrir esto, así que vine preparado!

Le trajeron la pala y empezó a apartar la nieve de debajo de las ruedas, colocando los sacos en su lugar. Cuando el señor Martin volvió a poner el coche en marcha las ruedas se apoyaban sobre los sacos en vez de hacerlo en la nieve resbaladiza y el vehículo logró llegar lentamente hasta la cima de la colina, donde se detuvo para esperar que los niños le alcanzaran después de haber recogido los sacos y la pala.



—Ha sido una suerte que ayer llevara a Villa Rat-a-Tat todo lo que necesitáis —dijo—. Dudo que el coche pueda llegar hasta allí si continúa nevando.

—¡Tal vez quedemos aislados por la nieve! —exclamó Chatín encantado—.

Perdidos en las colinas nevadas. Aislados en Villa Rat-a-Tat. Así no podremos volver al colegio. ¡Hurra!

«Ciclón» ladró alegremente. Si alguien decía «hurra», significaba que era feliz, así que él también debía celebrarlo. «Miranda» le retorció una oreja y al instante empezó la pelea. El señor Martin se volvió al instante.

—No sé lo que está ocurriendo ahí detrás, pero resulta muy molesto para quien conduce —observó, y «Ciclón» se quedó muy sorprendido al recibir un fuerte manotazo de su dueño.

El coche continuó descendiendo por el otro lado de la colina y luego llegaron a otra. ¿Se quedaría también esta vez a mitad de camino? Pero no, fue subiendo con seguridad y todos exhalaban un suspiro de alivio.

El paisaje resultaba encantador bajo aquella gruesa capa de nieve deslumbrante. Hasta la más pequeña ramita estaba silueteada de blanco y cada borde de cercas y tejados suavizado por la nieve. Diana, asomada a la ventanilla disfrutaba de toda aquella hermosura.

—Qué bien, bajaremos en trineo —exclamó Roger—. Mejor que nunca. Y cuánto vamos a patinar si continúa helando.

—Estoy seguro de que continuará —intervino el padre de Nabé conduciendo el coche por un pequeño valle rodeado de colinas cubiertas de nieve—. Estamos casi al llegar... verás Villa Rat-a-Tat dentro de un minuto... detrás de ese recodo. Ah, ahí está el lago helado, mirad, mirad. ¿Qué os parece?

—¡Oh, es un lago muy grande! —dijo la niña sorprendida—. ¡Qué lástima que no podamos ir en barca y nadar, al mismo tiempo que patinamos!

Todos rieron.

—Es imposible —dijo el padre de Nabé—. Tal vez volváis durante el verano y entonces podréis divertirlos con Nabé y sus primos.

—De manera que ésta es la casa —dijo Chatín con aprobación cuando enfilaron una pequeña avenida—. ¡Ah... me gusta! Es... es bastante extraña, ¿verdad? Con todas esas torres y ventanales.

—Es antigua —repuso el señor Martin—, pero fue construida muy sólidamente y se ha conservado muy bien durante muchos años. Además ha visto un poco de historia. Una vez se hospedó en ella Oliver Cromwell, y se dice que a un célebre español, que fue hecho prisionero, le trajeron aquí... se ocultó... y lo que es más... nunca volvió a saberse de él.

—¡Troncho! —exclamó Chatín emocionado—. Espero que no esté ahí todavía. No sé una palabra de español. Me gusta la extraña Villa Rat-a-Tat, y creo que en ella deben haber ocurrido muchas cosas interesantes.

Mientras el coche doblaba lentamente la avenida para detenerse ante la puerta, ésta se abrió, y alguien salió a darles la bienvenida... una mujer menudita con unas

trenzas oscuras enroscadas en lo alto de su cabeza, y unos ojos negros muy vivarachos. Llevaba una bata floreada y encima un immaculado delantal blanco. A los niños les gustó en el acto.

—¿Es la señora Cosqui? —preguntó Chatín bajando del coche antes que nadie.

—Sí —replicó Nabé—. Pero no le preguntes si tiene cosquillas porque se lo han preguntado cientos de veces y ya está harta. —¡Hola, señora Cosqui! Espero que no se haya sentido muy sola.

—En absoluto. ¡He tenido mucho quehacer! —replicó la mujer, ayudándoles a coger las maletas—. ¿Tenéis frío? Entrad en seguida. He encendido un buen fuego. Buenas tardes, señor Martin... cuánto me alegro de verles a todos, señor; temía que no pudieran llegar por culpa de la nieve.

—Nos atascamos una vez —dijo el señor Martin—. En cuanto deje a los niños instalados tengo que marcharme, porque quiero regresar antes de que empiece a caer más nieve. Parece que el cielo ha vuelto a cargarse.

—Cierto, señor, debe regresar a su casa antes de que oscurezca —dijo la menuda señora Cosqui—. Oh, Dios mío, ¿qué es esto?

Era «Ciclón» que correteaba por la nieve interponiéndose en el camino de todos, como de costumbre.

—No sabía que ibais a traer un perro —continuó la señora Cosqui—. No tengo galletas que darle.

—Oh, a él no le importa comer lo mismo que nosotros —le aseguró Chatín—. Le encantan las tajadas y las costillas.

La señora Cosqui estaba horrorizada.

—¡No comerá nada de eso mientras yo sea la responsable! —dijo llevándoles al interior de la casa—. Me gusta que los perros sepan conservarse en su sitio... y los monos también —concluyó dirigiendo una mirada de soslayo a «Miranda» sentada sobre el hombro de Nabé—. Bien, aquí estáis ya... ¡sentaos y calentaos!

Y les condujo hasta una gran estancia con paneles de madera, en cuyo extremo había una enorme chimenea con un fuego de troncos chisporroteante.

—¡Oh, qué bonito! —exclamó Diana mirando a su alrededor—. Es igual que las casas de los cuentos. ¡Y cuánta luz tiene esta habitación!

—Es por el reflejo de la nieve —repuso la señora Cosqui—. Dios nos asista, ¿qué le ocurre a ese perro?

«Ciclón» estaba gruñendo de un modo muy particular mientras se iba alejando de la chimenea junto a la que había ido a calentarse. Nabé se echó a reír.

—Es que acaba de ver la piel de oso que hay delante del fuego. ¡En un extremo tiene una cabeza disecada y se cree que es de verdad!

Desde luego, el pobre «Ciclón» se había llevado un susto terrible. Había corrido hacia el fuego, y de pronto vio la cabeza de oso de la alfombra con sus brillantes ojos

de cristal fijos en él, y se imaginó que el animal estaba dispuesto a saltar, por eso se fue alejando sin dejar de gruñir.

—Tonto —le dijo Chatín—. Mira a «Miranda...» es mucho más valiente que tú, «Ciclón».

«Miranda» también había visto el oso... pero no era aquella la primera piel de oso que veía y no le preocupaba y se sentó encima de su cabeza burlándose de «Ciclón».

—Te está diciendo que no seas ton cobarde, «Ciclón» —le dijo su amo severamente—. ¡La verdad es que me avergüenzo de ti!

—Bueno, niños, la señora Cosqui os enseñará la casa y vuestras habitaciones —dijo el papá de Nabé mirando su reloj—. Y no dudo de que os habrá preparado una espléndida merienda. Ayudadla todo cuanto podáis, por favor. Nabé, tú eres el responsable aquí y si ocurriera algo malo, avísame en seguida.

—Sí, papá —respondió Nabé—. Supongo que Villa Rat-a-Tat tendrá teléfono.

—Sí —contestó su padre—. Así que estaréis muy bien. La señora Cosqui sabe dónde están los trineos y vuestros patines... que traje con los alimentos, la ropa de cama y todo lo demás. Bueno, que os divirtáis mucho. Señora Cosqui, téngalo todo en orden... y no les consienta ninguna tontería.

—Todo irá bien, señor —repuso la buena mujer con aire enérgico, pero en seguida sonrió—. Disfrutaré teniéndolos aquí —dijo—. Los míos ahora ya han crecido, y me recordarán los tiempos en que estaban a mi alrededor. Espero que tenga un buen viaje de vuelta, señor.

Todos fueron a despedir al señor Martin. Ya estaba empezando a oscurecer, aunque el resplandor de la nieve ponía su luz blanca por todas partes.

—¡Adiós! —gritaron todos agitando las manos hasta que el coche salió de la avenida.

Luego volaron junto al fuego de la sala de los amplios ventanales y muebles brillantes y antiguos. Chatín se acercó a la gran chimenea frotándose las manos de contento.

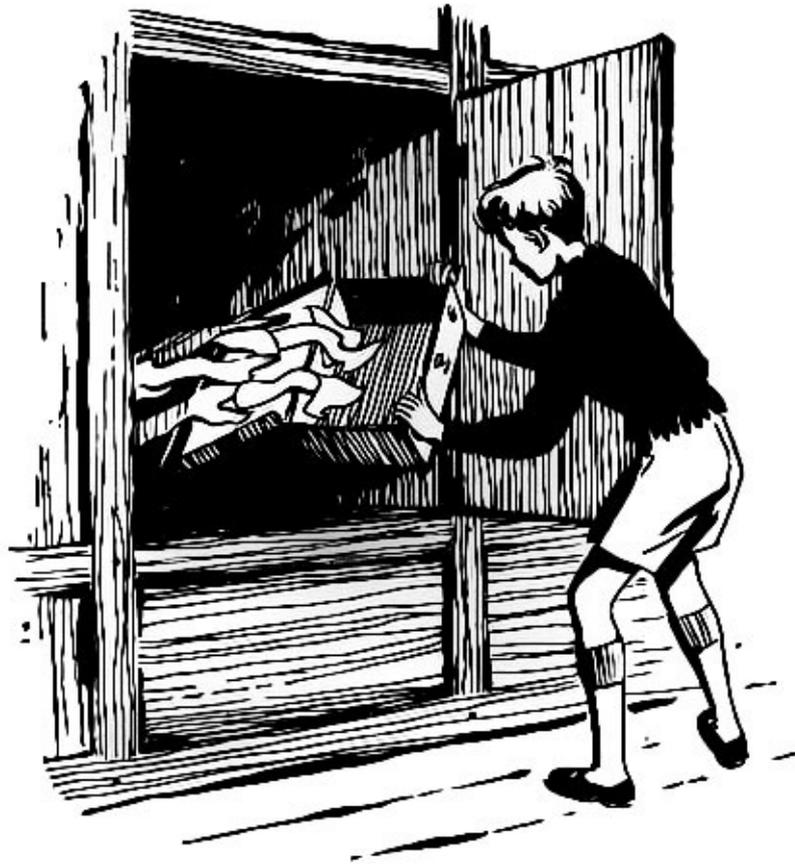
—¿Verdad que es estupendo? —exclamó—. Ojalá pudiera salir ahora mismo para probar el trineo. Imaginaros cómo nos deslizaremos por esas colinas a toda velocidad. «Ciclón», ¿tú crees que te gustará ir en trineo?

«Ciclón» no tenía idea de lo que era aquello, pero estaba seguro de que le gustaría cualquier cosa que fuera del agrado de su amito. Percibía el entusiasmo general y decidió tomar parte activa. Empezó a correr por toda la habitación a toda marcha y ladrando, hasta que de pronto resbaló sobre el suelo encerado y terminó patinando sobre su espalda. Todos rieron.

—¿Es así como piensas deslizarte por la nieve? —dijo Chatín—. Lo harás muy bien, «Ciclón».

—¿Queréis ir a deshacer el equipaje? —les dijo la voz de la señora Cosqui desde

la puerta—. Y cuando terminéis estaréis dispuestos a merendar, estoy segura.
Tenía razón... ¡vaya si lo estuvieron!



Capítulo VI

Instalándose

Una amplia escalera conducía al primer piso de Villa Rat-a-Tat, en cuyo rellano veíanse las puertas de muchas habitaciones. Todas las paredes estaban recubiertas de madera y Chatín no cesaba de golpearlas, rat-a-tat.

—Chatín, ¿por qué haces eso? —le preguntó Diana—. ¿Qué es lo que pretendes?

—¡Ah... ver si hay algún pasadizo secreto! —le replicó Chatín al punto—. ¡Nunca se sabe! ¡Esta casa puede estar llena de pasadizos!

—Bueno, espero que no golpearas las paredes cada vez que pases junto a ellas —dijo su prima.

—Ésta es Villa Rat-a-Tat, ¿no? —respondió Chatín con una sonrisa y volviendo a

golpear otro panel de madera... rat-a-tat—. Vaya, quisiera saber por qué le pusieron un nombre tan raro, ¿lo sabes tú, Nabé?

—No —replicó el muchacho—. Pero tal vez lo sepa la señora Cosqui. Se lo preguntaremos.

La señora Cosqui iba delante abriendo las puertas ante las que pasaban.

—¡Podéis escoger vuestras habitaciones! —les gritó—. Nabé tendrá una para él solo, y también Diana, pero los otros dos niños dormiréis Juntos. El perro puede dormir abajo en la cocina.

—No —murmuró Chatín por lo bajo—. ¡No dormiré en la cocina! Lo hará en mi cama como de costumbre. No podemos separarnos.

Las habitaciones eran muy interesantes. Todas tenían las paredes cubiertas de madera, que Chatín golpeó suavemente con los nudillos, asientos acolchados debajo de las ventanas, palanganeros anticuados y armarios empotrados en la misma pared.

—¡Apenas puede decirse que son armarios! —dijo Diana abriendo el suyo—. Parecen parte de la pared. Nunca había tenido una habitación como ésta. ¡Me parece haber retrocedido cientos de años!

—Nuestra habitación también es imponente —anunció Chatín—. ¿Dónde está la señora Cosqui? Quería decir algo que ella no debe oír. No voy a consentir que encierre a «Ciclón» en la cocina esta noche, de manera que pensaré alguna cosa para evitarlo... y entonces podrá dormir en mi cama como de costumbre. Se pondrá muy triste si ha de dormir en la cocina.

Diana abrió su maleta y fue sacando sus ropas cuidadosamente para colocarlas en el armario mientras los niños exploraban al otro lado de la casa. La señora Cosqui les gritó desde abajo:

—La merienda estará lista dentro de cinco minutos... y hay bollitos calientes, de manera que no tardéis en bajar. Diana llamó a los otros.

—¡Roger... Nabé... Chatín! La merienda está casi a punto, así que daros prisa en deshacer las maletas.

Roger y Nabé acudieron en seguida a colocar sus cosas en las cómodas antiguas y en el armario; en cambio Chatín apareció en el último momento cubierto de polvo y telarañas.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Diana mirándole con disgusto—. ¡No te acerques a mí, por favor! Estás tan lleno de telarañas que probablemente las arañas se estarán paseando por encima de ti.

—¿Sí? —exclamó Chatín sorprendido cepillándose vigorosamente y llenándolo todo de polvo—. He encontrado un ático... muy interesante, con cajas y baúles antiguos. Eh, ¿qué es eso?

Era el sonido vibrante del viejo gong del recibidor. La señora Cosqui, cansada de esperarles, había recordado el gong. ¡Cómo les sobresaltó! «Miranda» se subió a una

cortina y «Ciclón» corrió a esconderse debajo de la cama.

—Supongo que anuncia la merienda —dijo la niña—. Chatín, tienes que deshacer tu maleta y ordenar las cosas antes de bajar. ¡Vamos... date prisa!

—Está bien... está bien, maestra —le replicó Chatín—. ¡No empieces a mandarme! No tardo nada en deshacer mi maleta.

Y así fue. Se limitó a volcar el contenido de su maleta en el interior del armario, que cayó en revuelta confusión, y luego bajó la escalera a toda velocidad, precedido de «Ciclón». La escalera terminaba en un vestíbulo de suelo encerado y «Ciclón» pudo patinar hasta la misma puerta con gran facilidad.

—Muy bien, «Ciclón» —le dijo su amo en tono admirativo, y caminó tranquilamente hasta la sólita, donde los otros acababan de sentarse. Diana le contempló acusadora.

—No has tenido tiempo de deshacer la maleta. ¡Ve a hacerlo!

—Todo está ya en mi armario —replicó Chatín—. ¡Y la maleta está vacía, maestra!

—No me llames maestra —dijo Diana exasperada, pero Chatín ni siquiera la oía. Su atención estaba acaparada por los manjares colocados sobre la mesa de té. Sobre un mantel impoluto habían seis platos con distintas viandas, y delante de Diana una gran tetera oscura y un gran jarro de leche y un azucarero lleno de terrones. Vio además dos platillos con mermelada y un gran tarro con pasta de anchoas.

—Chatín contempló admirado las seis fuentes.

—Tostadas de pan con mantequilla... bollitos calientes, por lo menos tres para cada uno... carne de membrillo... un gigantesco pastel de chocolate... bizcochos de tamaño doble al normal... almendrados. ¡Almendrados... mi golosina predilecta! ¡Eh, señora Cosqui, señora Cosqui!

Y el entusiasmado Chatín acompañado de «Ciclón» corrió a la cocina para decir a la sorprendida señora Cosqui lo que pensaba de la merienda. Estuvo dudando si la abrazaría o no, pero al fin decidió que todavía no la conocía muy bien.

A la señora Cosqui le satisfizo en gran manera su admiración por la primera comida que le había preparado.

—Vete a paseo —le dijo muy contenta—. ¡Eres tremendo! ¡Será mejor que te des prisa o los otros se lo habrán comido todo antes de que vuelvas a la mesa!

Aquello hizo que Chatín saliera corriendo, pero con alivio vio que aún quedaban muchas cosas. Tuvo que comer a dos carrillos para alcanzarles, pero eso a Chatín nunca le preocupaba.

—Tus modales en la mesa no han mejorado nada —le dijo su prima que detrás de aquella enorme tetera se sentía tan importante como su madre.

—Lo siento, maestra —repuso Chatín con voz tan humilde que todos rieron—. Escribiré cien veces «Debo complacer en todo a la querida Diana», «Debo complacer

en todo a la querida Diana».

—De un momento a otro voy a tirarte algo a la cabeza —replicó Diana—. Probablemente la tetera.

—Bueno —fue la respuesta de Chatín—. Pero aguarda a que esté vacía. Tal vez quiera tomar otra taza de té. Vaya, mira a «Miranda», Nabé... está metiendo los dedos en la mermelada de fresa y luego se los chupa.

—«Miranda»... ¿cómo puedes hacer una cosa así? —le dijo Nabé en tono de reproche, y la monita escondió su cabeza dentro de su cuello como si estuviera avergonzada... ¡pero al minuto metía otra vez la pata en la mermelada!

Fue una merienda alegre y divertida en la que Nabé disfrutó más que ninguno. Durante varios años había sido un muchacho solitario deseoso de la compañía y estímulo de aquella charla familiar que nunca tuvo. Ahora participaba de aquella diversión, y tomaba parte de todas las bromas con sumo placer. Pero nadie tenía una respuesta más pronta que el irresistible e impertinente Chatín... que nunca se quedaba sin saber qué decir.

Todos ayudaron a recoger el servicio de té. A aquella hora, naturalmente, la señora Cosqui ya había tenido que encender las lámparas, que eran de petróleo, muy antiguas, puesto que en Villa Rat-a-Tat no había electricidad.

—Tened mucho cuidado con esas lámparas —les advirtió—. Y si te da por correr con ese perro loco, Chatín, procura no tirarlas o incendiarás la casa.

—Iré con cuidado —prometió Chatín.

—Arriba, en el descansillo, hay velas —continuó la señora Cosqui—, y he dejado otras en el recibidor para cuando subáis a acostaros. Y si queréis más leña para el fuego, está ahí en ese armario junto a la chimenea. Si necesitáis más iré a buscarla fuera.

—No —replicó Roger en el acto—. Yo iré a buscarla... y díganos si necesita que hagamos alguna otra cosa, señora Cosqui, y lo tendrá hecho en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Eso es lo que quería oír! —dijo la mujercita complacida mientras se alejaba sonriente. Se sentaron alrededor del fuego.

—Ahora podemos jugar un rato —dijo Chatín—. He traído las cartas. Iré a buscarlas. —Y empezó a subir la escalera golpeando las paredes a cada momento... ¡toc-toc-toc... rat-a-tat, rat-a-tat!

—Ojalá no lo hiciera —exclamó Diana—. ¿Por qué Chatín tiene siempre que hacer algún ruido?

Chatín volvió con sus cartas y los niños le oyeron golpear los paneles de madera. «Ciclón» escuchaba con la cabeza ladeada igual que «Miranda», pues resultaba un sonido irritante que les atemorizaba.

—Pongamos más leña en la chimenea antes de empezar —dijo Roger abriendo la

puerta del armario donde se guardaban los troncos. Sacó uno que puso en el fuego y luego lo cerró antes de sentarse con los otros alrededor de la mesa para jugar a las cartas.

Pero no habían jugado más que una partida cuando algo les sobresaltó. Era un sonido repetido... ¡toc-toc-toc... rat-a-tat-tat! ¡Toc-toc-toc... rat-a-tat!

Ciclón empezó a gruñir y aquello también les asustó. Ahora no era Chatín quien golpeaba las paredes puesto que estaba en la mesa con ellos escuchando atemorizado.

—Bah... ¡debe ser la señora Cosqui que debe dar golpes en la cocina! —exclamó Roger, viendo que Diana estaba asustada.

—No —replicó su hermana en voz baja—. Es en esta habitación. ¡Pero aquí no hay nadie más que nosotros!

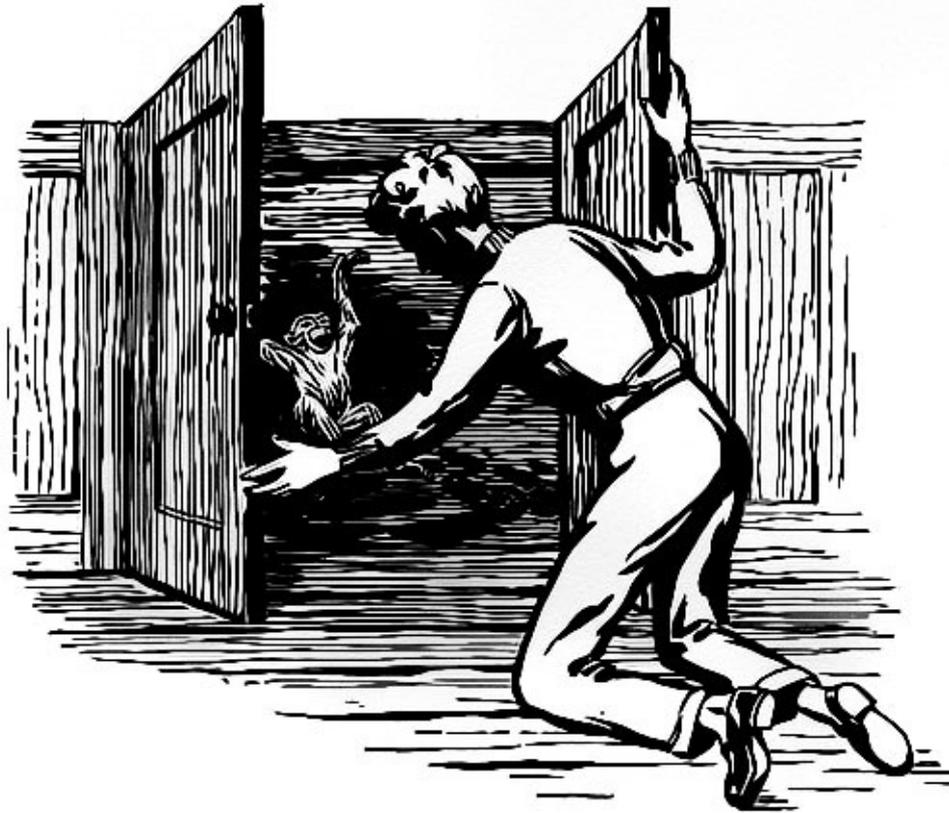
—¡Toc-toc-toc... rat-a-tat! Eran exactamente los mismos golpes que diera Chatín en los paneles de madera mientras subía y bajaba la escalera.

—Es en esta habitación —dijo Nabé, sobresaltado—. ¿Qué puede ser? ¿Quién lo hace? No me gusta.

—Llamemos a la señora Cosqui —intervino Roger gritando a continuación—: ¡Señora Cosqui! Venga. ¡De prisa! La señora Cosqui acudió muy extrañada.

—¿Qué ocurre? —preguntó viendo sus rostros sorprendidos.

—Escuchen —dijo Roger cuando volvió a sonar el suave toc-toc-toc—. Esos golpes, señora Cosqui... ¿de qué pueden ser?



Capítulo VII

¡Rat-a-Tat!

La señora Cosqui permaneció en el centro de la habitación escuchando y su rostro fue adquiriendo una expresión alarmada.

—¡Los golpes! —exclamó—. ¡Los golpes! ¡Vuelven después de tantos años!

—¿Qué quiere usted decir, señora Cosqui? —dijo Nabé—. Mi padre no me ha hablado para nada de estos golpes... y él conoce todo lo referente a esta casa.

—Puede que él no sepa lo de los golpes —dijo la señora Cosqui aliviada al ver que cesaban—. A mí me lo contaron ayer en el pueblo de Boffame. Por eso esta casa se llama Villa Rat-a-Tat.

—Siéntese, señora Cosqui, y cuéntenoslo —le dijo Nabé, y la cocinera obedeció en el acto sentándose en el mismo borde de una silla y se dispuso a comenzar el relato

en voz baja.

—Sólo os contaré lo que se dice —empezó—. Una leyenda que se ha venido contando a través de los años, ¿comprendéis? Yo se la oí al viejo Juan Hurdie en la oficina de correos, y dice que a él se la contó su bisabuelo.

—Continúe, continúe —la apremió Roger cuando ella se detuvo para tomar aliento. Un pedazo de madera rota por el fuego hizo que el tronco rodara hasta el borde de la chimenea sobresaltándoles.

—Pues bien —prosiguió la señora Cosqui—, se dice que la casa se llamaba Villa Boffame, igual que el lago y el pueblo..., pero poco después de que la gente viniera a vivir aquí, se oyeron unos extraños golpes en la puerta principal...

—¿En la puerta principal? —exclamó Roger—. ¿Quiere decir que alguien la estuvo golpeando con los puños?

—No. Utilizaron el gran aldabón que hay en ella —replicó la señora Cosqui—. ¿No lo visteis esta tarde al llegar?

—La puerta estaba abierta de par en par y no nos fijamos —repuso Diana tratando de recordar—. ¿Es un aldabón muy grande?

—Enorme —dijo la señora Cosqui—. Y no os podéis imaginar el ruido que mete... atronador, me lo dijo el señor Hurdie en la oficina de correos. Pero cuando el lacayo fue a abrir la puerta para ver quién llamaba... no vio a nadie.

—El que llamaba pudo haber escapado corriendo —le replicó Chatín—. Muchísima gente llama a los timbres y llamadores de las puertas, y huyen. Les parece muy divertido.

—Pues no lo es, es una estupidez —replicó la cocinera—. En el pueblo hay un muchacho que lo hace... pero a mí no se atreve a hacérmelo muy a menudo. Ajá... ¡puse engrudo en el aldabón y se puso hecho una lástima!

Todos rieron.

—Pero ¿por qué la persona que llamó años atrás no se esperó a que le abrieran la puerta? —quiso saber Chatín—. ¿Y quién era?

—Nadie lo ha visto nunca, aunque muy a menudo venía a llamar de día y de noche —repuso la señora Cosqui disfrutando con el relato de aquella historia tan dramática—. Y lo que es más... ¡los golpes se siguieron oyendo durante ciento cincuenta años, según dice la leyenda!

—Ah... entonces no pudo ser la misma persona quien llamara todas las veces —dijo Chatín—. ¿Pero qué significaban esos golpes?

—¡Dicen que eran para avisar que había un traidor en la casa! —dijo la señora Cosqui—. ¡De manera que en aquellos tiempos debían haber muchos traidores, me parece! Y el bueno del señor Hurdie dice que cada vez que sonaban los golpes, se registraba toda la casa para ver si había alguien escondido... y la servidumbre era interrogada para descubrir si alguno no era digno de confianza. Oh, antiguamente

ocurrían muchas cosas.

—¿Y cuánto tiempo hace que cesaron los golpes? —preguntó Nabé—. Usted dice que sólo duraron ciento cincuenta años... pero esta casa es mucho más antigua.

—¡Hace más de cien años que Don Nadie no ha llamado a la puerta con ese aldabón! —dijo la señora Cosqui—. ¡Y ahora está tan viejo que apuesto cualquier cosa a que se caería de la puerta si alguien lo tocara!

La historia de la señora Cosqui era tan interesante que los niños habían olvidado por completo los golpecitos misteriosos que oyeron un rato antes... ¡Pero los recordaron en cuanto volvieron a dejarse oír!

—¡Toc-toc-toc... rat-a-tat! Allí estaban otra vez, suaves, profundos y misteriosos... ¡y sonaban en aquella habitación! No cabía duda.

Nabé pegó un respingo.

—¡Tenemos que averiguar qué es! —dijo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la señora Cosqui y empezaron a temblarle las piernas—. Oh, Dios mío... Me he asustado yo misma con esa vieja leyenda. Estoy temblando de pies a cabeza. Otra vez ese aldabón... y Don Nadie después de tantos años. Pero ¿por qué llamará ahora? ¡Aquí no hay ningún traidor!

—¡Anítese! —exclamó Roger—. No es el llamador de la puerta principal, señora Cosqui. Vamos... Nabé... ¡busquemos ahora mismo por toda la casa, el lugar de donde sale ese ruido!

Esperaron que volviera a sonar... cosa que no tardó en ocurrir cuando todos estaban silenciosos. ¡Toc-toc-toc... rat-a-tat-tat!

—¡Suena ahí... en este lado de la habitación! —dijo Nabé corriendo hacia el lado de la chimenea. El ruido cesó, y luego empezó de nuevo. Toc-toc-toc.

—¡Es en el armario de la leña! —exclamó la señora Cosqui—. Dios nos asista, sale de ahí. Pero que yo sepa ahí sólo hay troncos.

—Pronto lo veremos —replicó Nabé en tono enérgico y fue a abrir la puerta del armario.

¡Y de allí salió «Miranda» como una flecha, indignada y bastante asustada también! La monita fue parloteando hasta Nabé y trepó hasta su hombro escondiendo su carita dentro de su cuello.

—¡«Miranda»! ¡«Miranda»! ¡Vaya... si eres tú la que estabas dentro del armario! —exclamó Nabé—. ¡Eres muy traviesa... qué susto nos has dado! ¿Pero por qué llamabas de esa manera?

—¡Estaba imitando a Chatín! —dijo la niña—. Le oyó golpear los paneles de madera cuando subía y bajaba la escalera... y ya sabéis cuánto le gusta copiar todo lo que hacemos... de manera que cuando quedó encerrada en el armario, hizo lo mismo que Chatín... y golpeó la puerta de madera exactamente de la misma manera... toc-toc-toc... rat-a-tat-tat.

—Eso es —exclamó Roger aliviado—. Uf... no me gusta nada. ¿Y cuándo se metió «Miranda» en el armario?

—Cuando tú lo abriste para poner más troncos en la chimenea —replicó Nabé—. Debió meterse sin que la viéramos y tú cerraste la puerta. ¡Mira que llamar de esa manera... este bichito travieso!

—Bueno, espero que no haga nada más que nos asuste de este modo —dijo la señora Cosqui poniéndose en pie más animosa—. ¡Estaba bien asustada! Y no empecéis a pensar en el aldabón de la puerta principal... ¡Don Nadie no ha vuelto a tocarlo durante cien años y no es probable que se le ocurra volver a empezar ahora!

—De todas maneras... ahora no hay traidores en la casa —dijo Nabé—. Sólo cuatro niños, usted, señora Cosqui, y un mono y un perro. «Miranda», no vuelvas a hacerlo. Me sorprende que no te echáramos de menos, pero yo pensé que estabas tranquilamente durmiendo en la alfombra que hay junto al sofá.

—¿Por qué no habrá ido «Ciclón» a arañar el armario como suele hacer siempre que oye algún ruido? —se maravilló Diana.

—Es muy sencillo —replicó Chatín con una mueca—. ¡No se siente predispuesto a sacar a «Miranda» de ningún apuro! ¡Apuesto a que él hubiera deseado que permaneciera allí el mayor tiempo posible!

—Sí. Creo que tienes razón —dijo Nabé contemplando a «Ciclón» que había empezado a rascarse—. «Ciclón...» eres muy malo... dejar que la pobre «Miranda» estuviera en ese armario oscuro sin levantar ni una pata por ayudarla.

—Guau —ladró «Ciclón» sin dejar de rascarse, y Chatín le empujó con el pie.

—¡Basta! —le dijo—. Siéntate y escucha cuando se te habla.

El perro meneó el rabo que fue golpeando el suelo... ¡toc-toc-toc!

—Oh, Dios santo... ¡no empieces a hacerlo tú también! —exclamó Chatín, haciendo reír a Diana que se sentía muy aliviada al ver que sus temores no tenían fundamento... y casi deseaba que la señora Cosqui no les hubiera contado aquella extraña historia.

—Continuemos la partida —dijo Chatín—. Veamos... será mejor que demos otra vez... ¡Manos a la obra!

Volvieron a repartir las cartas y Chatín contempló su Juego.

—¡Ah! —exclamó—. ¡No podía ser mejor! Voy a deciros una cosa... que aunque ese Don Nadie viniera a llamar ahora, seguiría jugando... ¡Tengo unas cartas estupendas!

Pero afortunadamente no se repitieron los golpes y él pudo ganar la partida con facilidad, cosa que le llenó de satisfacción.

Se estaba muy cómodo y calentito en aquella sala junto al fuego de la chimenea, y los niños se sintieron muy felices pensando en lo mucho que iban a divertirse al día siguiente. Al cabo de un rato Diana fue a correr las cortinas que les ocultaron la

noche estrellada y la blanca nieve.

Más tarde, la señora Cosqui entró con una bandeja.

—¡La cena! —anunció sonriente—. ¿Quieres ir colocándolo todo, Diana, mientras yo voy a echar una mirada a los huevos escalfados?

—¡Huevos escalfados! Señora Cosqui, ¿cómo ha adivinado usted que estaba deseando comer uno? —le dijo Chatín al punto.

—Pues tuve el presentimiento de que estabas deseando comer dos, y no uno —replicó la cocinera, que sentía gran simpatía por aquel «diablillo», pecoso y chato, como le llamaba ella para sus adentros.

—¡Dios! —exclamó el niño encantado—. ¡Qué bien me conoce usted ya! «Ciclón»... saluda a la señora Cosqui, haz el favor... ¡con tu mejor saludo!

Y «Ciclón», orgulloso de poder exhibir su última habilidad, se sentó para saludarle elegantemente, ante la mirada atenta de «Miranda».

—¡Miradle... es tan listo como su amo! —dijo la señora Cosqui dejando la bandeja y echándose a reír—. Los dos sois tremendos... Vuelvo en seguida con los huevos. —Y allá se fue riéndose todavía de Chatín y «Ciclón». ¡La verdad es que... vaya par!



Capítulo VIII

¡Qué divertido!

La cena resultó muy agradable y consistió en huevos escalfados, cacao caliente, galletas y mantequilla, y Diana se puso a bostezar a la mitad, siendo imitada por la monita, que enseñaba sus blancos dientes al mismo tiempo que cubría su boca con la mano, igualito que la niña.

«Miranda» y «Ciclón» disfrutaron comiendo una galleta untada de mantequilla. Primero la lamían, «Ciclón» con su larga lengua rosada, y «Miranda» con la suya pequeña y delicada.

—Esto no es de muy buena educación —dijo Roger somnoliento—. Palabra que tengo sueño. Supongo que es por estar cerca del fuego. Chatín, ¿cómo vas a impedir que «Ciclón» tenga que dormir abajo en la cocina? Apuesto que la señora Cosqui

insistirá en ello.

Y así fue, en efecto. A las nueve se presentó con su vela dispuesta a acostarse.

—Es hora de acostarse —anunció en tono decidido—. Y ahora me llevaré al perro a la cocina, Chatín.

—No le importará que muerda la alfombra y los almohadones, y las zapatillas y toallas que haya usted dejado por allí, ¿verdad, señora Cosqui? —preguntó Chatín con aire solemne—. Claro que yo lo pagaré todo, si causa verdaderos destrozos..., pero la verdad es que resulta muy duro para mi bolsillo.

La señora Cosqui estaba perpleja y contempló a «Ciclón», que durante unos instantes sostuvo su mirada sin parpadear.

—No puedo evitar que sea un perro roedor y mordedor —dijo el niño con vehemencia—. Es cosa de su naturaleza, ¿comprende? Lo curioso es que nunca roe nada cuando duerme conmigo. Nunca.

La señora Cosqui se decidió en seguida.

—Bien, entonces le dejaré dormir contigo —le dijo— si puedes soportar el olor a perro en tu habitación. A lo que no estoy dispuesta es a que se pase la noche royendo mi cocina.

—Haré cualquier cosa por complacerla —replicó Chatín exagerando la nota—. Lo que sea. Incluso tener en mi habitación a un perro apestoso. ¿No es verdad, «Ciclón»?

«Ciclón» golpeó el suelo con su rabo y «Miranda» corrió en seguida a cogérselo. El perro se volvió rápidamente, pero ella se montó sobre su lomo agarrándose a su pelaje con todas sus fuerzas.

«Ciclón» corrió por toda la estancia llevándola sobre su espalda tratando de recordar la manera de librarse de ella.

—¡Rueda por el suelo, tonto! —le gritó Chatín—. ¡Rueda por el suelo!

Pero en cuanto «Ciclón» se tumbó en el suelo, «Miranda» pareció convertirse en pájaro, saltando de un sitio a otro hasta ponerse en el hombro de Nabé.

—¡Son muy buenos actores! —exclamó la señora Cosqui riendo—. Bueno... ¿subimos todos ahora, o no? No pienso dejaros aquí... con una lámpara de petróleo que puede caerse y provocar un incendio. El señor Martín me dio instrucciones muy estrictas.

—Bien —repuso Nabé poniéndose en pie—. Vamos todos, entonces. ¡Encended las palmatorias!

Esperó a que todos estuvieran en el recibidor encendiendo las velas, y entonces apagó la lámpara de petróleo de la sala. «Miranda» les molestaba continuamente apagándolas en cuanto las encendían.

—¡Eh, Nabé! —gritó Chatín indignado—. ¡Ven a impedir que esta mona testaruda apague nuestras velas! Debe estar loca.

Nabé lanzó una de sus carcajadas contagiosas.

—¡Oh, «Miranda»! —dijo—. ¿Todavía te acuerdas del pastel de cumpleaños de abuelita? —Se volvió hacia los otros para explicárselo—. ¿Sabéis? Mi abuela celebró su setenta cumpleaños hace poco y nuestra cocinera puso setenta velitas en el pastel... y «Miranda» ayudó a mi abuela a apagarlas. ¡Le gustó muchísimo!

—Supongo que por eso ahora apaga todas las que ve —gimió Roger—. Basta, «Miranda». ¡Troncho, has apagado la mía! Nabé, impídeselo, o nunca podremos acostarnos.

«Miranda» fue capturada y la pequeña procesión fue subiendo la gran escalera. «Ciclón» iba delante, como de costumbre, y «Miranda» bien sujeta bajo el brazo derecho de Nabé, y bien alejada de su palmatoria.

—¡Buenas noches! —les dijo—. Que descanséis. ¡Estamos muy cerca unos de otros, de manera que si alguno tiene miedo sólo tiene que gritar!

Pero estamos demasiado somnolientos para tener miedo de nada. Las comas eran muy cómodas, y con muchas mantas para resguardarse del frío, ya que las habitaciones no estaban muy calientes. Chatín decidió que el agua de la jofaina estaba demasiado fría para lavarse... y lo dejó para la mañana siguiente, así como el arreglo de su equipaje, puesto que habría de necesitar un buen rato para ordenar todo lo que arrojó dentro del armario en revuelta confusión.

«Ciclón» ya estaba dormido en mitad de la cama, y Chatín tuvo que apartarle enérgicamente para meterse en ella, muy satisfecho del espacio caldeado por su perro, y por espacio de un minuto permaneció inmóvil escuchando la quietud y silencio de la vieja casona... ¡No se oía el menor ruido!

¡Qué horror si el viejo aldabón empezara a sonar como en tiempos pasados! Chatín estaba pensando en ello con emoción, cuando se quedó dormido... tan profundamente que ni siquiera oyó a «Ciclón» que, subiéndose sobre la cama, se tumbó tranquilamente sobre su estómago.

La mañana era clara y radiante, y el sol brillaba con tal fuerza que empezó a derretir a toda prisa la nieve que había en cima del estanque.

—Eso es bueno —dijo Roger, mirando por la ventana mientras se vestía—. Si se derrite la nieve encima del estanque y no cae más, y si hiela esta noche, mañana podremos patinar, ya que el hielo estará libre de nieve. Hoy podemos hacer uso de los trineos.

Después de lo que Chatín llamaba «un desayuno superestupendo», a base de potaje, tocino, huevos y tostadas, fueron a ver si podían ayudar a la señora Cosqui. La cocina era enorme, y en un rincón había una bomba para hacer subir el agua a la pila. Al otro lado veíase una gran cocina anticuada, y junto a ella un hornillo de petróleo donde ella lo guisaba todo.

Había encendido el horno para calentar la cocina y darle un aspecto alegre. Al ver

entrar a los niños con el servicio del desayuno les sonrió satisfecha.

—¿Qué más podemos hacer? —preguntó Diana—. Yo te ayudaré a secar la vajilla.

—Bueno, no es necesario —respondió la cocinera—, pero si quisierais hacer cada uno su cama... y traerme un poco de leña... y limpiar las lámparas... sería magnífico. Entonces podría arreglármelas muy bien.

—Arriba todo el mundo —ordenó Diana tomando el mando—. Roger, haz que Chatín te ayude a hacer la cama, y luego le ayudas a hacer la suya... pues si no la dejará tal como está. ¿Has oído, Chatín?

—Sí, maestra —replicó Chatín apartándose para esquivar un golpe de Diana.

Pronto estuvo todo hecho... y muy bien hecho. La cama de Chatín quedó tan bien como las otras... y las lámparas limpias y dispuestas para la noche... ¡y entraron tanta leña que la señora Cosqui dijo que tendría lo menos para una semana! Estaba muy satisfecha, y Chatín decidió que ahora ya la conocía lo suficiente para darle un cariñoso abrazo.

—Vamos, vamos, déjame —le dijo sorprendida—. Me has dejado sin respiración. Eres un diablo, eso es lo que eres. Oh, Dios nos asista, ese perro ha vuelto a coger mi cepillo. Si lo pesco voy a darle una buena azotaina.

Pero no consiguió dar alcance al pícaro de «Ciclón» que se divertía corriendo con su cepillo, el trapo de polvo, y el estropajo... hasta que tomó la determinación de perseguirle con una gran escoba en la mano cada vez que le veía aparecer.

—Vamos a ponernos las chaquetas —dijo Roger cuando hubieron terminado todos los trabajos—. Estoy deseando verme en la nieve. Primero podemos deslizarnos en trineo y luego organizar una batalla de bolas de nieve.

No tardaron en hallarse equipados... con sus botas de agua, bufanda, guantes y gruesas chaquetas de punto. Hacía mucho frío, incluso al sol, pero no tardaron en calentarse.

Tenían dos trineos... cada uno de ellos suficiente para llevar a un tiempo dos o tres niños, y se dirigieron hacia la colina más próxima, arrastrándolos tras sí. «Ciclón» intentó galopar a toda velocidad como de costumbre, pero con desilusión comprobó que sus patas se hundían en la suave alfombra blanca que había cubierto el suelo tan misteriosamente... y por primera vez tuvo que avanzar despacio.



«Miranda» no abandonaba el hombro de Nabé. No le gustaba la nieve, pero le pareció que resultaría divertido introducirse un poco por el cuello de la camisa de su amo. Tenía siempre sus manitas bajo su cuello para calentarlas, y a Nabé le agradaba su contacto.

La colina tenía un desnivel suficiente para proporcionar a los niños un descenso emocionante hasta el fin, donde todos caían sobre la blanda nieve riendo a carcajadas. «Ciclón» no tardó en aprender a sentarse en el trineo con Roger y Chatín, y sus largas orejas ondeaban al viento. Como le gustaba mucho no cesaba de ladrar durante todo el viaje.

«Miranda» iba con Nabé y Diana, un poco asustada por la rápida bajada por la colina, y se arrebujaba debajo de la chaqueta de su amito asomando tan sólo la cabeza.

—¡Tienes miedo, «Miranda»! —le dijo Nabé, pero cuando intentó dejarla en lo alto de la colina, no quiso. No, ella deseaba estar con su amo en todo momento.

Hicieron carreras con los trineos... primero montando por parejas y luego individuales, y Nabé ganó con facilidad. Sus brillantes ojos azules parecían más azules que nunca contrastando con la nieve y estaba muy contento. En realidad todos lo estaban, y fue Chatín, como de costumbre, quien sintió las primeras punzadas del hambre.

—No es posible que ya tengas apetito —exclamó Roger— después de lo que has desayunado, Chatín. Vaya, si te tomaste seis tostadas más que los demás. Es imposible que sea ya la hora de comer. —Y se quitó el guante para consultar su reloj.

Pero en aquel momento sonó una campana que llegó hasta ellos cruzando la clara y fresca atmósfera... era la señora Cosqui anunciándoles que la comida estaba lista.

—¿Qué os decía? —exclamó Chatín triunfante—. Yo no necesito mirar el reloj para saber cuándo es hora de comer. Vamos «Ciclón...» ¡a ver quién llega antes a Villa Rat-a-Tat!



Capítulo IX

Un día feliz

—¡Qué bien huele! —dijo Chatín en cuanto llegaron a Villa Rat-a-Tat—. ¿Qué es?

—¡Estofado! —respondió Roger olfateando. Y estofado era, con zanahorias, cebollas, nabos y chirivías. «Ciclón» casi tira todo lo que había encima de la mesa en su afán por ver qué era lo que olía tan bien.

—¡Basta! —ordenó la señora Cosqui apartándose a tiempo—. Si vienes a la cocina conmigo verás que te he preparado unos huesos deliciosos. Quita las patas de la mesa, haz el favor.

—Estoy muy cansada —dijo la niña sentándose con desmayo—. ¿Y tú, Nabé?

—No, yo no —repuso el muchacho—. Pero estoy acostumbrado a una clase de

vida agotadora, y tú no. Recuerdo los días en que era saltimbanqui y tenía que levantarme a las cinco y media para ayudar a montar la feria... trabajaba toda la mañana... y por la tarde me ocupaba del tiro de anillas, y después hacía de taquillera, cobrando el dinero... y además ayudaba al encargado de los columpios.

—Oh, Nabé... cómo ha cambiado tu vida —dijo Diana empezando a comer el estofado—. Nabé, ¿no te encontraste extraño cuando tu padre te llevó a su casa para presentarte a una familia que no conocías?

—Sí —replicó Nabé—. Reconozco que por primera vez en mi vida me sentí tímido. No sabía dar la mano como es debido, ni decir cómo está usted, ni siquiera mirarles a la cara... excepto a mi abuela. Ante ella no me sentí avergonzado, pero supongo que en parte fue debido a que tenía un mono sobre su hombro igual que yo... y los dos animalitos se hicieron amigos en el acto. Incluso se estrecharon la mano.

—¿Son simpáticos tus primos? —le preguntó Chatín, alargando su plato para que le sirvieran por segunda vez.

—Sí, mucho —repuso Nabé—. ¿Sabéis...? Fue muy extraño... nunca me había avergonzado de ser un artista de circo, ni de ninguno de los trabajos que hice durante mi vida, pero cuando conocí a mis primos tan limpios y pulcros... incluso llevan las uñas limpias... y al ver sus buenos modales... pues, sentí vergüenza y hubiera querido que se me tragase la tierra.

—¡No! —exclamó Chatín sorprendido—. Apuesto a que tú vales cien veces más que cualquiera de tus primos. Vaya, si vales cien veces más que yo y que Roger. Yo creo que eres maravilloso.

—Puede que seas un poquitín tonto, Chatín, pero eres realmente un buen chico —dijo Nabé conmovido—. Voy a deciros una cosa muy curiosa... mis primos en vez de mirarme de arriba abajo por haber vivido en carromatos y tiendas de campaña, y haber hecho toda clase de trabajos en los circos, me consideran una maravilla... y se sintieron orgullosos de tenerme por primo. ¡Imaginaros!

—Te lo mereces —replicó Diana—. Pasaste tiempos muy duros, estabas solo... pero nunca te diste por vencido. Me alegro de que te conociéramos aquel día... que ahora parece tan lejano. Hemos hecho tantas cosas emocionantes juntos, ¿no es verdad, Nabé?

—Sí —repuso Nabé levantándose para llevar algunas cosas a la cocina—. Pero me temo que ahora hayan terminado. Cuando la vida transcurre feliz y apaciblemente no suelen presentarse muchas aventuras... ni misterios.

Chatín, olvidando los buenos modales, le señaló con el tenedor:

—¿Cómo lo sabes? Decir cosas como esa es suficiente para que ocurra en seguida. Lo huelo en el aire.

—Sí, hueles los restos del estofado —replicó Nabé riendo—. Levántate,

perezoso, y ayúdame a recoger estas cosas y a traer el postre.

—Bien —dijo Chatín poniéndose en pie—. ¡Cáscaras! —exclamó sorprendido—. Algo les ha ocurrido a mis piernas... apenas puedo sostenerme.

A Roger y Diana les ocurría exactamente lo mismo. Tenían las piernas envaradas y les dolían al andar. Nabé se rió de ellos.

—Es de tanto subir por la colina —les dijo—. Debéis haberla subido unas cincuenta o sesenta veces. Tendréis agujetas durante un par de días.

—Esta tarde no voy a poder subir ni la más pequeña cuesta —gimió Chatín—. Os aseguro que voy a tener que andar con muletas.

—Lo cierto es que no voy a poder utilizar más el trineo hoy —dijo Diana dejándose caer en una silla—. Pero, oh... no quiero quedarme en casa haciendo un día tan hermoso.

—Animo —le dijo Nabé—. Saldremos para construir un enorme muñeco de nieve... y haremos una batalla de bolas de nieve... ¡Ya veréis cómo eso sí podéis hacerlo!

Nabé estaba en lo cierto. A pesar de creer que apenas podían andar al levantarse de la mesa para llevar los platos sucios a la cocina, sus piernas fueron mejorando y cuando solieron a la nieve de nuevo, ya andaban perfectamente... aunque ninguno de ellos, aparte de Nabé, se sentía capaz de subir a la colina arrastrando un trineo.

—¡La nieve está magnífica para organizar una batalla! —dijo Diana cogiendo un puñado. Todos llevaban guantes de piel, sabiendo por experiencia que los de lana se empapaban en seguida y luego el frío va helando los dedos.

—Yo escojo a Diana para mi bando y vosotros dos podéis formar el otro —dijo Nabé—. Diana, tú puedes irme preparando las municiones y yo las iré tirando. Mira... éste es nuestro fuerte... y si nos expulsan de él, habrá ganado el otro bando... ¡pero resistiremos!

Trazó un gran círculo alrededor de Diana, y Roger y Chatín prepararon el suyo. «Miranda» estaba de parte de Nabé, naturalmente, y «Ciclón» era partidario del bando contrario.

Pronto estuvieron preparadas las municiones y empezó la batalla. Chatín era un mal lanzador de bolas de nieve, pero Roger era excelente, y la mayoría de sus proyectiles daban en el blanco. Diana gritaba, esquivaba y saltaba, mientras Nabé trataba de protegerla enviando una fuerte descarga sobre Roger. «Miranda», asustada por la lucha, y viendo que el hombro de Nabé resultaba un lugar peligroso se subió a un árbol cercano. Aterrizó sobre una rama cubierta de nieve y contempló la batalla con gran interés, saltando de cuando en cuando y haciendo caer la nieve del árbol sobre los que estaban debajo.

«Ciclón», como es de suponer, estaba completamente loco, como siempre que había alguna lucha entre los niños, y corría de un lado a otro, interponiéndose en el

camino de todos, hasta que al fin, por alguna oculta razón, hizo un enorme agujero en la nieve lanzándola a su alrededor como si fuera un conejo escarbando afanosamente una madriguera.

La lucha continuó hasta que Nabé, abandonando el círculo, fue hacia los otros dos niños sin dejar de enviarles una lluvia de pelotazos bien dirigidos.

—¡Paz, paz! —gritó Chatín, cuando Diana empezó a avanzar también acribillándoles con sus tiros mientras él se revolcaba en la nieve.

—¡Está bien... habéis ganado! —jadeó Roger dejándose caer sin fuerzas sobre la nieve—. ¡Troncho, ha sido la mejor batalla de mi vida! Paz, Diana, paz..., no te atrevas a meterme nieve por el cuello. ¡Ayúdame, «Ciclón», socorro!

Lo más divertido de aquella tarde fue cuando «Miranda» descubrió de pronto el significado de todo aquello. Sentada en el árbol estuvo observando con asombro cómo los niños preparaban las bolas de nieve y luego las lanzaban por el aire... hasta que comprendió el juego.

Rápidamente se bajó del árbol, recogiendo un poco de nieve con su mano diminuta y convirtiéndola en una bola, la arrojó con muy buen acierto contra «Ciclón»... dándole en pleno hocico.

—¡Buena puntería, «Miranda»! —le gritó Nabé lanzando su risa contagiosa—. ¿Lo habéis visto? «Miranda» ha tirado una bola de nieve a «Ciclón» y le ha dado. Cuidado, «Ciclón», ya está preparando otra.

«Miranda» consideró que aquél era un buen sistema para fastidiar a «Ciclón»... pero sus deditos no tardaron en helarse, y gimiendo de dolor se subió al hombro de Nabé introduciendo sus manilas en su cuello para calentarlas cuanto pudiera.

—¡Eh! —exclamó él sobresaltado—. ¿Es que me estás tirando la nieve por el cuello, «Miranda»? Será mejor que no lo hagas. Oh, es que tienes las manos heladas... está bien, callántatelas, entonces.

La nieve estaba en el punto preciso para poder fabricar un muñeco, y a Chatín se le ocurrió la peregrina idea de construir también una casa.

—Tú haz el hombre, Nabé; tú, «Miranda» y Diana —dijo Chatín—. Roger y yo haremos la casa... una de nieve con su chimenea y todo.

Nabé y Diana pusieron manos a la obra y construyeron un muñeco rechoncho, con una gran cabeza redonda, y grandes pies.

—Se llama Don Hielo-Frío —dijo la niña riendo—. Vamos a buscarle un sombrero.

Roger y Chatín trabajaban de firme en la construcción de la casita. Habían pedido dos palos a la señora Cosqui, y así pudieron hacerla más de prisa.

No tardaron en levantar las paredes redondas, hasta su altura, y para que el tejado se sostuviera lo hicieron redondo como el de las casitas de los esquimales. También le añadieron una pequeña chimenea que resultó un buen complemento.

—Ahora abriremos una ventana —dijo Chatín excitado—. Apártate, «Ciclón». Vete a molestar a los que están haciendo el muñeco y déjanos en paz. ¡Si no te pondremos como tejado!

Hicieron una ventanita redonda, y dejaron un espacio abierto para que sirviera de entrada. Cuando hubieron terminado la construcción de la casa, se sintieron muy orgullosos.

—Es un auténtico iglú —dijo Chatín complacido—. Y lo bastante grande para sentarse dentro. Vamos, Roger... metámonos dentro unos minutos para ver cómo se vive en una casa de nieve.

Una vez en el interior se sentaron, y Chatín se asomó a la ventanita.

—Desde aquí puedo ver la ventana de la sala —dijo—. Y dentro está la señora Cosqui, limpiando. ¡Ooooooh, qué frío! ¿Qué te parece si encendiéramos fuego en nuestra casita?

Roger se echó a reír, y «Ciclón» se acercó para ver cuál era la causa de su risa y quiso entrar para ir junto a los niños, pero al intentarlo casi tira una de las paredes haciendo protestar a Chatín.

—Eres un bruto, «Ciclón» —se quejó empujándole—. Has destrozado los pies del muñeco de nieve buscando conejos o lo que fuera, y si no te portas como es debido te voy a acribillar con bolas de nieve.

—Vamos —intervino Roger—. Me estoy quedando frío aquí dentro. No puedo imaginarme cómo los esquimales pueden vivir y dormir dentro de una casa de hielo... yo me moriría helado.

Y salió cautelosamente seguido de Chatín. «Miranda» acudió a observarles con interés. ¿Qué estaban haciendo ahora? Se metió dentro de la casita por la ventana mirándoles con descaro. «Ciclón» quiso correr para perseguirla, pero Chatín le detuvo asiéndole por el collar.

—¡No! Si tú y «Miranda» tenéis una escaramuza dentro de la casita, será su fin. Roger... Nabé... ¿y si fuéramos dentro? Debe ser casi la hora de merendar... o por lo menos eso me dice el reloj de mi estómago... y no me vendría mal un poco de té bien caliente.

El grupo de niños que se sentaron para merendar estaban muy cansados..., pero felices, y Diana dijo que apenas tendría fuerzas para levantar el peso de aquella gran tetera parda.

—Nos hemos olvidado de correr las cortinas de la ventana —gimió Roger—. Tenía intención de hacerlo..., pero ahora siento que no voy a poder levantarme de la silla. Estoy reventado.

La luz de la gran lámpara de petróleo colocada sobre la mesa iluminaba con sus rayos el exterior de la ventana poniendo de relieve la silueta de la casita y el hombre de nieve.

—Parece como si nos contemplara con envidia —dijo Chatín—. Apuesto a que le gustaría entrar y unirse a nosotros. ¡Pobrecillo Don Hielo-Frío!

Chatín se estaba llevando la taza a los labios, sin dejar de mirar por la ventana, cuando de pronto la dejó sobre la mesa con la vista fija.

—¡Eh! —dijo sobresaltado—. ¿Quién está ahí fuera...? Mirad... detrás de mi casita de nieve. Hay alguien de pie y muy quieto. ¡Mirad!

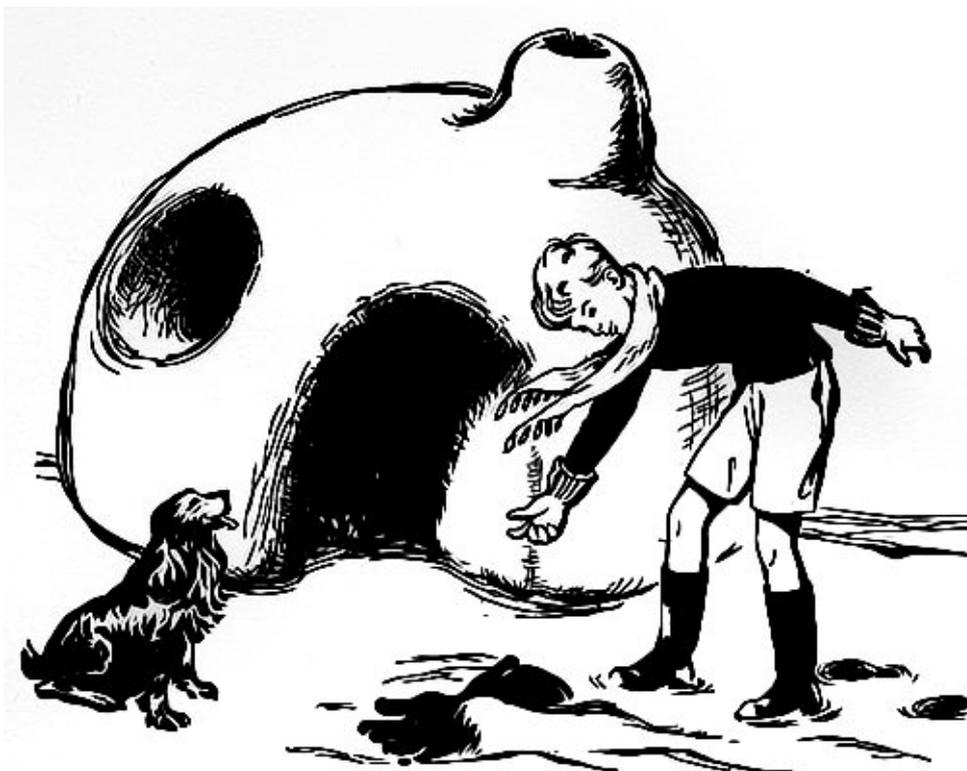
Todos miraron detenidamente pero sin lograr ver a nadie en absoluto.

—Es sólo el hombre de nieve, tonto —le dijo Nabé—. No asustes a Diana. ¿Quién va a venir a atisbar por nuestra ventana a estas horas de la noche y por estos parajes tan solitarios?

—No lo sé —replicó Chatín sin dejar de mirar al exterior—. Ahora no veo a nadie. Supongo que debo haberme equivocado. Pero con sinceridad, he creído ver a alguien muy quieto que nos vigilaba.

Nabé se levantó y fue a correr las cortinas.

—Te digo que es sólo el muñeco de nieve —le dijo—. De todas maneras, no sería muy agradable para nadie estarse ahí quieto con el frío que hace, mirando como nosotros cenamos en esta cálida habitación. Buenas noches. Don Hielo-Frío. Hasta mañana.



Capítulo X

¿De quién será el guante?

—No es posible que fuera nadie —dijo la niña—. «Ciclón» hubiera ladrado.

—Sí. Es cierto —replicó Chatín aliviado—. Ha sido cosa de mi imaginación.

Ni Nabé ni Roger se atrevieron a decir que probablemente «Ciclón» no hubiera oído los pasos ahogados por la nieve, y que era imposible que hubiera alcanzado a ver a alguien por la ventana. No querían asustar a Diana, y ambos pensaban sinceramente que Chatín se había equivocado.

De todas maneras, Nabé resolvió ir a echar un vistazo a la mañana siguiente por si encontraba alguna huella... si es que era posible distinguirlas de las de sus propios pies. La charla derivó hacia otros derroteros y todos olvidaron el susto de Chatín. Disfrutaron inmensamente con la cena, y como de costumbre, luego fueron a llevar los platos sucios a la señora Cosqui. «Miranda» recogía los tenedores y los iba

entregando muy orgullosa.

—¡Miradla! —dijo la señora Cosqui encantada—. Qué lista es. Pero ¿cómo puedes llevarla en el hombro de esa manera, Nabé... y dejar que meta las manos en tu cuello para calentárselas?

A las ocho y media todos dormían... pero no en la carra. No, se quedaron dormidos en las butacas junto al fuego, y sus libros habían caído sobre sus rodillas sobre la alfombra. «Ciclón» lanzaba ligeros gruñidos mientras soñaba que perseguía a una rata, y «Miranda», acurrucada debajo de la chaqueta de Nabé, también dormía.

Así los encontró la señora Cosqui cuando fue a preguntarles si alguno deseaba tomar un vaso de leche caliente antes de acostarse, ya que la noche era muy fría.

—¿Alguno de vosotros quiere...? —empezó a decir y luego se detuvo conteniendo la risa—. Vaya... vaya... vaya... ¡pero si están dormidos! ¡Debieran estar en sus camas los pobrecillos... cansados hasta tal extremo!

Les despertó a todos, que quedaron muy asombrados al no verse cómodamente en la cama como habían imaginado, sino en las butacas junto al fuego. ¡Aquéllos eran los efectos de la mañana pasada deslizándose en los trineos! Gimiendo y bostezando, encendieron sus velas y subieron a acostarse acompañados de la risa de la señora Cosqui. ¡Qué pandilla de dormilones!

A la mañana siguiente durmieron hasta muy tarde, y la señora Cosqui estuvo tocando el gong en balde. Al fin se vio obligada a subir para despertarles, e incluso sacar a Chatín de la cama y quitarle las sábanas.

Sin embargo, estaban animados y alegres después del desayuno, aunque todos, excepto Nabé, tenían agujetas. Contemplaron el lago helado desde la ventana mientras desayunaban salchichas calientes con pan frito. La superficie estaba limpia de nieve y el hielo brillaba azul y atrayente.

—¿Qué os parece si esta mañana patináramos? —dijo Nabé—. ¿O todavía tenéis demasiadas agujetas?

—Pues con mis agujetas no me veo con ánimos de volver a subir a las colinas para bajarlas en trineo —dijo la niña—. Pero me gustaría patinar. Probablemente pondré en movimiento otros músculos, y no me dolerán.

Realizaron las tareas de costumbre, ayudando a la señora Cosqui de buen grado. Cuando ella supo que iban a patinar les dio a cada uno un paquete de galletas.

—El patinar despierta el apetito —les dijo—. Necesitaréis un tentempié... y tal vez así no os comeréis la cusa entera cuando vengáis al mediodía.

—Yo tengo que quedarme para coserme el jersey —dijo la niña—. Ayer se me enganchó, y si no lo coso en seguida se me deshará. Más tarde iré a reunirme con vosotros.

Los otros dejaron que fuera a pedir una aguja a la señora Cosqui, y mientras recogieron los patines. Por el camino pasaron por delante del gigantesco hombre de

nieve que habían construido el día anterior y se detuvieron para contemplarle.

—Es una auténtica belleza —dijo Nabé—. Y el mayor de los que he visto. Debiéramos haberle puesto una chaqueta y parecería de verdad.

—Escuchad, echemos un vistazo para ver si hay alguna huella extraña —dijo Roger, recordando el susto de Chatín de la noche pasada.

—¡Oh, no! —exclamó el niño, avergonzado de la alarma que había producido en sus compañeros—. Es que tenía los ojos cansados por el resplandor de la nieve, y supongo que veía cosas que no existían.

—Bueno, de todas maneras echaremos una ojeada —insistió Nabé, echando a andar alrededor del hombre de nieve, aunque sin ver nada de particular... sólo un gran número de pisadas hechas con sus botas de agua el día anterior.

Luego fueron a examinar la casita de nieve y sus alrededores, donde también había tal confusión de huellas que era imposible precisar si eran suyas o las de un extraño... no obstante, los perspicaces ojos de Nabé descubrieron una o dos que no le parecieron hechas con botas de goma. Pero no, en realidad era imposible asegurarlo.

—Vamos —dijo—. Aquí no hay nada. Chatín debió equivocarse.

Chatín fue hasta la casita de nieve sólo para divertirse, y estuvo sentado unos instantes en su interior, imaginándose que era un esquimal y que estaba dentro de su iglú. Luego, al oír las voces de los demás que se perdían en la distancia, se agachó para volver a salir.

Y entonces fue cuando vio el guante. Allí estaba, semioculto en la nieve precisamente ante la entrada de la casita de nieve. Chatín lo estuvo contemplando y al fin lo cogió, pensando de momento que podía pertenecer a Nabé o a Roger.

Pero era un guante grande... hecho de gruesa lana azul marino. Ninguno de los niños tenía las manos lo bastante grandes para que les fuera bien aquel guante. Chatín lo volvió del otro lado para examinarlo mejor, y su corazón comenzó a latir muy de prisa. De manera que era posible que hubiera estado alguien allí la noche pasada... mirando a través de la ventana iluminada... observándoles. No era un pensamiento agradable, y corrió hacia los otros dos niños, gritando:

—¡Nabé! ¡Roger! ¡Esperad, tengo algo que deciros! Se volvieron en redondo, adivinando por el tono de su voz que se trataba de algo urgente. «Ciclón», que había ido con ellos, se volvió en seguida, corriendo por la nieve en dirección a Chatín.

—¿Qué ocurre? —dijo Roger.

—Mirad lo que he encontrado en mi casita de nieve —replicó Chatín jadeando—. ¡Un guante! Salía gateando cuando lo encontré. Y seguro que no es nuestro... es muy grande.

—No, no es nuestro —replicó Roger—. Todos los llevamos de piel. Nabé también. Éste no sé de quién será. Supongo que «Ciclón» lo habrá cogido de algún sitio y dejado caer aquí, ¿no te parece?

—No. Imposible —replicó Chatín—. Ni siquiera vino conmigo a la casita de nieve. Se fue con vosotros. ¿Sabéis...?, yo creo que sí anduvo alguien por aquí anoche. Pero ¿por qué? ¡Estar al aire libre con tanto frío y nieve!

—No digas ni una palabra a Diana ni a la señora Cosqui —exclamó Roger—. Les daría un susto de muerte. Tal vez no sea nada. De todas maneras, ahora nada podemos hacer... sólo vigilar esta noche y ver si podemos descubrir algo. Debo confesar que esto es muy extraño.

—¿Pudo venir alguien por la nieve para vigilarnos? —dijo Chatín—. A mí me pareció ver a alguien... pero no sé si entraba o salía.

Se sentaron en el borde del estante para calzarse los patines. Nabé estrenaba unos nuevos que le había regalado su abuela por Navidad. No había patinado en su vida, y estaba deseando aprender. Le intrigaba el guante encontrado, pero en cuanto se puso en pie tambaleándose sobre sus patines lo olvidó.

Chatín y Roger habían patinado otras veces, y por extraño que parezca, Chatín lo hacía mejor que su prime, y no tardó en alejarse, llamándoles para que le imitaran.

«Ciclón» se excitó tanto al ver que su amo flotaba sobre el hielo con tanta ligereza y velocidad, que lanzando un ladrido quiso correr por el lago para seguirle.

Pero ante su sorpresa descubrió que sus cuatro patas se deslizaban a un tiempo, encontrándose de pronto patinando sobre su lomo, como hacía algunas veces por el recibidor encerado.

Pero era mucho más difícil ponerse en pie sobre el resbaladizo estanque que sobre el recibidor encerado... y cada vez que lo intentaba volvía a resbalar, hasta que al fin consiguió sentarse sobre el rabo con aspecto abatido.

—¡Mala suerte, «Ciclón»! —le gritó Chatín patinando a su alrededor—. Esta mañana no puedes hacer valer tus piernas, ¿verdad? Tendrás que andar despacio por esta vez.

Pero «Ciclón» quiso ponerse sobre sus cuatro patas para seguir a su amo y volvió a perder el equilibrio, dando con el hocico en el suelo. Como pudo se sentó de nuevo sobre sus cuartos traseros, gimiendo con desaliento.

—Está bien... te llevaré a la orilla —dijo Chatín—. Y sé razonable y quédate allí.

Roger se hallaba ya sobre el hielo patinando con sumas precauciones por temor a caer, pero pronto comenzó a cogerle aire a la cosa. Nabé, en pie, contemplaba la facilidad con que Chatín se deslizaba por el hielo. Debía ser cuestión de equilibrio... y Nabé sabía muy bien lo que era aquello. ¿Acaso no había caminado sobre la maroma cientos de veces? ¿Y montando de pie sobre el lomo de los caballos mientras galopaban graciosamente alrededor de la pista del circo?

Sin pensarlo más, Nabé pisó el hielo, avanzando suave y rítmicamente. En seguida se sintió a sus anchas y tuvo la sensación de que le brotaban alas de los pies, cosa que le hizo lanzar un grito.

—¡Oh! ¡Esto es maravilloso! ¿Por qué no habré patinado antes?

Roger y Chatín le observaban sorprendidos. Dos inviernos atrás ellos habían pasado por el lento y doloroso proceso de aprender a patinar... cayendo, resbalando, intentando levantarse sólo para volver a caer... antes de haber recuperado el equilibrio y patinado unos pocos metros.

Y allí estaba el bueno de Nabé patinando a treinta kilómetros por hora como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa. Miradle ahora, dando vueltas, tomando velocidad y luego separadas las piernas para volver a girar. ¡Qué muchacho!

—¡Tú sabías patinar, eres un mentiroso! —le gritó Chatín.

—¡Pero si no sabía! ¡Es la primera vez! —replicó Nabé con sus ojos azules muy brillantes—. ¡Es divino... estupendo... lo mejor que he probado en mi vida!

Diana llegaba al estanque en aquellos momentos y también quedó llena de asombro al ver a Nabé patinando con tanta facilidad. «Miranda», sobre su hombro, disfrutaba de lo lindo con aquel juego nuevo. Diana, que patinaba muy bien, se acercó a él con las manos extendidas.

—Patinemos juntos —le dijo—. Eso es, cógeme así las manos. ¡Oh, Nabé, qué bien patinas!

Era delicioso patinar sobre el hielo de aquella mañana de invierno tan despejada. Roger se cayó bastantes veces, y gruñía y se frotaba la parte dolorida, envidiando a los otros, sobre todo a Chatín, que si bien no patinaba con tanta gracia como Nabé y Diana, sabía hacer muchas acrobacias, saltando en el aire y dando vueltas y más vueltas sobre sí mismo... y siempre comportándose de aquella manera que Diana calificaba de «estilo Chatín».

Pasaron una mañana maravillosa y se alegraron de poder comer las galletas que les diera la señora Cosqui, y que compartieron con «Ciclón» y «Miranda».

—Patinemos esta tarde también —dijo Nabé, que al parecer no se cansaba nunca de deslizarse sobre el hielo con aquella facilidad.

De manera que pasaron todo el día en el estanque, que ahora estaba limpio de nieve, excepto en un ángulo oculto por los árboles.

Aquella noche estaban cansadísimos... tanto, que subieron a acostarse muy pronto... en cuanto terminaron de cenar. La señora Cosqui se alegró... así también ella podría acostarse temprano.

Encendieron las palmatorias en el recibidor, sujetando fuertemente a «Miranda» para que no las apagara, y luego subieron la escalera bostezando.

—¡Esta noche sí que no habrá nada capaz de despertarme! —exclamó Chatín, ahogando un bostezo.

—Un trueno te despertaría —repuso Diana—. A mí siempre me despiertan las tormentas.

—No. ¡A mí no me despertaría ni una tormenta... ni un terremoto... ni siquiera

una bomba! —dijo Chatín.

¡Pero estaba muy equivocado... no podía estarlo más!



Capítulo XI

Ruido en la noche

Chatín se quedó dormido casi antes de meterse en la cama. Los ojos se le cerraron mientras apartaba las sábanas y ya no vio nada más. Ni siquiera soñó.

Los otros casi tenían tanto sueño como él. Incluso la pequeña «Miranda» estaba cansada después de aquel día pasado al aire libre y se acurrucó a los pies de la cama de Nabé en cuanto éste se hubo acostado. La señora Cosqui fue la última en retirarse a descansar.

Pero ella no había estado todo el día patinando, y se desnudó despacio, dobló cuidadosamente sus ropas como siempre hacía, se lavó con aquella agua helada y se soltó las trenzas para cepillarse el cabello.

Pensaba en los cuatro pequeños. Qué simpáticos eran, se dijo, siempre deseosos

de ayudar y siempre contentos. ¡Pero aquel terrible Chatín! Era el mejor de todos, pensó la señora Cosqui volviendo a trenzar sus largos cabellos.

—¡Con sus chistes y sus pecas! Me recuerda a mi Tom... que siempre andaba haciendo diabluras, y era más vivo que una ardilla... sí, y que la pequeña «Miranda». Primero no me gustaba, pero reconozco que es una monita muy bien educada. ¡Y ese «Ciclón»! No he visto perro con un nombre más apropiado. Siempre cogiendo mis paños y cepillos para esconderlos.

Al fin se metió en la cama una vez realizadas todas las tareas que llevaba a cabo tan meticulosamente cada noche... rezó sus oraciones, estuvo leyendo la Biblia, y luego embadurnó con crema sus ásperos manos. Apagó la vela y puso los pies sobre la botella de agua caliente... y entonces, como los otros, se quedó profundamente dormida.

La noche era quieta y la helada fue grande. No se oía el menor ruido, pues incluso las lechuzas tenían demasiado frío para ulular y volaban silenciosas en busca de ratones que no podían ver, puesto que estaban debajo de la nieve y a salvo en sus cómodos agujeros.

Y entonces un ruido atronador rompió el silencio... un ruido tremendo que resonó por toda la vieja casona, despertando a todos en el acto.

Nadie supo lo que era. Lo habían oído como en sueños, y al despertarse sólo el eco del ruido quedaba en sus memorias.

Chatín se incorporó asustado. Diana se acurrucó debajo de las sábanas. Roger pegó un brinco, y Nabé saltó de la cama. La señora Cosqui también se tapó la cabeza con las sábanas.

—¡Una tormenta! —dijo—. ¡Oh, qué trueno!

«Ciclón» se puso a ladrar como un loco, en parte asustado, y en parte furioso. Estaba profundamente dormido... ni siquiera había dejado una oreja alerta... y ahora aquel ruido extraño le había despertado sin avisar.

Roger, que compartía la misma habitación de Chatín, le gritó:

—Chatín, ¿has oído ese ruido ensordecedor? ¿Qué crees tú que ha sido?

—¡Yo diría que el fin del mundo! —exclamó Chatín mientras el corazón le latía muy de prisa—. No puede ser una tormenta... mira, puedes ver el cielo lleno por completo de estrellas.

—Voy a ver si Diana se ha asustado —dijo Roger saltando de la cama y corriendo hasta la habitación de su hermana. En el descansillo se encontró con Nabé que llevaba una palmatoria encendida.

—Hola. ¿Has oído ese estrépito? —preguntó Roger—. ¿Qué ha sido? ¿Alguna explosión?

—No. No sé lo que habrá sido —repuso Nabé—. Estaba completamente dormido. De todas formas ha sonado muy cerca.

Fueron hasta la habitación de Diana.

—¡Diana! ¿Estás bien? —gritó Roger a su hermana, que estaba acurrucada debajo de las sábanas, y asomó la cabeza para mirarle a la luz de la oscilante vela.

—Oh, Roger... Nabé. ¿Qué ha sido eso? —dijo con voz temblorosa.

—No puedo adivinarlo... tal vez un trueno —replicó Roger en tono alegre, pues no quería asustar a su hermana.

—No te preocupes —dijo Nabé—. El cielo está despejado y no volverá a tronar.

Pero en cuanto terminó de hablar volvió a oírse, y esta vez bien claramente, y no en sueños.

¡RAT-A-TAT-TAT! ¡RAT-A-TAT-TAT!

El ruido resonó por toda la casa y luego fue muriendo lentamente. Diana volvió a desaparecer dentro de la cama con un grito de terror, y Roger se abrazó a Nabé.

—¡El aldabón! —dijo—. Alguien está llamando a la puerta con ese enorme llamador. Dios santo... ¿quién viene aquí a estas horas de la noche?

—Tal vez... tal vez sea mi padre —replicó Nabé—. No, hubiera telefonado. ¡Cielos! La verdad es que no me siento con ánimos de bajar y abrir la puerta.

Junto a la puerta de la habitación de Diana apareció el resplandor de otra vela. Era la señora Cosqui que, a pesar de estar demasiado asustada para salir de la cama, se había sentido obligada a hacerlo por ver si los niños estaban a salvo. Temblaba de tal manera que apenas podía sostener la palmatoria.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó—. ¿Es que llaman a la puerta? Pero... ¡si es medianoche! Yo no abro la puerta. ¡No me atrevo a bajar la escalera!

—Vamos a hacer una cosa —dijo Nabé tratando de emplear el tono más animoso que pudo—. Nos asomaremos a la ventana que da encima de la puerta y preguntaremos quién llama. Puede que sea alguien que se haya perdido y necesite ayuda.

Chatín se había reunido con ellos acompañado de «Ciclón», que, muy asustado, no cesaba de gruñir.

—¿Por qué dirías que esta noche no habría nada capaz de despertarte, Chatín? —le dijo su prima—. Siempre que dices cosas así sucede algo.

—Vamos —dijo Nabé—. Asomémonos a la ventana. ¿Prefieres quedarte aquí con la señora Cosqui, Diana?

—Yo me quedo aquí —replicó la cocinera—. Y cuidaré de Diana... y ella puede cuidar de mí. Y por favor, si es alguien que se ha perdido, no le dejéis entrar sin decírmelo. ¡Despertarnos a estas horas de la noche! ¡Nunca vi cosa semejante!

Los tres niños, con «Ciclón» y «Miranda», atravesaron el gran descansillo para dirigirse a la ventana que daba a la fachada principal de la casa. La abrieron con cierta dificultad, pues estaba atascada.

El exterior seguía cubierto por la gruesa capa de nieve, y el muñeco y la casita se

recortaban tenuemente a la brillante luz de las estrellas. Nabé se asomó fuera de la ventana, tratando de ver la puerta principal.

—¿Quién está ahí? —gritó—. ¿Quién es?

Todos contuvieron la respiración para oír la respuesta, pero no la hubo. No se oía el menor ruido y Nabé volvió a gritar:

—¿Quién ha llamado a la puerta? ¡Conteste, por favor!

Pero tampoco hubo respuesta. La noche era quieta y callada, y Nabé cerró la ventana, pues el aire helado le hacía estremecer.

—No hay nadie —dijo—. No se oye ningún ruido abajo.

—¿Tú crees que debemos bajar a abrir la puerta... por si acaso? —dijo Roger.

—¿Por si acaso qué? —preguntó Nabé, cerrando la ventana.

—Pues por si acaso hubiera algún enfermo... o extenuado por el cansancio.

—Todo el que pueda llamar con semejante furia y con ese aldabón no puede estar enfermo ni desfallecido —replicó Nabé muy serio—. ¡Y no bajaremos! Eso te lo aseguro.

Regresaron al lado de la señora Cosqui y Diana.

—No hay nadie —anunció Nabé brevemente.

La señora Cosqui comenzó a temblar de nuevo, en parte debido al miedo y en parte al frío.

—Es ese Don Nadie —dijo—. El que solía llamar hace tantos años... con el aldabón de la puerta para advertir a la familia que había un traidor en la casa.

—¡Tonterías! —exclamó Roger—. ¡Bobadas! ¡Simplezas! Esa es una estúpida leyenda antigua. De todas formas, no hay ningún traidor en la casa, señora Cosqui. Yo creo que es alguien de buen humor, que nos está gastando una broma pesada.

—Bien, pues si es así, no nos vamos a dejar embromar —replicó Nabé con determinación, aunque dudaba mucho de que se tratase de una broma—. Vámonos a la cama a dormir... y mañana realizaremos una exploración para ver si encontramos huellas delante de la puerta. Nuestro Don Nadie habrá tenido que subir los escalones, y por lo menos veremos cómo son sus pies... pequeños... grandes... o medianos.

—Sí. Es una buena idea —dijo Chatín—. Vamos entonces... a la cama.

—Voy a dormir en el sofá de tu habitación. Diana —intervino la señora Cosqui—. Así nos haremos compañía mutuamente. Eso te gustará, ¿no?

—Oh, sí —dijo la niña, y la buena señora Cosqui fue a recoger sus mantas y la botella de agua caliente, y luego preparó su cama sobre el pequeño sofá que había a un lado de la habitación de Diana, que al saberla allí estaba mucho más tranquila... La cocinera estaba también contenta de tener la compañía de Diana. ¡Aquel Don Nadie... qué susto les había dado!

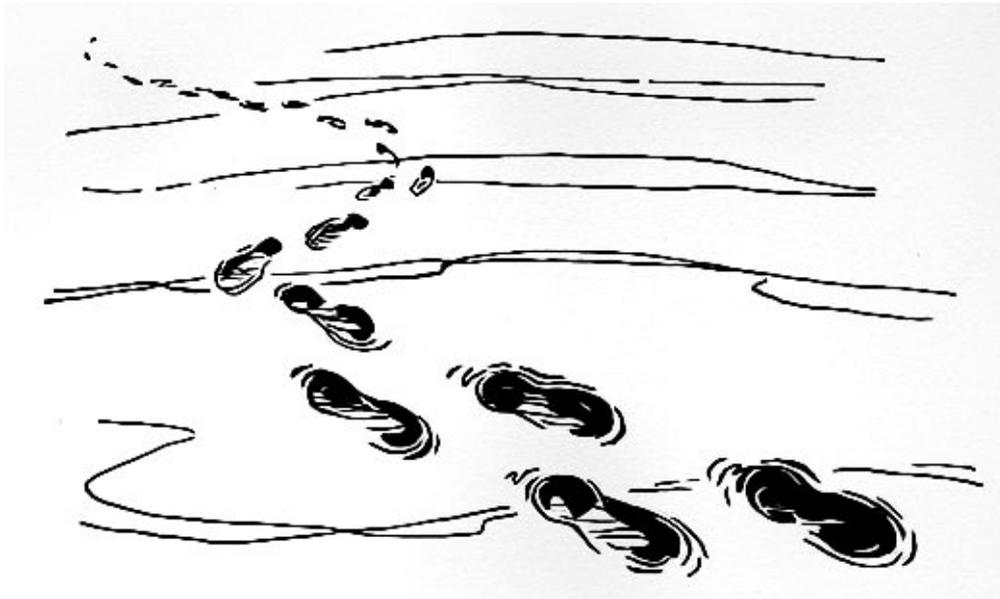
Chatín y Roger estuvieron hablando unos minutos y al fin el pequeño volvió a quedarse profundamente dormido. Nabé, en la habitación contigua, estuvo

reflexionando por algún tiempo sobre aquella extraña llamada y el hecho curioso de que en la puerta no hubiera nadie. Ni por un momento siquiera pasó por su imaginación creer en la antigua leyenda.

«Mañana por la mañana averiguaremos algunas cosas» —pensó, adquiriendo una posición más cómoda—. «Oh, perdona, “Miranda”... ¿te he aplastado?»

La pequeña monita estaba tan asustada por el ruido que se había refugiado en el interior de la cama de su amo, pero ahora que la casa estaba tranquila y todo había vuelto a la normalidad, se sentía más contenta.

El reloj del recibidor dio la media... debían ser las doce y media, pensó Nabé. Bien, cuidado, señor Intruso, sea quien fuere... mañana por la mañana estaremos sobre tu pista.



Capítulo XII

Las huellas

Todos, excepto la señora Cosqui, durmieron profundamente el resto de la noche. La cocinera, que no se había fatigado patinando como los niños, no tenía tanto sueño como ellos, y permaneció despierta durante mucho tiempo, preocupada por la extraña llamada.

A las siete menos cuarto se levantó del sofá de la habitación de Diana, se puso la bata y abrió la puerta sigilosamente para volver a su dormitorio. Era ya hora de vestirse y bajar a encender el fuego.

Más tarde Nabé fue a la habitación de Roger para vestirse y allí hablar con él y Chatín de la alarma nocturna. Ahora ninguno estaba asustado; sentíanse muy valientes y bastante pesarosos de sus pasados temores. Fuera brillaba el sol y la nieve, y la perspectiva de poder patinar y deslizarse en trineo alejó el miedo de la noche.

Diana fue a llamar a la puerta.

—¿Estáis listos para bajar a desayunar? Ya estoy vestida.

—Sí, ya estamos —dijo Roger abriendo la puerta—. Propongo que primero vayamos a echar un vistazo a ese aldabón que anoche sonaba con tanta fuerza.

De manera que lo primero que hicieron fue bajar la escalera a la carrera, yendo «Ciclón» en cabeza, y luego ir a la puerta de entrada.

—No hemos vuelto a utilizar esta puerta desde que llegamos —dijo Nabé—. Entramos por aquí, pero desde entonces hemos utilizado la puerta lateral.

—Desde que estamos aquí no ha vuelto a nevar —dijo Roger, pensativo—. De manera que ahora pensemos en... las huellas. Llegamos en el coche hasta los escalones de piedra que conducen a la puerta.

—De manera que aún deberán verse las marcas de los neumáticos del automóvil... y nuestras pisadas en dirección a los escalones —dijo Nabé—. Y esto significa que ahora se verá además otra serie de pisadas, las de Don Nadie... por el paseo y en los escalones, donde por desgracia se habrán mezclado con las nuestras. ¡Vaya, sí que es difícil de abrir esta puerta!

Sí que lo era. Tenía dos grandes cerrojos, uno arriba y otro abajo... dos cerraduras... y una pesada cadena. Las cerraduras chirriaban, pero al fin consiguieron hacer girar las llaves y abrir la gran puerta.

—¡Todavía no hemos visto el aldabón! —dijo Diana, ansiosa de contemplarlo.

Era magnífico. Tenía la forma de la cabeza de un gran león, y para utilizarlo había que asir su melena. Diana y los niños lo admiraron maravillados. Nunca habían visto un aldabón semejante... ¡no era de extrañar que hiciera tanto ruido!

—Voy a levantarlo para ver lo que pesa —dijo Chatín, asiéndolo por la melena del león. Lo levantó, pero como pesaba tanto volvió a caer casi inmediatamente.

¡PAM!

«Ciclón» se cayó de los escalones del susto, y «Miranda» se refugió debajo de la chaqueta de Nabé. Diana pegó un brinco y se volvió al punto hacia su primo.

—¡No hagas eso! No puedo soportar que me des esos sobresaltos. ¿Por qué tienes que ser tan tonto?

—Perdona —dijo Chatín, también asustado—. No imaginaba que pesara tanto.

La señora Cosqui acudió corriendo al recibidor, muy asustada.

—¿Qué...? —empezó a decir, y entonces vio a los niños—. Oh, Dios nos asista, pensaba que era otra vez ese Don Nadie, y venía dispuesta a darle su merecido.

—He sido yo —dijo Chatín—. ¡Perdone! ¿Verdad que es un aldabón enorme, señora Cosqui? No es de extrañar que anoche nos asustáramos tanto. Quienquiera que llamara debió ser muy fuerte para hacerlo replicar de aquella manera.

—Bueno, no vuelvas a hacerlo, o se estropeará el desayuno —dijo la cocinera bastante enfadada—. He dejado caer el huevo que tenía en la mano y se ha estrellado encima de mi zapato... ¡mira!

—¡«Ciclón», lámelo! —ordenó Chatín, pero antes de que el perro consiguiera alcanzar el zapato, allí estaba «Miranda», lamiendo la yema del huevo con gran fruición.

—«Miranda», ¡cómo puedes...! —exclamó Diana con disgusto.

—Busquemos las huellas —dijo Roger, yendo hasta los escalones y mirando hacia abajo.

No iban a recibir gran ayuda del amasijo de pisadas que allí había, ni de las de la puerta de entrada debajo del porche. La nieve estaba acribillada con huellas de pasos, y era difícil distinguirlas unas de otras.

—Cuando vinimos nos quedamos aquí de pie —dijo la niña—. Tu padre, Nabé... y nosotros cuatro... y además «Ciclón» pisa por todas partes... pero no encontraremos las huellas de las patitas de «Miranda» porque estuvo siempre sobre tu hombro.

—También han de estar las huellas de las maletas —le dijo Nabé—. Sí... vedlas aquí... y aquí.

Bajaron los escalones, procurando hacerlo por los lados para no dejar más huellas que confundieran las ya existentes. Y fue entonces, al llegar al pie del tramo de escalones, cuando descubrieron algo.

Las marcas de los neumáticos del coche estaban allí, naturalmente, avanzando por la avenida, deteniéndose ante la puerta... y luego girando para emprender el camino de regreso conducido por el señor Martin. Pero había también una extraña hilera de pisadas en la avenida, que partían del cercano césped cubierto de nieve. Los niños las siguieron hasta el lugar donde ellos mismos dejaron tantas que se confundían unas con otras.

—¡Mirad éstas! —exclamó Nabé, excitado—. Esas pisadas no fueron hechas por nosotros... son enormes. Las hizo alguien que llevaba unas botas muy grandes... parecen huellas de unas botas de agua, mucho mayores de lo que son las nuestras.

Los niños las contemplaron con interés. Sí, aquellas pisadas no eran suyas. Qué lástima que se perdieran en el zafarrancho de huellas hechas por ellos mismos, y no pudieran seguirlas. Creyeron distinguirlas aquí y allá, pero sin poder precisarlo.

—Sigámoslas otra vez hasta la puerta principal —dijo Roger—. Todos hemos de tener mucho cuidado para no pisarlas o estropearlas.

Las siguieron por el césped y por la avenida hasta el pie de los escalones, dónde, naturalmente, se perdían entre las otras.

La señora Cosqui se llegó a la puerta de entrada con aire impaciente.

—¿Es que no vais a desayunar nunca? —les dijo—. ¿Es que queréis morir de frío deambulando al aire libre sin poner os ni siquiera una chaqueta?

—Señora Cosqui, venga a ver esto. ¡Hemos encontrado las huellas de Don Nadie! —gritó Chatín—. ¡Venga!

La cocinera aguzó en seguida el oído, y bajando cautelosamente los escalones de la entrada, temerosa de resbalar, fue a que le mostraran la serie de pisadas que terminaban al pie de la entrada.

—Síguenos y verá de dónde proceden —le dijo Roger, llevándola al lugar donde tuvieron la batalla de bolas de nieve—. Mire... se pierden aquí... pero ese Don Nadie llegó por el césped que hay allí, subió por la avenida y luego los escalones para llamar a la puerta.

—Sí —repuso la señora Cosqui, realmente intrigada—. Pero ¿cómo hay sólo una serie de pisadas?

—¡Porque iba solo! —exclamó Chatín, pensando que la señora Cosqui no demostraba ser muy inteligente.

—Sí, lo sé... Pero ¿por qué no hay otra serie de huellas que se alejen de los escalones de entrada? —dijo la cocinera—. Quiero decir... que habrá tenido que marcharse luego, ¿no? Y no hay ninguna huella que indique por dónde se ha marchado.

Nadie había pensado en aquello. ¡Qué tontos! Nabé frunció el ceño muy intrigado. Sí, no habían pensado en aquello... estaban tan emocionados por el hallazgo de las extrañas huellas que no cayeron en la cuenta de que debían haber dos rastros; uno viniendo y otro alejándose.

—¡Esto es horrible! —exclamó Diana—. ¿Cómo es posible que se haya acercado nadie a la puerta para llamar, y luego no se marchase? ¡Aquí no está! Entonces, ¿por dónde se fue?

—Por amor de Dios, entrad a desayunar —les dijo la señora Cosqui temblando de frío—. Si estáis más rato aquí, os tendré en la cama a todos. Dejad que ese Don Nadie entre y salga como más le plazca.

Obedecieron en silencio. Desde luego, era muy extraño que no hubieran huellas que se alejasen de la casa... ¡sino sólo en dirección a ella! ¿Cómo pudo alejarse Don Nadie, como llamaban al visitante nocturno, sin utilizar sus pies? ¡Era un rompecabezas... un verdadero misterio!

Se sentaron a desayunar sirviéndose el potaje caliente. Chatín recordaba el susto que había tenido un par de noches antes cuando creyó ver a alguien de pie cerca de la casita de nieve, mientras cenaban, y se lo recordó a los otros.

—Apuesto a que también era Don Nadie —les dijo—. ¡Y apuesto a que es suyo el guante que he encontrado!

—Oh, sí —repuso Roger—. Supongo que sí. Bueno, ahora sabemos que se trata de un hombre de pies y manos grandes, y que probablemente lleva un solo guante de lana azul marino. Pero lo que no sabemos es qué diantre estaba haciendo en Villa Rat-a-Tat.

—Ojalá se hubiera ido a cualquier otro sitio —dijo la niña sirviendo el café con leche en los grandes tazones—. Y espero que no vuelva a llamar a nuestra puerta.

—¿No creéis que sería mejor telefonar a mi padre y decírselo? —dijo Nabé—. Después de todo, ésta es la casa de mi abuela, y si alguien intenta asaltarla, hemos de

hacer algo para impedirlo.

—Sí, desde luego. Telefonaremos y le contaremos todo —dijo Roger—. Buena idea. Tal vez tu padre venga y se pelee con Don Nadie, Nabé.

Pero cuando fueron al teléfono no obtuvieron respuesta. La nieve había roto los cables, y hasta que los arreglaran, Villa Rat-a-Tat estaba completamente aislada del mundo.



Capítulo XIII

Algunas cosas interesantes

—¡Vaya! —exclamó Nabé dejando el teléfono—. Sólo nos faltaba esto. Por el momento estamos completamente aislados, y ni siquiera podríamos llamar al médico si lo necesitáramos.

—Podríamos llegarnos al pueblo de Boffame —dijo Roger.

—¡Tardaríamos siglos! —replicó Nabé—. ¡Con toda esa gruesa capa de nieve! Apuesto a que además nos perderíamos. Todos los caminos desaparecen bajo la nieve, y necesitaríamos esquís para avanzar por ella.

—¡De manera que tendremos que resolver el Misterio de Villa Rat-a-Tat solitos! —exclamó Chatín alegremente.

—Oh, bueno, creo que somos bastante expertos en misterios. Ya hemos descubierto cuatro... El Misterio de Rockingdown, el de la Feria de Rilloby... el de Tantán... —continuó Diana—. ¿Y cuál fue el otro? Ah, sí, el de las Campanas.

—Entonces a éste le llamaremos el Misterio de Villa Rat-a-Tat, como ha dicho Chatín —intervino Nabé.

—¿Quedan aún huevos con jamón? —preguntó Chatín.

—Claro que no —replicó Diana, indignada—. Has tomado el doble que los demás.

—Ooooh, no es cierto. ¿Verdad que no, «Ciclón»? —dijo Chatín en tono lastimero, y su perro golpeó el suelo con el rabo mientras lamía la mano de su amo.

—Basta de golpes —ordenó Diana—. No quiero volver a oír golpes de ninguna clase durante el resto de mi vida. ¡Basta, «Ciclón»!

—¿Os sentís con ánimos de volver a coger los trineos? —preguntó Roger—. Mis piernas están perfectamente ahora.

A Nabé le hubiera gustado pasarse el día entero patinando, pero cuando los otros votaron por los trineos se avino a ello.

—Bien —dijo Roger—. Entonces de acuerdo. Pero esta vez no escojamos una colina tan inclinada... y así no costará tanto subirla.

Así que fueron a otra colina arrastrando alegremente sus trineos, después de haber hecho todo lo que estaba en sus manos por ayudar a la silenciosa señora Cosqui. ¡No le había gustado nada la actuación de Don Nadie!

Cuando llegaron a lo alto de la colina además de disfrutar de la hermosa vista de la blanca campiña, descubrieron algo que no habían podido ver desde la altura por la que se deslizaron el otro día.

—¿Qué es eso? —dijo Chatín señalando lo que parecía una pequeña casita con el tejado cubierto de nieve. Estaba muy cerca del lago, como si formara parte de él.

Todos la observaron.

—¡Es una casilla para guardar los botes! —exclamó Roger—. Y está construida parte sobre tierra y parte sobre el agua. Dentro deben haber algunos botes, ¿no es verdad, Nabé?

—Sí —replicó Nabé recordando que su padre le había hablado de que los guardaba allí para utilizarlos en el lago durante el verano—. Había olvidado que existía. Si nos cansamos de los trineos podemos ir a explorarlo con todo cuidado.

La nieve estaba deliciosa y crujiente y los niños disfrutaron mucho... sobre todo cuando Chatín, al bajar por la colina solo con «Ciclón», el trineo tropezó con algo y ambos salieron disparados por el aire cayendo en la nieve. ¡El pobre perro quedó tan hundido que se perdió de vista!



—¡«Ciclón», «Ciclón»! ¿Dónde estás? —gritaba Chatín presa de pánico—. Venid a ayudarme, tontos, y no os quedéis ahí riendo, «Ciclón» se va a ahogar con tanta nieve.

La verdad es que «Ciclón» estaba practicando un túnel bajo la nieve, tan falto de aliento que ni siquiera podía ladrar, y fue a salir tan cerca de Chatín que éste pegó un respingo. Lleno de alegría saltó sobre su amo hundiéndole más que nunca en la nieve. Los otros reían a más no poder, pero Chatín estaba muy contrariado.

—Vamos a comernos las galletas a la casilla de los botes... si conseguimos llegar hasta allí —dijo Nabé cuando empezaron a cansarse y a sentir hambre.

De manera que se dirigieron hacia la casilla cubierta de nieve, que con sus paredes pintadas de blanco y tejado nevado resultaba muy difícil de distinguir a distancia.

Estaba cerrada.

—¡Qué lástima! —exclamó Nabé—. No podemos entrar.

Fueron a echar un vistazo por una de las ventanas, viendo que en su interior había tres botes. Chatín quiso dar la vuelta al cobertizo y de pronto lanzó un grito.

—Eh, aquí hay una ventana rota. Podremos entrar.

Los otros se acercaron a él, y de pronto Roger vio algo más: ¡Huellas! Grandes, aproximadamente del mismo tamaño que aquellas que habían visto en la avenida.

—Vaya, ahora sí que estamos sobre una verdadera pista —dijo Nabé excitado—. Quizás nuestro Don Nadie viva aquí... en la casilla de mi padre. ¿Tenéis alguna linterna?

Ninguno la llevaba, de manera que fue una lástima. Nabé observó la ventana rota, viendo que podía entrar con facilidad sin desgarrar sus ropas.

—Voy a echar un vistazo —dijo, entrando por la ventana rota.

Los otros esperaron con ansiedad, y no tardó en regresar con noticias.

—Sí, creo que nuestro Don Nadie se hospeda aquí. Uno de los botes está lleno de almohadones, como si alguien durmiera en él. Y he encontrado un paquete de cigarrillos vacío. ¡Mirad!

Entregó el paquete a Roger y luego volvió a salir por la ventana con los ojos brillantes. Después de contemplar nuevamente las huellas de pisadas que había debajo de la ventana sacó la conclusión de que Don Nadie había utilizado aquel medio para entrar en el cobertizo. Pero ¿adonde conducían las huellas? ¡Tal vez hasta el mismo Don Nadie! ¡Había que verlo!

Pero las pisadas les condujeron únicamente hasta la parte frontal de la casilla que, en vez de estar apoyada sobre pilares sumergidos en el agua, como lo estaba generalmente, ahora lo hacía sobre el duro hielo, puesto que el lago habíase helado. En cuanto las huellas llegaron al hielo desaparecieron, ya que en él no quedan impresas.

—Por lo menos esta vez las huellas siguen dos direcciones —comentó Roger pensativo—. Mirad, aquí hay unas que van hacia la ventana y otras que regresan... todas mezcladas, pero lo bastante claras para comprender que ese individuo ha ido y venido.

—¿Quién será?... ¿un vagabundo? —preguntó Diana—. ¿Pero para qué había ido a llamar a Villa Rat-a-Tat? Y de todas maneras, ¿cómo es que sólo dejó huellas en una dirección... y no al marcharse? ¡Eso es lo que me ha estado intrigando todo el día!

—Oh, no nos preocupemos por eso —replicó Chatín, que había terminado las galletas y deseaba volver a deslizarse en su trineo—. Vamos... aquí hace frío.

Cuando fueron, a comer tenían los ojos brillantes y las mejillas encendidas.

—¿Ha vuelto a llamar a la puerta Don Nadie? —preguntó Chatín alegremente cuando la señora Cosqui les sirvió una fuente de costillas rodeada de patatas fritas y

guisantes en conserva—. ¡Oh... caramba... mirad esto! Se me hace la boca agua.

—Ese Don Nadie no se atreverá a venir a la luz del día —repuso la señora Cosqui—. Tengo el rodillo de amasar preparado y una olla de agua hirviendo sobre el fogón. Estoy dispuesta a recibirle, venga por la puerta principal, lateral o posterior.

Todos rieron ante la enérgica contestación de la cocinera, que también se echó a reír.

—Aquí tenéis... continuad comiendo... que si luego os queda sitio hay pastel helado.

Fue una comida deliciosa, como de costumbre, y después los niños sintieron pereza. Pero el día volvía a ser hermoso y ninguno quiso descansar mucho rato. Pronto estuvieron deslizándose de nuevo en sus trineos, y pasaron toda la tarde subiendo y bajando las nevadas colinas. Cuando comenzaba a oscurecer regresaron a Villa Rat-a-Tat muy cansados.

—Ni siquiera tengo fuerzas para arrojar una bola de nieve —dijo Chatín con pesar—. Y en cuanto a «Ciclón», está tan cansado, que al muy perezoso tengo que llevarle en mi trineo y arrastrarle.

—Nuestro muñeco de nieve sigue todavía de guardia junto a la casita —dijo Roger—. Hola, Don Hielo-Frío. Se le ha helado el sombrero. Permítame que se lo enderece.

Volvió a colocarle bien el sombrero y todos fueron a la puerta del jardín para quitarse los guantes y las botas húmedas. La señora Cosqui, al oírles, salió a darles la bienvenida.

—Llegáis muy tarde —les dijo—. Hace veinte minutos que tengo preparadas las tostadas con mantequilla. Daos prisa en lavaros, o se enfriarán.

—No puedo correr ni siquiera por las tostadas con mantequilla —dijo Chatín—. Soy un viejo encorvado y torpe, y las piernas apenas me sostienen. ¡Oh, en lo que le convierte a uno el deporte!

—Vete a paseo —dijo la señora Cosqui—. Puede que seas un vejete encorvado, pero apuesto a que te comes más tostadas de las que te corresponden.

Se sentaron alrededor de la mesa cubierta con blanco mantel, y Diana sirvió una gran taza de té para cada uno. Se sentían felices, pero tan cansados que apenas podían bromear. «Ciclón» se acostó debajo de la mesa exhalando un profundo suspiro, y temeroso de dormirse antes de que comenzaran a echarle parte de la merienda.

—Corramos las cortinas —dijo Nabé—. No quiero tener la sensación de que ese Don Nadie está escondido otra vez en nuestra casita de nieve observando como comemos.

—Está bien. Córrelas —dijo Roger—. Yo no me siento con ánimos de levantarme.

Nabé se levantó para echar las cortinas, pero antes de hacerlo miró al exterior

donde la luz de la lámpara de petróleo rompía la oscuridad, y se volvió en redondo.

—¡Caramba! ¡Nuestro hombre de nieve ha desaparecido! ¡Ya no está ahí!

—¡Desaparecido! ¡Pero si no es posible! ¡Pero si estaba ahí hace media hora, cuando llegamos! —exclamó Diana—. Roger le puso bien el sombrero.

—Bueno, pues ahora no está —replicó Nabé—. Venid a verlo. ¡Sólo se ve la casita de nieve... pero no el muñeco! ¡Troncho! ¡Qué cosas más extraños están ocurriendo! ¿Adónde habrá ido don Hielo-Frío?



Capítulo XIV

Otro misterio

Los cuatro niños quedaron realmente sorprendidos ante la desaparición de su muñeco de nieve, sobre todo puesto que hacía tan poco tiempo que lo habían visto... un poco antes de merendar.

—Alguien debe haberlo deshecho —dijo Nabé al fin—. Es la única explicación posible. Los hombres de nieve no andan por su propio pie... ni siquiera nuestro simpático Don Hielo-Frío.

—Bueno, cojamos una linterna y salgamos a ver si le han convertido en un montón de nieve... —propuso Roger.

—Sí. Y tal vez podamos descubrir a la persona que lo ha destrozado —exclamó Nabé cogiendo su linterna que estaba sobre la repisa de la chimenea—. Nos llevaremos a «Ciclón», y en seguida olfateará si hay alguien escondido por los alrededores observando si hemos notado la desaparición del muñeco de nieve.

—Yo no veo la razón para destrozarlo —empezó a decir la niña verdaderamente intrigada, pero se detuvo. Se oyó un grito procedente de la cocina y luego pasos apresurados por el pasillo. Se abrió la puerta y allí estaba otra vez la señora Cosqui «temblando de pies a cabeza».

—¿Qué ocurre? —quiso saber Nabé.

—¡El muñeco de nieve! ¡Vuestro hombre de nieve! Se ha asomado a la ventana de la cocina mientras yo estaba merendando —jadeó la señora Cosqui mientras los niños la contemplaban asombrados.

—¡Pero señora Cosqui... usted sabe muy bien que un hombre de nieve no puede andar! —exclamó Roger—. Debe haber sido una...

—Os digo que era vuestro hombre de nieve, todo blanco, y con su sombrero —dijo la cocinera dejándose caer en una silla—. ¡Qué cosas, Dios mío! Regresaremos a Wendleman lo más pronto posible. Telefona a tu padre, Nabé.

—El teléfono no funciona —repuso Nabé haciendo que la señora Cosqui lanzara un gemido.

Luego fue a mirar por la ventana y gritó:

—¡Se ha ido... vuestro muñeco de nieve ha desaparecido! Era él quien se ha asomado a mi ventana para matarme de un susto... con sombrero y todo.

Aquello era realmente muy extraño. Ninguno de los niños creyó ni por un momento que la señora Cosqui hubiera visto a su hombre de nieve. Pero ¿quién era entonces? ¿Y por qué iba vestido de blanco? ¿Y cómo había desaparecido tan de repente su muñeco de nieve?

—Yo creo que no era un muñeco de nieve lo que había ahí fuera —dijo la cocinera señalando la ventana con un gesto—. Puede que lo fuera primero, pero después era alguien cubierto de nieve que nos ha estado observando.

—¡Oh, no, señora Cosqui! —exclamó Nabé—. Le aseguro que esta mañana y esta tarde pasamos muy cerca de él, y no cabe la menor duda de que era un muñeco hecho de nieve. Vaya, si Roger incluso le enderezó el sombrero. ¿No es cierto, Roger?

—Bien, entonces... ¿queréis explicarme cómo fue hasta la ventana de mi cocina? —replicó la cocinera con aire fiero—. ¡Explicadme eso!

No pudieron. Para ellos era también un misterio. Nabé y Roger fueron hasta la cocina para ver si el hombre de nieve seguía atisbando por la ventana, pero no era así. Nabé fue con su linterna al patio de atrás iluminando todos sus rincones, pero allí no había nada que ver, excepto un conglomerado de pisadas confundidas unas con otras... evidentemente de la señora Cosqui, y suyas. Era imposible precisar si había

también de otras personas.

Regresaron y la señora Cosqui cerró y atrancó la puerta a sus espaldas.

—No quiero que ese hombre de nieve entre en mi cocina —dijo.

—Es una lástima que no lo haga —dijo Chatín. Podría calentarse junto al fuego, señora Cosqui, y al cabo de unos minutos sólo tendría que recogerlo con una bayeta, y luego tirarlo por la fregadera.

La señora Cosqui tuvo que echarse a reír.

—Eres tremendo —le dijo—. ¿Todavía no has terminado de merendar?

—¡Cielos, no! —exclamó Chatín sorprendido al ver que había abandonado la merienda con aquellas emociones—. Estaba en mi tercera tostada con mantequilla.

—Entonces será mejor que vayas a terminarla —le dijo la señora Cosqui empujándole suavemente.

Los niños volvieron a la sólita para terminar de merendar. Estaban bastante excitados, pero les resultaba difícil creer que la señora Cosqui hubiera visto realmente a su hombre de nieve. Debió ser un efecto producido por la escasa luz.

—Aunque fuera así, eso no resuelve nuestro problema... de por qué desapareció tan de repente nuestro hombre de nieve —dijo Chatín.

—Puede haberse derretido —sugirió Diana—. Puede que haya subido la temperatura.

—No puedes saber qué temperatura hace estando en esta habitación tan caldeada —dijo Roger—. Estoy seguro de que hace el mismo frío. De todas maneras eso espero, puesto que mañana quisiera patinar.

—¡Sí! —dijo Nabé con el rostro resplandeciente—. Sí, vamos todos a patinar.

Pasaron la tarde apaciblemente, sin más incidentes, y pensaron que la señora Cosqui debía estar un poco asustada por hallarse sola en la cocina, y por eso decidieron pedirle que fuera a jugar con ellos a las cartas... de esta manera se animaría olvidando al hombre de nieve que había atisbado por su ventana.

Pusieron un corcho en el centro de la mesa y Roger repartió las cartas. Cuando uno reuniera dos cartas iguales tenía no sólo que gritar «¡Pareja!», sino que además coger el corcho. De esta manera evitaban muchas discusiones sobre quién había sido el primero en gritar «¡Pareja!». Chatín agarraba con tal fuerza el corcho cada vez que gritaba «¡Pareja!» que tuvieron que obligarle a ponerse los guantes.

—Me has arañado dos veces —se quejó Diana—. Eres un bruto, Chatín. Y no jugaré si no te pones por lo menos un guante.

De manera que Chatín fue a buscar sus guantes y se «calzó» el de la mano derecha. ¡Así, cuando ahora cogiera el corcho no arañaría a nadie!

A «Miranda» le gustaba mucho aquel juego, y también intentaba atrapar el corcho cuando alguien gritaba «¡Pareja!» Una vez logró apoderarse de él, y se subió encima de la repisa de la chimenea sujetándolo con tanta fuerza que Nabé no pudo quitárselo.

—Eres muy mala —le dijo, pero «Miranda» se negó a entregarle el tapón de corcho. Se lo puso en la boca mirándole con aire picaresco.

Chatín se echó a reír y levantándose, puso algunas cartas sobre la repisa a «Miranda».

—Aquí tienes —le dijo—. Puedes jugar tú solita, con corcho y todo. Tenemos otro de reserva en la caja de las cartas.

«Miranda», encantada, cogió las cartas y empezó a parlotear. En cuanto Nabé estuvo de nuevo sentado a la mesa, se quitó el corcho de la boca y se lo puso a su lado. Luego empezó a repartir las cartas.

—¡Mirad! ¡Mirad a «Miranda»! —exclamó Diana divertida—. Dentro de un momento gritará «¡Pareja!»

Pero, naturalmente, no llegó tan lejos. Sin embargo, consideró que sería más divertido jugar a las cartas con alguien, mejor que sola, y a los pocos minutos, bajó de la repisa con el tapón de corcho en la boca y las cartas en una mano, y yendo hasta debajo de la mesa donde estaba «Ciclón» le despertó mordiéndole el rabo.

Repartió las cartas y puso el tapón en el suelo. Diana, que les estaba observando, rompió a reír a carcajadas y Nabé la imitó con su risa contagiosa.

«Ciclón» no estaba muy satisfecho y luego de mirar las cartas y olfatear el corcho, se puso a dormir nuevamente. «Miranda» tuvo que jugar sola otra vez.

Chatín ganó siempre, como de costumbre, aunque seguido muy de cerca por la señora Cosqui. Era muy hábil para apoderarse del corcho. En resumen, fue una tarde muy agradable a pesar de las sorpresas de dos o tres horas antes.

—Es hora de acostarse —dijo la señora Cosqui al fin—. Y esperemos que Don Nadie no vuelva a llamar a la puerta. Si lo hiciera, no pienso moverme de la cama. Que llame cuanto guste.

—Lo mismo digo —replicó Roger bostezando—. Sí, vamos a la cama. Diana está ya casi dormida.

Apagaron la lámpara de petróleo, recogieron a «Ciclón» y «Miranda» (que seguía con las cartas y el corcho), fueron en busca de las palmatorias y subieron la escalera. Al cabo de media hora la casa estaba sumida en la oscuridad, y todos dormían profundamente, excepto «Ciclón».

Es cierto que «Ciclón» estaba dormido, pero esta noche tenía una oreja alerta, lo cual significaba que aquella oreja no dormía y por eso «Ciclón» no estaba profundamente dormido. Los acontecimientos de la noche anterior y la excitación producida por el muñeco de nieve le habían puesto sobre aviso. ¡Y tenía intención de conservar abierta una oreja toda la noche... por si las moscas!

Y fue a eso de medianoche cuando esa oreja oyó algo inusitado... esta vez no fue el ruido del aldabón... sino un ligero rumor, en la planta baja. La oreja de «Ciclón» captó el ruido, y despertándose en seguida, se sentó sobre sus cuartos traseros.

Chatín, que dormía profundamente, no lo oyó, y el perro fue hasta la puerta para escuchar.

Sí, algo estaba ocurriendo abajo, y corriendo junto a su amo, lanzó un ligero gruñido de advertencia. Luego puso una pata encima de la cama, y por fin saltó sobre el estómago de Chatín... cosa que, según sabía «Ciclón» muy bien, siempre le despertaba.

También se despertó ahora muy indignado.

—¡Tonto! ¿Por qué has hecho esto? ¿No te he dicho...? Oye... ¿por qué gruñes?

La actitud de «Ciclón» puso en guardia a su amo. ¡Ajá! Tal vez hubiera alguien dispuesto a llamar otra vez, y «Ciclón» había oído sus pasos. Bien... Chatín bajaría para sorprender a Don Nadie llamando con el aldabón. ¡Grr! Chatín gruñó suavemente junto a la sedosa oreja de «Ciclón...»

—Vamos —dijo Chatín—. ¡Algo está ocurriendo!



Capítulo XV

¡Cuidado, Chatín!

Chatín se puso la bata y contempló a Roger a la luz de su linterna viendo que estaba bien dormido. ¿Y si le despertase? No, lo mejor era bajar primero para explorar y ver si ocurría algo emocionante, y luego ya tendría tiempo de subir a despertar a Roger.

«Ciclón» seguía gruñendo en tono bajo con el pelo erizado y el cuerpo rígido. No cabía duda de que oía algo.

Chatín comenzó a excitarse.

—¡Aventura nocturna! —susurró a su perro—. Vamos, viejo camarada.

Salieron de la habitación sin hacer ruido, y Chatín cerró la puerta a sus espaldas. Luego de atravesar el amplio descansillo llegaron a la escalera. Chatín apagó su linterna y escuchó. Ahora oía ciertos rumores... ruidos apagados... que creyó provenían de la cocina.

—¿Quién estará allí? —se extrañó—. ¡Tal vez Don Nadie! «Ciclón», será mejor

que andemos con cuidado. ¡Troncho! Claro que podría ser el muñeco de nieve. No se me había ocurrido.

Chatín no hubiera soñado nunca que pudiese tropezarse realmente con un hombre, de nieve de haber sido de día, pero en la casa oscura y silenciosa, en la que sonaban ruidos sospechosos, le pareció muy verosímil que pudiera dar de narices con él al doblar la esquina siguiente. Se apretó el cinturón de la bata y fue bajando la escalera sin hacer ruido y con la linterna en la mano.

Sí, decididamente los ruidos venían de la cocina. Eran muy curiosos y Chatín supo clasificarlos. Sonaban golpes... luego como si arrastraran algo pesado... y gruñidos como si alguien se cargara un bulto de mucho peso. ¿Qué estaría ocurriendo?

Chatín llegó al pie de la escalera y atravesando el recibidor dirigióse hacia la puerta de la cocina. La señora Cosqui siempre la dejaba abierta por la noche, pero ahora estaba cerrada. Chatín avanzó hacia ella, llevando a «Ciclón» que no cesaba de gruñir, pegado a sus talones.

Chatín aplicó un ojo a la cerradura, pero la cocina estaba a oscuras, exceptuando un rayo de luz, que le pareció procedente de una linterna fija. Oyó una voz profunda, y luego un golpe al otro lado de la cocina. Chatín trató de recordar lo que había allí... ¿era la despensa? No. ¿Acaso el armario donde la señora Cosqui guardaba las cacerolas y sartenes? No. Claro... ¿era el sótano! Nabé y él habían reparado en aquella puerta, y trataron de abrirla para ver a dónde conducía, pero la encontraron cerrada y muy bien cerrada.

—El sótano está cerrado y no sé dónde está la llave —les había dicho la señora Cosqui—. Supongo que tu abuelita tendrá almacenadas algunas cosas ahí, Nabé. Estaba abierto cuando estuve aquí el verano pasado... cuando tus primos vinieron a bañarse y a pasear en bote. Supongo que tu abuelita lo cerraría al marcharnos.

Pero quienquiera que estuviese en la cocina, era evidente que había dado con la llave del sótano, porque Chatín, aguzando el oído, pudo oír claramente como alguien bajaba los escalones. ¿Qué diantre estaba ocurriendo? ¿Serían ladrones que robaban las provisiones almacenadas allí? Qué tiempo habían escogido... en plena estación invernal... cuando todo estaba cubierto de nieve y no tendrían oportunidad de que les alejase de allí un camión u otro vehículo cualquiera.

«Ciclón» continuaba gruñendo y Chatín se cansó de mirar por el ojo de la cerradura, decidiendo por lo tanto, salir al jardín para ir a mirar por la ventana de la cocina. Desde allí tendría un campo visual mejor que aquél.

—Vamos —susurró a «Ciclón», y salieron juntos pasando ante la puerta de la sala, que estaba abierta y a la decadente luz del fuego que se iba apagando en la chimenea, el perro vio de pronto los ojos resplandecientes de la piel de oso, y se arrimó a su amo gruñendo con más potencia.

—¡Cuidado! —susurró Chatín que casi se cae—. ¿Qué te ocurre? Oh, es ese oso viejo. ¡Palabra que esta noche parece que estuviera vivo!

Se disponía a seguir adelante cuando le detuvo una idea repentina. ¿Por qué no involucrase en la piel de oso, apoyando la cabeza sobre la suya...? Si por casualidad aquellos hombres le sorprendían mirando por la ventana de la cocina, iban a llevarse el mayor susto de su vida al ver un oso que les parecía vivo.

«Y además —pensó Chatín con un escalofrío—, será cómoda y calentita. Supongo que afuera debe hacer un frío terrible».

Sus propósitos de despertar a Roger huyeron de su mente y sintió un hormigueo en la espina dorsal en tanto que se apoderaba de él una repentina excitación. Sí, se pondría la piel de oso. Les daría a los ladrones un susto de muerte, y descubriría lo que estaban haciendo. ¡Vaya una aventura para contarla a los otros! Hinchó el pecho con orgullo acariciando la cabeza de «Ciclón».

—Voy a ponerme la piel de oso —susurró—. De manera que no te excites. ¡El oso no me comerá!

Y entonces, ante el inconmensurable asombro de su perro, Chatín dirigióse hasta donde estaba la piel de oso, y alzándola la colocó sobre sus hombros de manera que la enorme cabeza quedaba sobre la suya. Cuando se agachaba la cabeza del oso caía hacia delante dando la impresión exacta de un oso vivo.

Era muy pesada... más de lo que Chatín había imaginado. ¡Pero estaba decidido a llevarla! «Ciclón» se acercó a él con el rabo entre piernas. No comprendía nada, y estaba dispuesto a saltar sobre la piel de oso en cuanto diera la menor señal de querer morder o arañar a Chatín.

Chatín fue lentamente hasta la puerta del Jardín cargado con el peso de la piel. Abrió la puerta y salieron a la noche helada y silenciosa. La nieve espesa y profunda ahogó sus pasos mientras daba la vuelta a la casa para llegar hasta la entrada de la cocina.

El perro gruñó cuando se fueron acercando, y Chatín le dio unos golpecitos en el hocico. Era esencial que los ladrones no oyeran nada. Al doblar la esquina vieron que la puerta de la cocina estaba abierta... y algunas cajas pesadas, del tamaño de baúles pequeños estaban amontonados en el pequeño patio posterior.

Chatín las contempló con asombro. Sólo se recortaban tenuemente a la luz de las estrellas puesto que no había luna, pero el niño no logró descubrir otra cosa que su tamaño. ¿Qué estaban haciendo con ellas aquellos hombres... escondiéndolas en el sótano?

«¡O tal vez sacándolas! —pensó Chatín—. Sí, claro..., se las quieren llevar. Por eso estaba cerrada la puerta y no se encontraba la llave. Estos hombres debieron venir a la casa cuando estaba vacía, para esconderlas en el sótano, pensando que estarían seguras en una casa deshabitada, donde nadie las descubriría».

Chatín pasó junto a las cajas para acercarse a la ventana y atisbar lo que estaba ocurriendo en su interior, igual que el supuesto muñeco de nieve había mirado a la señora Cosqui aquella tarde. Sobre la mesa había una linterna, y su haz de luz iluminaba la puerta del sótano... que, naturalmente, estaba abierta.

«Ciclón» hizo cuanto pudo por mirar también por la ventana apoyando las patas en el repecho. Casi se ahoga tanto reprimir sus deseos de ladrar... sobre todo cuando un hombre apareció en los escalones del sótano caminando de espaldas como si estuviera ayudando a otro transportar algo pesado.

Chatín observó muy excitado. Sí, aquello era otra caja... también muy pesada. ¡Cielo santo, no era de extrañar que hubieran cerrado la puerta del sótano llevándose la llave! ¡La señora Cosqui se hubiera extrañado mucho al encontrar el sótano lleno de cajas de embalaje! Chatín suponía que no habrían tenido tiempo de llevárselas antes de la llegada de la cocinera y los niños a Villa Rat-a-Tat... debieron pensar que la casa permanecía sola durante todo el invierno.

El primer hombre salió del sótano y luego le siguió otro: entre los dos llevaban una gran caja.

—Déjala un momento, Jaime —le dijo el otro jadeando—. Era bastante grueso por lo que Chatín pudo ver a la luz de la linterna que estaba sobre la mesa, pero sin distinguir sus rostros. «Ciclón» no pudo contenerse por más tiempo, y de pronto lanzó un ladrido terrible haciendo que los hombres se volvieran sobresaltados hacia la ventana, y uno de ellos les enfocó con la linterna, y casi la deja caer del susto, al ver la cabeza del oso, que parecía mirarle con sus ojos brillantes y fijos... y un poco más abajo, justo al nivel del repecho, otra cabeza peluda y negra le miraba también con ojos brillantes.

—¡Mira! ¿Qué es eso? ¡No, no puede ser un oso! —dijo el hombre llamado Jaime con voz alterada—. ¿Qué es eso, Estanislao?

Chatín se agachó en cuanto los hombres le descubrieron, y lo mismo hizo «Ciclón».

—¡De prisa! —dijo el niño a su perro—. Debemos ir a despertar a los demás, «Ciclón».

Y poniéndose a gatas avanzó por la nieve como si realmente fuera un oso. «Ciclón» le contemplaba asombrado preguntándose si el animal habría devorado a Chatín, puesto que ahora no se veía la menor parte del niño completamente escondido.

Los dos hombres corrieron junto a la puerta de la cocina encendiendo sus linternas y vieron al oso alejándose con un perro. Uno de ellos sacó un revólver, pero el otro le obligó a guardarlo.

—No quiero despertar a toda la casa con el ruido de un disparo —le dijo—. Además, no sé por qué ese oso no me parece real.

El pobre Chatín ya no sabía qué hacer. Si se ponía en pie para avanzar más de prisa, los hombres verían que era alguien cubierto por una piel, y no un oso auténtico. Por otro lado, no podía correr a gatas con tanta nieve.

La piel de oso solucionó sus dificultades resbalando de sus hombros, y los hombres vieron que sólo era un niño que caminaba a gatas por la nieve. Suspiraron aliviados. «Ciclón» se mantuvo junto a su amo gruñendo sordamente y en tono amenazador, dispuesto a saltar sobre los hombres a una palabra del niño.

—Levántate —dijo el hombre llamado Jaime a Chatín—. ¿Qué significa esta comedia?

—Vaya —replicó Chatín indignado mientras se levantaba—. ¡Me gusta! ¿Qué significa el que estén revolviendo en nuestro sótano a medianoche?

—Nada de insolencias —intervino el otro hombre en tono rudo—. Vuelve a la cocina en seguida... vamos... y el perro también. Y te advierto, que si empieza a ladrar o intenta mordernos, de una pata lo incrusto en la pared.

—No, no lo hará —exclamó Chatín asustado contemplando las enormes botas de goma de aquel hombre. Se arrebuja bien en su bata y entró en la cocina agradeciendo su calorillo, puesto que afuera hacía mucho frío.

El corazón le latía con violencia. ¿Qué ocurriría ahora? Algo muy desagradable... estaba seguro.



Capítulo XVI

En el sótano

Chatín se acercó al fuego que aún ardía en el fogón y se encaró con los dos hombres. Tenía los cabellos erizados, y estaba muy asustado, pero adoptó una expresión osada e incluso trató de silbar.

Los hombres cuchicheaban en voz baja, y a Chatín le dio un vuelco el corazón. ¡Debían estar discutiendo lo que iban a hacer con él, y existían tantas posibilidades desagradables! ¿Y si escapara? Miró la puerta que daba al recibidor. Estaba cerrada, pero con la llave por aquel lado. Tal vez consiguiera llegar hasta ella, abrirla, y subir la escalera escapando.

De pronto, tomando una resolución, echó a correr hacia la puerta con la mano extendida para coger la llave, pero uno de los hombres fue tras él como un rayo.

«Ciclón», deseoso de defender a su amo, enseñó los dientes y corrió tras el intruso tratando de morderle los tobillos, pero las gruesas botas de goma que le cubrían hasta la rodilla se lo impidieron.

Chatín se escabulló dispuesto a huir por la puerta que daba al patio..., pero allí estaba Jaime para impedirse. Entonces el niño vio la puerta abierta del sótano y corrió hacia allí, bajando los primeros escalones y rodando los otros cuatro, seguido de «Ciclón». Chatín levantóse al punto y corrió hasta el rincón más alejado, tropezando y tambaleándose en la oscuridad temeroso de que los hombres le siguieran hasta allí.

Pero no... ellos no bajaron los escalones. Se oyó cerrar la puerta del sótano y luego el girar de la llave en la cerradura.

—¡Troncho! Yo mismo me he metido en la trampa —gimió—. Apuesto a que esos individuos habían pensado encerrarme aquí, mientras se llevaban las cajas... a alguna otra parte. Quisiera saber si disponen de un camión. No, ¿cómo es posible, con tanta nieve?

Se sentó en una silla rota, y «Ciclón» se arrimó a él. El perro no comprendía nada en absoluto. ¿Por qué había bajado Chatín a un sitio tan frío y oscuro? ¿Por qué no volvía a su cálida camita y le dejaba acurrucarse a sus pies? «Ciclón» lanzó un aullido y Chatín acarició su cabeza.

—¿Por qué ladraste de aquel modo cuando mirábamos por la ventana, «Ciclón»? —se lamentó—. Por eso nos han cogido. ¡La verdad es que eres un loco!

Chatín escuchó para ver si se oían más ruidos. Frotó sus cardenales, y decidió subir hasta la puerta del sótano para ver si oía algo. Y así lo hizo seguido de «Ciclón» muy asustado.

Pudo oír voces apagadas, pero sin entender una palabra.

Están moviendo esa caja que entraron en la cocina —pensó—. Supongo que la llevarán fuera con las otras. ¿Qué habrá dentro? ¿Y a dónde piensan llevarlas? Hubiera podido descubrirlo todo de haber sido más prudente... o de haberlo sido «Ciclón».

Hacía tanto frío encima de aquellos escalones de piedra, que Chatín volvió a bajar al sótano.

—Parece que habremos de pasar la noche aquí, «Ciclón» —dijo con pesar—. ¡Maldita sea! ¿Por qué no despertaría a Roger para que viniera conmigo? Ahora continuará durmiendo toda la noche, y nadie me oirá gritar, hasta que la señora Cosqui baje a la cocina por la mañana. ¡Brrrrr! ¡Qué frío hace aquí!

Encendió su linterna para examinar el sótano, que era muy grande y destartalado. Había algunos sectores de pared cubiertos de estanterías desde el suelo al techo, en las que se veían toda clase de cosas, especialmente latas de conserva. Chatín fue leyendo las etiquetas... pina, melocotón, guisantes, ciruelas... y la boca se le hizo

agua. ¡Qué lástima no haber llevado un abrelatas!



Había un antiguo escurridor de ropa y varias sillas rotas en un rincón. Era evidente que se había hecho espacio para las cajas, y Chatín pudo ver donde habían estado por la señal que dejaron en el polvo del suelo.

Se estremeció. ¡Qué lugar más horrible y frío era aquél!

—«Ciclón», vamos a ver si podemos encontrar algo más caliente para acostarnos que este suelo de piedra —le dijo, y recorrió todo el sótano acompañado del perrito y examinándolo todo.

Al fin hicieron un buen hallazgo... un colchón viejo enrollado y sujeto con una cuerda.

—Bien —exclamó Chatín—. ¿Tienes un cuchillo para cortar la cuerda, «Ciclón»?

El perro meneó el rabo, pues comprendía que se trataba de una broma. Chatín, naturalmente, no llevaba ningún cortaplumas en el bolsillo de su bata, de manera que tuvo que entretenerse deshaciendo los nudos. Al fin lo consiguió y el colchón se desenrolló por sí solo. El niño tumbóse sobre él, arrebuajándose en su batín y confortado por el calorcillo del cuerpo de «Ciclón», ¡que era mejor que el de cualquier botella de agua caliente!

—Ahora intentaremos dormir, y espero que la señora Cosqui me oiga gritar por la mañana —dijo—. Pero le costó mucho dormirse. En primer lugar, estaba muy excitado, y por otra parte hacía mucho frío pero al fin se durmió abrazado a su perro.

Nadie supo que Chatín no estaba en su cama, pues los demás dormían profundamente... los tres pequeños fatigados por el deporte realizado durante todo el día, y la señora Cosqui no oyó nada tampoco, y apenas cambio de posición, hasta que el despertador le anunció que era hora de levantarse.

Se levantó, y una vez vestida bajó a la planta baja. El fuego de la cocina continuaba encendido, a Dios gracias, de manera que sólo tuvo que reunir las brasas y agregar más carbón. Luego, cogiendo la escoba y el trapo de polvo, se dirigió a la sala para asearla y encender el fuego de la chimenea.

Le causó gran asombro la desaparición de la piel de oso, y estuvo contemplando el lugar que solía ocupar preguntándose qué habría sido de ella.

—Habrá sido ese perro... «Ciclón» —decidió—. Debe haber bajado durante la noche y se la habrá llevado a otro sitio. ¿Pero a dónde? ¡Vaya un perro! No puedo dejar un plumero ni un cepillo a la vista porque desaparece con ellos. Pronto tendré que atármelos todos alrededor de la cintura. ¿Dónde puede haber dejado esa alfombra...? ¿Dónde la habrá metido?

No oía al pobre Chatín gritando en el sótano, porque la sala estaba bastante apartada de la cocina. Al fin concluyó de limpiarla y se dirigió al recibidor.

Arriba, Roger, ya despierto, se daba cuenta de que la cama de Chatín estaba vacía, y de que «Ciclón» también se había ido.

—«Debe haberse vestido y salido muy temprano —pensó—. No, no puede ser; sus vestidos están todavía aquí. Tal vez esté en la habitación de Nabé».

Y fue a comprobarlo, pero Chatín tampoco estaba allí, naturalmente. Nabé estaba ya casi vestido, deseoso de comenzar otra sesión de patinaje. Roger miró a su alrededor muy sorprendido.

—¿No está aquí Chatín? —dijo—. Tampoco está en nuestra habitación, aunque su ropa sigue allí.

—Apuesto a que habrá bajado a pedir a la señora Cosqui algún tentempié antes del desayuno —repuso Nabé, y a Roger le pareció muy verosímil.

Diana salió de su dormitorio ya vestida.

—¡Date prisa, Roger! —dijo—. Voy a bajar a ayudar a la señora Cosqui.

Y Nabé bajó tras ella. Encontraron a la cocinera en el recibidor terminando de quitar el polvo.

—¡Hola, señora Cosqui! —dijo Bernabé—. ¡Espero que nuestro muñeco de nieve no la haya visitado durante la noche!

—¡Vete a paseo! —replicó la cocinera—. ¿Vas a preparar la mesa para el desayuno, Diana? Veo que ya estás arreglada tan temprano.

—Lo haremos entre Nabé y yo —dijo la niña yendo hacia el aparador donde se guardaban los manteles—. Oh, ¿dónde está la piel de oso?

—Supongo que ese perro se la habrá llevado —repuso la señora Cosqui—. Está loco de atar.

Se fue a la cocina y un minuto más tarde volvió apresuradamente con aire de extrañeza e indignación.

—Fui a sacudir el trapo del polvo al patio —les dijo— y Dios nos asista, ¡la piel de oso está tendida encima de la nieve! ¿Pero cómo habrá podido sacarla el perro estando la puerta cerrada?

—¿No está Chatín aquí abajo? —preguntó Nabé sorprendido—. No está en su habitación... y pensamos que habría bajado a la cocina en busca de algo que comer. ¿Está segura de que no estará en la despensa, señora Cosqui?

La cocinera estaba extrañada.

—No... esta mañana no he visto a Chatín... ni a «Ciclón»..., y sin embargo, la piel de oso está ahí fuera en la nieve. Tal vez Chatín nos esté gastando una broma.

—Es un tonto —exclamó Nabé impaciente—. ¿Qué es lo que pretende? Tiene que estar en la cocina, puede tener la absoluta seguridad señora Cosqui... se habrá escondido con algún propósito.

Diana, Nabé y la señora Cosqui volvieron a la cocina, y Roger, que bajaba en aquel momento se unió a ellos. En cuanto entraron se detuvieron sorprendidos, puesto que de alguna parte llegaba una voz... la voz de Chatín... gritando con todas sus fuerzas al mismo tiempo que se oía golpear la puerta del sótano.

—¡Socorro! ¡Socorro! Abrid la puerta del sótano. ¡Socorro! Señora Cosqui, ¿está usted ahí? ¡Socorro!

—¡Cielo santo! Es Chatín... y está en el sótano —exclamó Nabé corriendo hacia la puerta.

—Pero está cerrada —dijo la señora Cosqui—. Y recordad que no tenemos la llave. ¿Cómo habrá podido entrar? Y mirad... ahora tampoco está la llave.

Nabé forcejeaba con el pomo.

—¡Chatín! ¿Por qué estás ahí dentro? ¿Dónde está la llave? No hay ninguna por este lado.

—¡Oh, se la han llevado los muy brutos! —dijo Chatín con un gemido—. Debí figurármelo. ¿No podrías echar la puerta abajo, Nabé?

¡Todos quedaron muy sorprendidos al saber que Chatín estaba prisionero en el sótano! ¿Y quiénes serían «los brutos» que al parecer se llevaron la llave... una llave que no había sido visto nunca, como muy bien sabía la señora Cosqui?

—Prueba de abrir con la llave de la puerta de la cocina, a la del recibidor —dijo la niña de pronto recordando que en su casa algunas llaves abrían varias puertas—. De prisa, Roger, ve a buscarlas. Chatín debe estar medio congelado ahí dentro.

Roger fue en busca de las dos llaves, y, ¡oh, qué suerte... la de la cocina encajaba perfectamente en la cerradura del sótano! La hizo girar y de allí salió el pobre Chatín, seguido de «Ciclón», que ladraba como un loco.



Capítulo XVII

Nabé reflexiona

—¡Chatín! ¿Cómo entraste ahí?

—¿Qué ha ocurrido? ¡Caramba, estás helado!

—Acércate al fuego, Chatín; tienes las manos como el hielo.

Todos hablaban al mismo tiempo, y Diana arrastró al tembloroso niño hasta el fuego, que ahora ardía perfectamente. La señora Cosqui estaba atónita de ver que había pasado toda la noche en el sótano. ¿Qué quedaría aún por ocurrir?

Chatín se arrimó al fuego cuanto le fue posible extendiendo las manos hacia las llamas.

—Vaya un frío que hace en el sótano —dijo agradeciendo el calorcillo—. De no haber sido por «Ciclón» que ha hecho las veces de botella de agua caliente, me habría

quedado helado.

—Pero Chatín, ¿cómo te encerraste ahí? ¿Qué estabas haciendo paseándote de noche por la casa? —exclamó la señora Cosqui.

—Tuve una aventura —dijo Chatín reanimándose al calor de la lumbre—. Oí un ruido a medianoche y bajé a ver qué era...

—Qué valiente —dijo la niña admirada—. Yo no hubiera sido capaz de bajar.

Chatín continuó el relato de sus andanzas nocturnas; de cómo había mirado por el ojo de la cerradura de la puerta de la cocina, ocurriéndosele la idea de atisbar por la ventana envuelto en la piel de oso, para lo cual salió por la puerta del jardín y dio la vuelta a la casa en todas direcciones.

—Habían varias cajas amontonadas afuera —dijo Chatín— y la puerta de la cocina estaba abierta de par en par.

—¡Pero si yo la cerré! —exclamó la señora Cosqui sorprendida—. ¡Y lo que es más, eché el cerrojo!

—Bueno, pues estaba abierta —insistió Chatín—. ¿Y ahora está cerrada? Nabé fue a mirar.

—Sí, cerrada y con el cerrojo echado. Deben haber entrado por otro sitio, y abierto la puerta de la cocina desde dentro. Y luego, al marcharse, debieron cerrarla otra vez desde el interior, y salir por el mismo sitio que entraron.

—Probablemente por alguna ventana. Lo miraremos en seguida —dijo Roger—. Continúa, Chatín.

Chatín les refirió el resto de la historia... cómo le sorprendieron y cómo había bajado los escalones en su afán de huir de aquellos hombres, que se apresuraron a encerrarle.

—La caja que les vi sacar del sótano debía ser la última —dijo—, pues abajo no vi ninguna parecida. Lo examiné bien. Os aseguro que hacía frío; y menos mal que tuve la suerte de encontrar un colchón viejo en donde he podido dormir.

Realmente era una historia extraordinaria. Y ninguno supo a ciencia cierta qué pensar. Habían ocurrido tantas cosas raras desde que llegaron a Villa Rat-a-Tat..., pero esta última, el que hubieran cajas escondidas en el sótano y se las llevaran a medianoche, era la más sorprendente de todas.

—Supongo que todos estos hechos tan curiosos deben tener alguna relación —dijo Nabé, cuando al fin estuvieron desayunando en la sala de estar. Chatín se había vestido y calentado—. Pero el caso es... ¿cómo?

—Sí, ¿qué relación tiene el que Don Nadie llamara a nuestra puerta a medianoche, con ese Alguien que nos estuvo observando una noche desde la casita de nieve? —dijo Roger.

—¿Y con el muñeco de nieve capaz de andar? —se preguntó Diana—. ¿Por qué fue a mirar por la ventana de la cocina asustando a la señora Cosqui?

—¡Me parece que ya lo sé! —exclamó Nabé de pronto—. Sí. Estoy empezando a comprender que todos estos acontecimientos pueden encajar como las piezas de un rompecabezas.

—¿Qué quieres decir? —intervino Roger un tanto sorprendido.

—No me habléis ahora mientras reflexiono —dijo Nabé untando una tostada con mantequilla—. Estoy empezando a vislumbrarlo.

Chatín estaba comiendo su quinta tostada muy satisfecho de sí mismo y de su aventura. Incluso se sentía con ánimos para fanfarronear, pero los demás no se lo consintieron.

—En realidad no fuiste muy inteligente al bajar solo, en vez de despertarme para que te acompañara —dijo Roger—. De haber ido juntos quizá hubiéramos capturado a esos hombres... encerrándoles en el sótano de la misma manera que ellos te encerraron a ti. ¡Nunca se sabe!

—Creo que ya lo tengo —anunció Nabé de pronto—. Sí, me parece que ahora empiezo a ver claro.

—¿El qué? Cuéntanos —dijo la niña con verdadera ansiedad.

—Pues escuchad. El venir aquí fue una idea repentina de mi padre y mi abuelita —dijo Nabé—. Al parecer esta casa iba a permanecer cerrada hasta la primavera próxima... cerrada y vacía. Pues bien, vino alguien deseando encontrar un buen sitio para esconder algo... tal vez géneros robados... o contrabando. No lo sé...

—¿Y qué mejor sitio que una casa deshabitada que ha de permanecer cerrada varios meses? —exclamó Roger—. Sí, continúa, Nabé.

—De acuerdo. Decidieron traer los géneros aquí con el propósito de esconderlos en el sótano hasta que pasara el peligro y luego llevarlos a donde tuvieran intención —dijo Nabé—. De manera que rompiendo algo, o consiguiendo una llave que abriera una de las puertas, llegan aquí una noche en un automóvil, un camión... o camioneta...

—... trayendo esas cajas para esconderlas en el sótano —dijo Chatín—. ¡Caramba, sí! Eso es. ¡Con la intención de recogerlas a su debido tiempo! Y cerraron la puerta del sótano y se llevaron la llave, por si acaso venía alguien a limpiar, y se le ocurriera echar un vistazo al sótano descubriendo lo que había allí escondido.

—Exacto —replicó Nabé—. Desde luego era un escondite espléndido. Nadie vería llegar un camión o camioneta a un lugar tan apartado como éste, sin casas en los alrededores... ni cómo descargaban las cajas y las escondían en la casa... así como tampoco habría de verlos nadie cuando se las llevaran.

—Y de pronto vinimos nosotros a estropear sus planes intervino Diana. —Qué sorpresa debieron llevarse oír saber que íbamos a quedarnos unos días. ¿Cómo creéis que debieron enterarse?

—Oh, probablemente por alguien del pueblo de Boffame —dijo Nabé—. O tal

vez vinieron a echar un vistazo para convencerse de que los géneros escondidos estaban a salvo... y nos descubrieron.

—Y uno de ellos nos espío desde la casa de nieve —exclamó Chatín—. Y perdió uno de sus guantes.

—Pero no veo qué relación puede tener ese Don Nadie que aporreó la puerta —dijo la niña intrigada—. Ni el muñeco de nieve que se asomó anoche a la ventana de la cocina, dando un susto de muerte a la señora Cosqui. No creo que ella lo inventara.

—No lo inventó —dijo Nabé—. Voy a decirlos qué relación tienen con todo esto, según mi entender. Yo creo que su intención era la de asustarnos hasta el extremo de hacernos marchar y así de esta manera dejábamos la costa libre para que ellos pudieran volver a cargar su camión, o lo que utilizaran... y esconder la mercancía en cualquier otra parte.

—¡Troncho! —exclamó Chatín admirado ante las explicaciones de Nabé—. Tienes razón. Ese Don Nadie fue sencillamente uno de esos hombres... Jaime o Estanislao... que hizo sonar el aldabón para hacernos creer que la antigua leyenda era verdadera. Yo casi llegué a creerlo... y nos llevamos un susto tremendo.

—Por un milagro no nos fuimos en seguida —dijo la niña—. Sé que a la señora Cosqui le hubiera encantado marcharse.

—Sí, pero ante la contrariedad de esos hombres continuamos aquí... y ayer tuvieron que contemplar cómo nos deslizábamos en los trineos, en vez de regocijarse viéndonos marchar.

—De todas formas no podíamos hacerlo —intervino Roger—. A menos que hubiera venido algún coche a buscarnos, y no pudimos hablar con el padre de Nabé porque el teléfono no funciona.

—Ellos debían ignorarlo —dijo Nabé—. Por eso trataron de asustarnos una vez más, envolviéndose en una sábana blanca, o algo por el estilo, y cogiendo el sombrero del muñeco de nieve para asomarse a la ventana y asustar a la pobre señora Cosqui.

—No me extraña que se asustase —dijo la niña—. Todos pensamos que había visto visiones, pero no era así. ¡Pobre señora Cosqui! ¡Qué horrible debió ser ver al hombre de nieve atisbando por la ventana con sombrero y todo!

—Y viendo que anoche todavía seguíamos aquí, sin ánimos de marcharnos, supongo que debieron darse por vencidos en sus intentos de asustarnos, y decidieron sacar las cajas a medianoche, creyendo que no les oiríamos, y esconderlas en un lugar más seguro —continuó Nabé—. Pero el bueno de Chatín les oyó, y desbarató sus planes.

—Pero no lo suficiente para que no se salieran con la suya —dijo Roger—. Es evidente que se llevaron las cajas. Quisiera saber lo que hay dentro.

—Creo que debemos averiguarlo —prosiguió Nabé—. Esto puede ser bastante

más serio de lo que parece. ¡Si por lo menos pudiéramos telefonar a mi padre!
¡Quién sabe el tiempo que tardarán en arreglar los cables!

—Siglos, supongo —replicó Diana—. ¿Qué piensas hacer ahora, Nabé?

—Seguir las huellas que habrán dejado esos hombres al llevarse las cajas —repuso el muchacho—. Se verán claramente en la nieve.

—Pues, en ese caso tendremos que apresurarnos —intervino Roger—. Mirad, el cielo está muy apagado, y está empezando a nevar. Pronto se ocultarán todas las huellas.

—Lo que yo quisiera saber es cómo Don Nadie fue dejando huellas al acercarse a la puerta principal, y ninguna al marcharse —dijo Chatín—. ¿Quién puede explicármelo?

Nadie se molestó en contestarle. Habían salido corriendo en busca de sus abrigos y gorros, para comenzar a seguir las huellas que aquellos hombres debieron dejar al llevarse las pesadas cajas.



Capítulo XVIII

Sobre la pista

Diana se quedó para explicar a la señora Cosqui algo de lo que Nabé había dicho, y ayudarle a recoger los platos sucios. La cocinera, muy asombrada, trató de seguir los razonamientos de Diana, pero pronto se dio por vencida.

—Todo lo que sé es que están ocurriendo cosas muy extrañas —le dijo—. Y no me gustan. Si el teléfono funcionara, telefonaría al señor Martin para decirle que es peligroso permanecer aquí y pedirle que viniera a buscarnos. ¡Llamadas durante la noche, hombres de nieve que andan, y Chatín encerrado en el sótano! Esto no puede continuar de esta manera.

—No se preocupe, señora Cosqui —repuso Diana para consolarla—. No creo que vuelvan a ocurrir más «cosas extrañas...» si Nabé tiene razón en lo que dice. De

manera que no necesita asustarse, ni llevar siempre en la mano el rodillo de amasar.

—Ya lo creo que lo llevaré... iré conmigo a todas partes —declaró la cocinera, blandiéndolo en alto.

Diana se echó a reír.

—Está bien, haga lo que guste, señora Cosqui. Creo que ha estado usted maravillosa.

Y dicho esto se marchó para reunirse con los otros, que habían ido a examinar la casita y el lugar donde estuvo el muñeco de nieve.

—Mira, Di —le dijo Nabé al acercarse—. Al muñeco lo echaron abajo y lo pisotearon. Lo único que queda de él son los pies.

—Y alguien ha derrumbado la pared posterior de la casita —agregó Roger—. Probablemente tropezaron con ella, o se apoyaría el hombre que nos estuvo espiando.

—Y hemos descubierto por qué el que se acercó a la puerta principal no dejó huellas al marcharse —dijo Chatín—. En realidad lo descubrí yo.

—¡Oh, qué niño más listo! —exclamó Diana divertida ante las pretensiones de su primo—. ¿Cómo lo hizo ese Don Nadie?

—Pues mira. Voy a ir hasta ese árbol a través de la nieve, y luego volveré aquí, y sin embargo tú sólo verás una serie de huellas y todas en la misma dirección —exclamó Chatín.

—Adelante, entonces, demuéstremelo —dijo la niña incrédula.

Chatín sonrió y dirigióse lentamente al árbol señalado dejando sus pisadas bien marcadas en la nieve... y luego, cuando hubo llegado junto al árbol se detuvo. Entonces miró por encima de su hombro para ver dónde estaba la última de sus huellas, y puso el pie en ella; luego colocó el otro en la huella anterior y así sucesivamente.

—Anda de espaldas y colocando los pies en las mismas huellas que acaba de hacer —exclamó Diana con asombro—. ¡Qué buena idea!

—Sí. De este modo todas las huellas van en dirección al árbol, aunque Chatín ha ido y venido —replicó su hermano cuando Chatín volvía al lado de Diana sonriendo de oreja a oreja y con todas sus pecas.

—Y así era cómo nos intrigó Don Nadie cuando se acercó a la puerta a medianoche para golpearla, simulando no haberse marchado —explicó Nabé—. Se limitó a caminar de espaldas sobre las huellas ya marcadas.

—Has sido muy listo, Chatín —dijo su prima—. A mí no se me hubiera ocurrido nunca. Mirad. Está nevando mucho. ¿Habéis mirado ya si podíais seguir las huellas de los hombres que se llevaron las cajas?

—No. Iremos ahora —repuso Nabé—. De no hacerlo en seguida, la nieve las cubrirá. Llevémonos los trineos, y así podremos volver a deslizarnos luego por las colinas. Por el momento no hay que pensar en patinar.

Pero cuando llegaron al cobertizo donde guardaban los trineos tuvieron una gran sorpresa. ¡Los trineos habían desaparecido!

—¡Maldita sea! —exclamó Nabé—. ¿Quién se los habrá llevado?

—Apuesto a que Jaime y Estanislao —replicó Chatín sintiéndose inspirado—. Y yo sé para qué.

Los otros le miraron.

—¿Quieres decir... que se los llevaron para arrastrar las cajas? —dijo Roger—. ¡Oh, cielos! Ojalá te equivoques.

Pero Chatín no se equivocaba. Cuando se dirigieron a la puerta posterior delante de la cual él había visto las cajas preparadas para llevárselas, vieron las huellas de sus trineos profundamente marcadas en la nieve.

—¡Mirad... aquí están las huellas de uno... y aquí las de otro! —dijo Nabé.

—Los patines de los trineos han penetrado en la nieve casi hasta la tierra.

—Sí. Eso es porque las cajas eran muy pesadas —dijo Chatín—. Apuesto a que esos hombres vieron nuestros trineos en el cobertizo y se les ocurrió la brillante idea de utilizarlos para llevarse las cajas. Eran demasiado pesadas para llevarlas entre los dos a cierta distancia.

—Chatín es todo un detective —dijo Roger, medio en serio, medio en broma—. Apártate, «Ciclón»; estás estropeando las huellas que tratamos de seguir. Vete a jugar con «Miranda».

Pero la monita no quiso jugar con él. Estaba sentada sobre el hombro de Nabé, tratando de cazar los copos de nieve que flotaban a su alrededor, sin poder explicarse por qué desaparecían en cuanto los aprisionaba.

—A ver si ahora podemos seguir las huellas —dijo Nabé—. Tal vez conduzcan a la casilla de los botes... ¿quién sabe? Serán fáciles de seguir, ya que no pudieron llevarse todas las cajas de una vez... no podrían cargar más de dos en cada trineo... de manera que habrán tenido que ir y venir varias veces, y habrán trazado una buena senda sobre la nieve.

—Bueno, pero las huellas están empezando a desaparecer —dijo Diana—. La nieve cae muy de prisa. Mirad, dan la vuelta a toda la casa. Vamos a seguirlas.

Comenzaron a seguir las profundas marcas que dejaron sus trineos. Chatín estaba preocupado por si no los encontraban, pues esperaba divertirse aún mucho con ellos. ¡Malditos ladrones! ¿Qué más se les ocurriría hacer ahora a esos malvados?

Las huellas daban la vuelta a la casa, seguían la avenida, y atravesaban la verja y la carretera llegando hasta la orilla del lago, y de allí iban hasta la casilla donde guardaban los botes.

—¡Vaya! Todos pensamos que esos hombres podían haber escondido las cajas aquí —dijo Nabé complacido.

—Me sorprende que no se les ocurriera que podríamos seguir fácilmente sus

huellas —dijo Roger.

—Tal vez supusieron que iba a caer una espesa nevada que cubriría sus huellas. Vayamos con cuidado por si acaso estuvieran aquí.

De manera que fueron avanzando lentamente, sin hablar ni reír, y sin permitir que «Ciclón» lanzase el más pequeño ladrido. La casilla de los botes aparecía toda cubierta de nieve, con una nueva capa bastante gruesa sobre su tejado.

Las huellas de los trineos, todavía profundamente marcadas en la nieve rodeaban el cobertizo hasta la parte delantera donde comenzaba el lago, y allí desaparecían en absoluto.

—Parece como si hubieran traído las cajas hasta aquí, descargándolas en el cobertizo —dijo Nabé en voz baja—. Estoy intrigado, lo que quisiera saber es dónde estarán nuestros trineos...

—¡Mirad! ¿No están ahí? —exclamó Chatín de pronto—. ¡«Ciclón», ve a mirar!

«Ciclón» fue arrastrándose hasta el lugar donde la nieve recién caída había cubierto casi por completo algo de brillante colorido. Escarbó y al momento empezó a ladrar ruidosamente en tanto los niños avanzaban hacia él.

—Sí, son nuestros trineos —dijo la niña—. Los descargaron y luego los sacaron a la nieve con la esperanza de que no tardasen en quedar ocultos. Ojalá no los hayan estropeado.

Los niños les sacudieron la nieve comprobando que estaban en perfecto estado, aunque en algunos lugares donde descansaron las cajas se veían arañazos.

—Bueno, menos mal —dijo la niña agradecida—. Ya estaba temiendo no encontrarlos, y son tan bonitos que me hubiera dolido perderlos.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Mirar en la casilla de los botes? —exclamó Chatín con ansiedad—. Esos hombres no pueden estar ahí dentro o hubieran gritado.

—Bueno, por lo menos podemos ir a atisbar por la ventana rota —repuso Nabé—. Quisiera saber cómo han entrado las cajas. Supongo que tendrán la llave de esa gran puerta que se abre al nivel del agua... por donde se sacan los botes en verano.

Fueron hasta la ventana que tenía un cristal roto, y Nabé se asomó valientemente al interior, pero estaba tan oscuro que no pudo ver otra cosa que la silueta de los botes. Buscó su linterna, pero se dio cuenta de que se la había dejado olvidada.

—¡Qué lástima! —exclamó—. Oh, tú llevas la tuya, Chatín... bien. —La encendió rápidamente y con ella iluminó todo el interior del cobertizo. Allí no había nadie; al menos que se viese—. ¡Está vacío! —dijo—. Aquí no hay un alma. Los hombres deben haberse marchado después de haber escondido las cajas. Supongo que creerán haberlas escondido tan bien que nadie llegará a descubrirlas nunca. No saben que hemos localizado este viejo cobertizo que ellos utilizan como escondite.

—¿Ves las cajas por alguna parte, Nabé? —dijo Chatín tratando de asomarse también por la ventana—. ¡Déjame mirar!

—No se ve ninguna —replicó Nabé—. Pero era de esperar. Supongo que estarán debajo de una de las barcas, o cubiertas por una lona... Apuesto a que las escondieron en este lugar.

—Bueno, entremos a echar un vistazo —dijo Roger—. Hay que encontrarlas... éste no es un sitio muy grande. ¡Troncho, qué emocionante! Registremos el cobertizo, Nabé. Al fin y al cabo pertenece a tu familia, de manera que no será ningún delito. Entremos ya.



Capítulo XIX

Decepciones

Nabé no necesitaba que le convencieran, y en cuanto a «Miranda» ni siquiera esperó a que su amo contestara afirmativamente. Se introdujo por la ventana rota, y saltando de un lado a otro, fue mirándolo todo con gran interés.

Nabé comenzó a quitar los restos del cristal roto para entrar mejor.

—¡Corta mucho! —explicó—. Y no quiero que os cortéis ninguno de vosotros. Diana, ten mucho cuidado. Roger te ayudará a subir por este lado, y yo te recogeré desde dentro de la casilla.

—No veo por qué hemos de cortarnos —dijo Chatín impaciente por entrar—.

Todos llevamos botas y guantes gruesos. ¡Date prisa, Nabé!

Nabé saltó al interior, y luego Roger ayudó primero a Diana y después entró él, seguido de Chatín.

El cobertizo estaba muy oscuro, ya que la luz apenas penetraba por las sucias ventanas, y menos en una mañana tan gris como aquélla y con un cielo tan cargado de nieve; ¡qué día tan distinto de todos los que habían tenido hasta entonces!

Los niños llevaban dos linternas y con ellas comenzaron a examinar la casilla. Era un lugar típico para guardar botes, lleno de toda clase de aparejos, lonas y botes de pintura a medio llenar. Olía a humedad, y las barcas estaban enterradas en el hielo. Antes habían flotado en el agua del interior del cobertizo, pero ahora sus quillas estaban aprisionadas por el hielo. Nabé comprendió en el acto que no podía haber ninguna caja debajo de los botes, y se dispuso a mirar en las lonas y velas.



—Yo no creo que las cajas estén aquí —dijo Diana al fin cansada de vagar por el cobertizo sucio y sin encontrar una sola.

—Estoy empezando a pensar lo mismo —dijo Nabé intrigado—. Al fin y al cabo, Chatín dijo que eran unas cajas grandes, y varias, de manera que no pueden estar aquí. Hemos mirado por todas partes.

Aquello era descorazonador.

—Hemos seguido las huellas de los trineos hasta aquí, donde terminaban, y sin embargo no hay ni rastro de las cajas —exclamó Diana—. ¿Creéis que las habrán escondido debajo de la nieve?

—Pues es posible —repuso Nabé—. Pero incluso una sola caja necesitaría un

gran montón de nieve para cubrirla, y varias cajas representarían casi una montaña. No obstante, podemos mirar.

De manera que lo que hicieron a continuación fue examinar la nieve que rodeaba la casilla, pues estaban seguros que aquellos hombres no se habrían llevado las cajas muy lejos. «Ciclón» emprendió la búsqueda como un loco, sin saber lo que buscaban, pero con la esperanza de que fuese algo comestible. «Miranda» le observaba desde el hombro de Nabé, deseando encontrarse en casa junto al agradable calorcillo del fuego. No le gustaba la nieve que seguía cayendo... cayendo... cayendo...

No había ninguna caja oculta por los alrededores de la casilla, y Chatín sufrió una gran decepción. ¡Vaya mañana perdida! Y le sorprendió oír que Nabé decía que era ya hora de ir a comer.

—¿Quieres decir que hemos pasado toda la mañana buscando esas estúpidas cajas? —dijo con disgusto—. Ni trineo... ni patinar... ni siquiera una pequeña batalla de bolas de nieve. ¡Qué lástima! Bueno, de todas formas voy a ir a deslizarme por el estanque.

—Ahora está cubierto de nieve. No podrás patinar —le dijo Diana.

Pero Chatín estaba ya en el estanque patinando por su cuenta. ¡Yuuuuuupi! Se iba deslizando bien hasta que cayó y recorrió el resto del camino sentado.

Al tratar de levantarse, sintió algo bajo su mano. ¿Qué sería? Cuando fue a mirar lanzó una exclamación.

Un paquete de cigarrillos... igual al que Nabé encontró en la casilla de los botes. Uno de los hombres debió arrojarlo allí la noche anterior cuando llevaron los trineos al cobertizo.

Al volver junto a los otros, les mostró el paquete.

—Igual que el de antes —dijo—. Uno de los hombres debió arrojarlo sobre el lago.

Nabé lo cogió para comprobarlo con el que había encontrado en la casilla de los botes.

—Son iguales —declaró—. Vaya, no está vacío, ¡sino mediado! ¡Mirad! Tenía razón.

—Qué despilfarro tirar un paquete con tantos cigarrillos —dijo Chatín—. ¡Tendré que hablar seriamente con Estanislao o Jaime la próxima vez que los vea!

—Tonto —exclamó Roger—. ¡Mirad cómo nieva! Cuando hayamos terminado de comer, todas las huellas habrán sido cubiertas por esta nueva capa de nieve. Ha sido una suerte que siguiéramos el rastro en seguida.

—Aunque no nos ha servido de mucho —comentó Diana—. No hemos encontrado las cajas. Me pregunto dónde pueden estar. Bueno, supongo que estarán en la casilla de los botes, a pesar de todo.

Llegaron a Villa Rat-a-Tat con un apetito atroz, y la señora Cosqui les estaba

esperando algo inquieta.

—Llegáis muy tarde —les dijo—. Ya empezaba a pensar que os habíais perdido en la nieve.

—¿Ha vuelto a pasearse por aquí nuestro muñeco de nieve, o Don Nadie? —le preguntó Chatín—. ¿Qué... no se ha asomado nadie a la ventana? Se debe haber aburrido mucho, señora Cosqui.

—Vete a paseo —le dijo la señora Cosqui dándole un cariñoso empujón—. Eres de lo que no hay. ¡Pero qué mojado estás! Tendréis que cambiaros de ropa antes de sentaros a la mesa.

—¡Oh, qué rabia! —exclamó Chatín—. Viene un aroma tan apetitoso de la cocina. ¿Qué es, señora Cosqui?

—Ve a quitarte esas ropas mojadas —replicó la cocinera—. Y seca a «Ciclón» también. Está mojadísimo. Basta de pisarme, «Ciclón». ¡He dicho que basta! Y como vuelvas a coger otra vez mis sacudidores te encerraré en el cubo de la basura.

Los niños no tardaron en sentarse a la mesa ante una enorme sopera llena de caldo vegetal. A «Miranda» le dieron una manzana que comió pulcramente sentada sobre el hombro de Nabé. Pero cuando llegó a las semillas del corazón de la fruta no fue tan cuidadosa. Y cogiéndolas con sus dedos diminutos, las arrojó al plato de Nabé.

—No sé por qué os soporto a ti y a «Ciclón» —dijo el muchacho pescando las semillas en la sopa—. La verdad es que no lo sé. Sois una plaga.

La monita cogió el lóbulo de la oreja de Nabé y comenzó a parlotear junto a ella en voz baja mientras su amo la escuchaba seriamente.

—Está bien. Como me has pedido perdón, no tengo nada más que decirte, «Miranda».

Diana se echó a reír. Siempre le divertía que «Miranda» susurrara al oído de Nabé y que él simulara entender lo que le había dicho.

Después de comer, los niños se sentaron alrededor del fuego comentando los extraordinarios acontecimientos de los últimos días. No pensaban salir puesto que la nieve seguía cayendo incansablemente, y el día era tan oscuro que incluso tuvieron que encender la lámpara de petróleo para aclarar la penumbra.

La señora Cosqui fue a enterarse de cuáles eran sus planes.

—No volváis a salir —les dijo—. Podríais perderos con tanta nieve. Yo apenas distingo el camino que va desde la puerta de la cocina al vertedero.

Todos rieron.

—Señora Cosqui —dijo Chatín—, hay una cosa que me preocupa. ¿Cómo se las arreglará para conseguir comida? Por aquí no viene nadie y ahora no podemos ir al pueblo de Boffame.

—Claro, eso tenía que preocupar a Chatín —exclamó Diana—. La comida es su mayor interés.

La cocinera rió.

—No necesitas preocuparte —le dijo—. Cuando vine traje un cargamento de cosas desde Boffame. El viejo Hurdie, de la oficina de correos me dijo que iba a nevar mucho, y que trajera muchas provisiones. Nuestra despensa es tan fría como una nevera, y las cosas se conservan frescas más de una semana. El pan está ya demasiado duro, pero puedo amasarlo yo misma.

—Buena idea —dijo Chatín en tono aprobador—. ¿Puedo ayudarla?

—No, gracias —replicó la cocinera—. No quiero que te entrometas en mis cosas. Tú lo que quieres es meter las narices en mi despensa. Eres igualito que mi Tom.

—¿Qué ocurrirá si la nieve sigue cayendo, cayendo y nos quedamos todavía más aislados? —preguntó muy preocupado Roger.

—No lo sé —replicó Nabé—. Ojalá pudiéramos telefonar. No veo que podamos hacer otra cosa que esperar aquí hasta que mi padre crea llegada la hora de que volvamos a casa, y nos procure algún medio de transporte.

—Un gran trineo arrastrado por perros es lo que necesitamos —dijo la niña—. ¿Sabéis? Esos perros que tienen los esquimales.

—Sí, un trineo con campanitas —intervino Chatín—. Tilín, tin, tilín...

¡Rrrriiiiiinnng! ¡R-r-r-r-ring!

Un ruido estridente y repentino les sobresaltó a todos. Nabé se puso en pie lanzando una exclamación.

—¡Es el timbre del teléfono! Deben haber arreglado los cables. Ahora podremos comunicar con alguien y contar las cosas tan raras que están ocurriendo aquí. ¿Diga, diga?

Todos aguardaron expectantes. Sí, era el padre de Nabé, ansioso de saber qué tal estaban.

—¡Estupendamente, papi, estupendamente! —exclamó Nabé—. Pero oye, papá, escucha. Han estado ocurriendo Cosas muy extrañas... Sí, he dicho cosas raras. Te lo contaré, si no cuelgas. En realidad no sabemos qué es lo que debemos hacer. Bien, ahí va...

Y Nabé le refirió los extraños acontecimientos ocurridos durante los últimos días. ¡Eran toda una historia!



Capítulo XX

¡Por fin, el teléfono!

La señora Cosqui acudió corriendo al oír de nuevo el agradable repiqueteo del timbre del teléfono, y acompañado de todos los pequeños escuchó cómo Nabé contaba a su padre los extraños sucesos ocurridos en Villa Rat-a-Tat.

El señor Martin estaba atónito.

—¿Pero qué es esto? —dijo con voz tan potente que todos pudieron oírle—. Vienen a molestaros de noche... irrumpen en la casa y se llevan cosas del sótano. ¿Pero por qué estaba cerrado cuando llegasteis? ¡Si nunca lo está! ¿Y cómo se escondieron esos individuos ahí abajo? Nabé, ¿tienes algo más que decirme?

—Sí, pero ya te he contado lo más importante —repuso Nabé—. ¿No podrías venir, papá? Estamos rodeados por la nieve y no creo que pueda pasar ningún coche. Gracias a Dios que han arreglado los cables telefónicos.

—Sí, gracias a Dios —exclamó su padre—. Tu abuela estaba tan preocupada por todos vosotros que ya estaba pensando en calzarse mis esquís para ir hasta ahí atravesando colinas.

—¡La pobre abuelita! —dijo Nabé orgulloso de la anciana—. No me hubiera sorprendido verla llegar esquiando... o montada en un trineo arrastrando por un reno.

Pero, papá, ¿tú crees que es posible llegar hasta aquí en un automóvil?

—No, no quiero arriesgarme —repuso su padre—. Por lo menos hoy, con la nieve que está cayendo. Probablemente nos atascaríamos en algún ventisquero y tendríamos que permanecer aislados varios días. Algunos campesinos están completamente aislados por la nieve y han tenido que auxiliarles con helicópteros. Les dejaban caer alimentos, ¿sabéis? A propósito, ¿no os falta de comer, verdad?

—Oh, no —replicó Nabé—. Papá, ¿vas a dar parte a la policía? Yo no sé lo que hay en esas cajas que escondieron en el sótano, pero lo que sé seguro, es que no pueden haberlas llevado muy lejos, porque ningún camión puede alejarse de aquí; así que deben tenerlas escondidas por aquí cerca, aunque Dios sabe dónde.

—Sí, eso creo yo también —dijo su padre—. Telefonaré a la policía en seguida, y ya te comunicaré lo que me digan.

Todos se alegraron de que volviera a funcionar el teléfono. Era un gran alivio ponerse en contacto con el mundo exterior ahora que estaban ocurriendo cosas tan raras. Nabé dejó el aparato y se volvió a los otros muy sonriente.

—Ahora mi padre se encarga de este asunto —les anunció—. Y ya no necesitaremos preocuparnos.

—Bien, me alegra saberlo —repuso la señora Cosqui cuando todos regresaban a la cálida sala de estar, y entonces oyeron el ligero «ting» del teléfono que anuncia que alguien lo ha descolgado. Nabé se volvió al punto. Era «Miranda» que simulaba hablar por teléfono igual que Nabé.

—Eres una copiona —le dijo el chico quitándoselo de las manos y volviendo a dejarlo en su sitio—. No sé cómo os soportamos a ti y «Ciclón...» la verdad es que no lo sé.

«Miranda» corrió al saloncito sentándose encima de la cabeza de la piel de oso con aire muy cómico, y luego simuló cuchichear en su oído.

—¡Esa mona es una verdadera comediente! —exclamó la señora Cosqui—. Bueno, Nabé, me alivia pensar que tu padre lo sabe todo. ¿Qué piensa hacer?

—Avisar a la policía —replicó Nabé al punto—. Aunque no sé qué es lo que podrán hacer de momento... papá dice que nadie puede atravesar los ventisqueros.

—De todas maneras, no es probable que esos hombres vuelvan a molestarnos —dijo la niña—. Ya tienen lo que querían, sea lo que fuere, de manera que no es de esperar más llamadas, ni más paseos de muñecos de nieve.

—Eso es cierto —repuso Roger—. Y supongo que se habrán marchado a otra parte ahora que han escondido sus cajas. Debían pasar mucho frío durmiendo en la casilla de los botes.

—Bueno, no pueden haber ido muy lejos con esta nieve —dijo Nabé mirando por la ventana—. Deben andar escandidos por algún cobertizo, pero quisiera saber cómo se las arreglan para alimentarse.

—No olvides que el sótano está lleno de latas de conserva —replicó Chatín—. Y al llevarse las cajas pudieron coger cuantas quisieron.

—Es muy posible —fue la respuesta de Roger—. No se me había ocurrido. Y todavía no hemos descubierto cómo entraron en la cocina. Sabemos que no lo hicieron por la puerta, porque la señora Cosqui la tenía cerrada con llave y pestillo, de manera que aunque tuvieran una llave, no podrían haberla abierto.

—Voy a echar un vistazo —anunció Chatín—. ¡Voy a realizar algunas pesquisas! Vamos, a ver quién descubre por donde entraron.

La señora Cosqui recordó que debía amasar pan, y corrió a su cocina. Los otros se dirigieron a distintas habitaciones para ver si todas las ventanas estaban cerradas y atrancadas.

—Todas están bien cerradas y ajustan perfectamente —dijo Nabé—. Por lo menos las de la planta baja. Y no puedo imaginar...

Se detuvo al ver entrar en la habitación a la señora Cosqui, que venía corriendo muy excitada.

—He descubierto cómo entraron —dijo—. ¡Por la ventana de la despensa! Nunca tuvo muy buen cierre, y lo han forzado, de manera que entraron por ahí. Luego volvieron a cerrarla al marcharse, y no me había dado cuenta de que el pestillo estaba roto.

Todos fueron a examinarlo.

—Sí, tiene usted razón —exclamó Chatín—. Entraron por aquí. Vaya... qué despensa más grande, señora Cosqui. Y, caramba, ¡qué pastel! ¿Para cuándo es?

—Quita las manos de ahí —le dijo la cocinera, empujándole—. ¿Y quién te ha dado permiso para meter el dedo en esa tarta de mermelada? ¡Eres terrible!

Nabé estaba observando los estantes superiores.

—Supongo que no se habrán llevado nada de aquí, ¿verdad? —preguntó—. Ahora tendrán necesidad de comida.

La señora Cosqui fue en busca de una silla, a la que se subió para mirar los estantes que había sobre su cabeza.

—No recuerdo exactamente lo que había aquí —dijo—. Latas, botellas y paquetes que no he tocado. Ah, sí, se han llevado varias cosas. Veo la marca en el polvo, donde antes estuvieron las latas. Sí, creo que se han llevado algunas. ¡Vaya, quién lo hubiera dicho!

—Mira que llevarse la comida de nuestra despensa y las cajas del sótano... La próxima vez dormirán en nuestras camas —dijo Chatín—. Será mejor que vigile con todos sus sentidos, señora Cosqui.

—Desde luego pienso mirar debajo de mi cama esta noche... con el rodillo de amasar en la mano —replicó la cocinera en tono fiero.

—Bueno, permita que «Ciclón» se cuidé de eso —replicó Chatín—. Le encanta

mirar debajo de las camas. ¿No es cierto, «Ciclón»?

—¡Guau! —ladró el perro, jubiloso y corriendo hacia la escalera como si quisiera comenzar en aquel mismo instante.

Volvieron al saloncito y se asomaron a la ventana. ¡Cómo había cambiado el tiempo! ¿Dónde estaba aquel cielo despejado, aquel sol claro y pálido que hacía brillar el lago, y aquel hermoso panorama? Ahora no se veía más que la nieve cayendo incansable del cielo plomizo.

—No envidio a Estanislao y Jaime —dijo Chatín—. Deben estar bien arrepentidos de haber venido aquí. Apuesto a que pensaban refugiarse en Villa Rat-a-Tat si hacia demasiado frío en la casilla de los botes.

—Probablemente confiarán llevarse esas cajas durante esta semana y por medio de un camión —dijo Nabé—. Y sus planes se han desbaratado. ¿Dónde habrán escondido esas cajas tan pesadas? No pueden estar muy lejos. ¿Cómo iban a transportarlas a una distancia considerable?

—Es extraño —observó Roger—. Las pusieron en nuestros trineos y las arrastraron hasta la casilla de los botes, y allí las descargaron para esconderlas. Pero ¿dónde las habrán metido?

—Estoy cansada de esperar —exclamó Diana—. Juguemos a algo. Hagamos un concurso de rompecabezas. Hemos traído muchos, ¿verdad?

—Sí —replicó Chatín—. Yo tengo cuatro. Están en el armario.

Pronto estuvieron sentados alrededor de la mesa, cada uno con su rompecabezas.

—¡Vale! —exclamó Roger cuando todos hubieron vaciado sus cajas, y empezaron a escoger las piezas a toda velocidad.

—Yo siempre busco primero los pedazos de cielo azul —dijo Diana—. Chatín, se te ha caído una pieza al suelo.

«Miranda» resultaba un poco molesta cuando trataban de reconstruir rompecabezas, pues le fascinaban las piezas de colores y quería ayudarles.

—No, «Miranda» —decía Chatín, exasperado—. Esa pieza no va ahí. Ahora has separado otra pieza. Nabé, dile que se monte en tu hombro.

Pero no quería estarse quieta, y Diana resolvió que lo más sensato era dar otro rompecabezas a la monita para que jugara sola, y fue a buscarlo al armario.

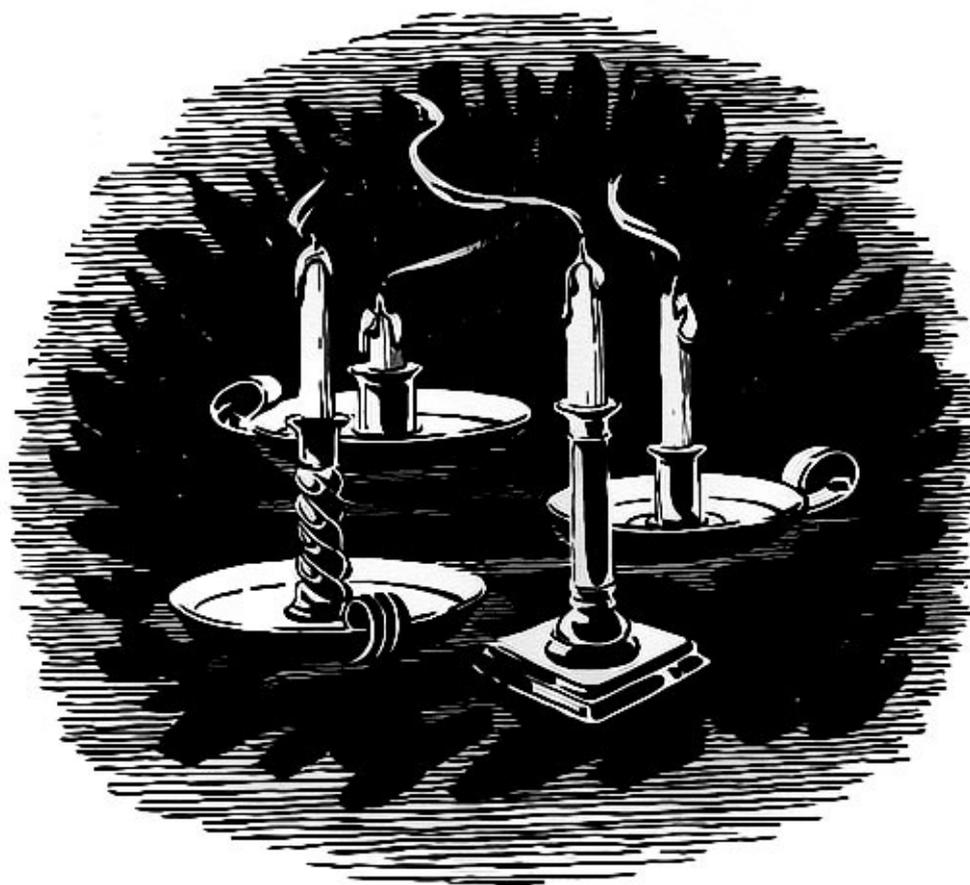
«Miranda», muy contenta y satisfecha, lo colocó sobre la mesa, esparciendo las piezas delante de ella y entremezclándolas mientras parloteaba con su vocecita. Cuando la señora Cosqui entró con la bandeja de la merienda apenas pudo dar crédito a sus ojos.

—¡Qué es lo que estoy viendo! —exclamó—. Ese mono sabe hacer de todo. ¿Estáis dispuestos a merendar... o dejo la bandeja aquí hasta que terminéis con todos esos juegos?

—¡He ganado! —gritó Chatín, colocando la última pieza—. ¡Soy el primero!

¿Qué me dais de premio? ¿El pedazo más grande de la tarta de chocolate y más bollitos que nadie? ¡Yo he ganado!

Y precisamente entonces volvió a sonar el timbre del teléfono con insistencia... r-r-in-ring... r-r-in-ring... r-r-in-ring. ¡Ah! ¿Qué noticias iba a darles el padre de Nabé?



Capítulo XXI

Diana tiene una idea

Nabé corrió al teléfono en seguida. ¿Habría hablado ya su padre con la policía? ¿Qué habrían decidido?

—Diga —exclamó—. ¡Diga!... Sí, soy yo, Nabé. Papá... Sí, escucho.

Y permaneció con el oído pegado al aparato, asintiendo con la cabeza y diciendo... «Sí... oh, sí...», de vez en cuando, con gran excitación y ojos brillantes. Los otros le rodearon tratando de oír lo que le estaban diciendo, pero Nabé había colocado el teléfono tan cerca de su oído para no perder palabra, que apenas pudieron pescar nada.

Chatín no podía permanecer quieto, tal era su ansiedad por saber lo que estaba

diciendo el padre de Nabé, y al fin le oyó despedirse.

—Bien, papá. Haré lo que dices, puedes confiar en mí. También se lo diré a la señora Cosqui. ¡Vaya, qué emocionante! Hasta mañana. ¡Adiós!

Colgó el teléfono y se volvió a los otros con ojos brillantes.

—¿Qué te ha dicho, qué te ha dicho? —gritó Chatín.

—Ahora os lo contaré. Vamos al saloncito de estar —dijo Nabé—. ¡Señora Cosqui! ¡Oh, está usted aquí! También ha venido. Tengo noticias emocionantes.

Todos fueron a la sala. «Ciclón» estaba tan excitado como todos, sin saber de qué se trataba. «Miranda» saltaba sobre el hombro de Nabé, llevando todavía en la mano una pieza del rompecabezas.

Cuando se hubieron sentado, Nabé comenzó:

—Mi padre se ha puesto en contacto con la policía y se lo ha contado todo. Están muy interesados. Mi padre dice que ellos saben lo que hay dentro de las cajas, pero no han querido decírselo, y mañana por la mañana van a venir aquí para investigar.

—¡Mañana!... ¿Con esta nieve? —exclamó Roger, mirando por la ventana cómo seguían cayendo los copos—. Ningún coche podrá llegar hasta aquí.

—¡Van a venir en helicóptero! —dijo Nabé—. Y tenemos que prepararles un campo de aterrizaje.

—¡Troncho! —exclamó Chatín—. ¡Qué emocionante! ¿Cómo vamos a hacerlo?

—Pues hay una gran extensión de césped en la parte de atrás de la casa —dijo Nabé—. Es muy grande y llana, naturalmente. Y tenemos que limpiar de nieve un gran espacio en el centro para que el helicóptero no aterrice sobre una pista demasiado blanda.

—Vamos a empezar ahora mismo —dijo Chatín, poniéndose en pie en el acto y olvidándose de que había empezado a oscurecer.

—Tonto —exclamó Roger—. Cállate y deja que Nabé continúe.

—Tenemos que señalar el campo de aterrizaje de alguna manera —prosiguió Nabé—. Con trapos negros o algo por el estilo.

—Podemos utilizar las cortinas azul marino de arriba —replicó la señora Cosqui al punto y tan excitada como los demás—. Podemos limpiar un gran cuadrado y rodearlo con las cortinas. Si sopla viento podemos poner encima algo pesado... latas de conserva, o cualquier cosa.

—Pero ¿cuánta gente va a venir? —dijo la niña—. Yo pensaba que en los helicópteros cabían muy pocas personas.

—Vendrán tres —dijo Nabé—. Mi padre, un inspector y un sargento de policía, creo que ha dicho papá. Es de la única manera que pueden venir, y el inspector dice que es esencial el encontrar esas cajas.

—¿Qué pueden contener? —se preguntó Chatín, saltando en la silla igual que «Miranda»—. Escuchad, ¿verdad que es emocionante? Espero que esos hombres no

oigan la llegada del helicóptero.

—Papá dice que eso no importa —replicó Nabé—. Dice que pensarán que lo envían para traernos alimentos y para ver si estamos bien. De todas maneras, por el momento dice que es más importante encontrar las cajas que a esos hombres que conocemos.

—¡Caramba! —exclamó Chatín—. Pues busquémoslas otra vez. Sabemos que no pueden estar lejos; pesaban demasiado para que las hayan llevado a mucha distancia.

—Pero si ya miramos por estos alrededores, en la nieve y en la casilla de los botes —dijo la niña—. Sinceramente, yo tampoco creo que hayan podido llevárselas muy lejos una vez las descargaron de los trineos.

—No, eso es bien cierto —repuso Nabé, pensativo—. Eso también me intriga. Sabemos perfectamente donde terminan las huellas de los trineos... junto al lago.

—Supongo —exclamó Diana de pronto—, supongo... no, no es posible.

—¿Qué es lo que no es posible? ¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó Nabé al punto.

—Pues descubrimos que las huellas de los trineos terminaban junto al lago, y hemos encontrado los trineos allí cerca, sobre la nieve —explicó Diana—. Pero yo supongo que es posible que los hombres arrastraron los trineos por el lago hasta la otra orilla, y escondieron las cajas allí. Y luego volvieron a llevar los trineos al lugar donde los encontramos...

Los otros la contemplaron fijamente mientras asimilaban aquella nueva idea. Nabé se golpeó la rodilla, haciendo saltar a «Miranda».

—¡Sí! Sí, no sólo es posible, sino que es muy probable. ¿No os acordáis que anoche el lago estaba libre de nieve? Habíamos estado patinando todo el día, y los trineos debieron deslizarse con toda facilidad. Y luego cayó la nieve borrando el rastro que dejaron en el lago. Incluso una delgada capa de nieve cubre las señales hechas por los patines de los trineos al deslizarse sobre el hielo cargados con las pesadas cajas.

—Y yo he pensado otra cosa —casi gritó Chatín, sobresaltando esta vez a «Ciclón»—. El paquete de cigarrillos que encontré hacia el centro del lago... a medio vaciar. No lo tiraron esos hombres..., sino que debió perderlo uno de ellos mientras arrastraba el trineo.

—Sí. Tienes razón —dijo Roger, dándole una palmada en la espalda—. Eso me intrigó también a mí. Ahora, tú has resuelto ese pequeño misterio, Chatín. Claro que lo perdieron y no lo tiraron. Vaya, ojalá no hubiera oscurecido. Podríamos ir al lago y buscar algún posible escondite en la otra orilla.

—Llevémonos las linternas —dijo Chatín, levantándose de un salto y haciendo ladrar a «Ciclón».

—No, nada de eso —replicó la señora Cosqui al punto. Había escuchado

asombrada sin pronunciar palabra, pero ahora sí tenía algo que decir—. Si salierais a estas horas de la noche, con tanta nieve, siendo noche cerrada y con el frío que hace... os perderíais y amaneceríais helados.

—¡Bah! —exclamó Chatín, demasiado nervioso para atender a razones—. Yo me voy. Vamos, Nabé.

—No, Chatín. La señora Cosqui tiene razón —replicó Nabé—. Sería una locura. Podemos esperar a mañana. Nos levantaremos temprano, ya que tardaremos mucho en quitar la nieve del césped y preparar un cuadrado lo bastante grande para que el helicóptero pueda aterrizar felizmente.

—Tendremos que buscar unas palabras —dijo la niña.

—Hay algunas en el cobertizo del jardinero —repuso la señora Cosqui—. Las sacaremos mañana. Y ahora, ¿no queréis merendar? Las tostadas calientes y los bollitos se habrán enfriado.

—¡Troncho! Me había olvidado de la merienda. ¿Cómo es posible? —exclamó Chatín, estupefacto—. Di, pon el mantel, de prisa. Yo te ayudaré a recoger las cosas. Las tostadas se están enfriando. ¡Qué cosa más terrible!

La señora Cosqui regresó riendo a la cocina para traer el té en la gran tetera parda. ¡Aquel Chatín! Era igualito a su Tom, siempre con apetito, y siempre dispuesto a gastar bromas. Oyó ruido de pisadas y volvió la cabeza. Era «Ciclón», que huía con su cepillo. Pero cuando hubo dejado la tetera él ya había desaparecido escaleras arriba. ¡Dios sabe dónde iría a dejarlo!

La merienda-cena transcurrió en medio de la mayor excitación, mientras todos discutían sobre helicópteros, policías, posibles escondites donde encontrar las cajas al otro lado del lago y sobre el paradero de Jaime y Estanislao, los dos ladrones.

—Puede que estén con las cajas —dijo Chatín untando de carne en conserva la cuarta tostada—. Tal vez se hayan construido una casa de nieve como la nuestra y tengan un buen refugio con muchas latas de conserva y beban agua de nieve.

—En ese caso será mejor que tengamos cuidado —exclamó Diana, alarmada—. Yo no quiero encontrármelos. Dejemos que los busque la policía, pero me encantaría encontrar las cajas.

—Mañana, cuando vayamos al lago, nos llevaremos los trineos —dijo Roger—. Y en caso de que las encontrásemos podríamos traernos dos cajas, una en cada trineo. ¡Cómo se alegraría la policía al verlas!

Aquella noche no estaban nada cansados, puesto que apenas habían hecho ejercicio, y a la señora Cosqui le costó mucho convencerles para que se acostaran. Ella no deseaba otra cosa, pues había estado amasando y guisando buena parte del día, y se encontraba fatigada. A las nueve y media asomó la cabeza por la puerta del saloncito.

—¿Estáis ya preparados? —les dijo—. Os he encendido ya las palmatorias. Daos

prisa, por favor.

—Está bien —repuso Nabé, percibiendo el cansancio en la voz de la cocinera—. Suba usted, señora Cosqui. Nosotros vamos en seguida. Llamaremos a la puerta de su habitación para anunciarle que hemos llegado felizmente a nuestras habitaciones.

Estuvieron charlando otros diez minutos, y luego salieron al recibidor para coger sus palmatorias, pero todas estaban apagadas. Y el vestíbulo estaba completamente a oscuras.

—¡No apagues la lámpara de petróleo! —gritó Nabé a Diana—. Alguien ha apagado nuestras palmatorias. ¿Qué es lo que ocurre ahora? Sin duda ese Don Nadie vuelve a hacer de las suyas. Esto está como la boca de un lobo. Voy a encender una de las velas para ver qué es lo que ocurre.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Diana—. ¿Es que esta noche también nos van a molestar? De prisa, Nabé. Espera, tengo una linterna. Voy a iluminar con ella todo el recibidor para ver si hay alguien.

La dirigió a todos los rincones con mano temblorosa. Y sí... allí había alguien escondido. El haz de luz cayó sobre una cabeza peluda que asomaba detrás de una silla, con dos ojos brillantes de expresión perversa.

—¡Es «Miranda»! —gritó Chatín—. Oh, la muy traviesa. Tú apagaste todas las velas, ¿no es cierto? ¡Cógela, «Ciclón»!

Pero antes de que el perro pudiera acercarse a ella la monita subía los escalones parlotando de contento.

¡Ajá! ¡Acababa de gastarle una broma que a «Ciclón» no se le ocurriría nunca!



Capítulo XXII

La llegada del helicóptero

La mañana siguiente amaneció despejada y radiante. Había cesado de nevar y volvía a brillar el sol en el cielo, de un azul muy pálido. Todos los niños se alegraron mucho, porque así le sería más sencillo el aterrizaje al helicóptero.

Se levantaron muy temprano y devoraron el desayuno. Diana fue a ayudar a la señora Cosqui a lavar los platos, y los niños fueron a buscar leña para el fuego. Luego recogieron las palas del gran cobertizo del jardinero que estaba, no muy lejos de la cocina. Estaba cerrado, pero la señora Cosqui les dio la llave y pudieron sacarlas.

—¡Bueno! —exclamó Nabé cuando sus ojos cayeron sobre la gran variedad de palas allí reunidas—. Las hay grandes y pequeñas. Oye, tú coge esta pequeña,

Chatín.

—No seas tan pesado —replicó el niño, contrariado—. Soy tan fuerte como tú... o tal vez más.

Diana y la cocinera fueron a reunirse con ellos cuando todavía estaban discutiendo por las palas. La señora Cosqui se subió las mangas y escogió una bastante pesada. Nabé la contempló con admiración. Todo lo que hacía lo hacía a conciencia.

Salieron con las palas al hombro. La nieve estaba muy espesa sobre la extensión del césped, y tendría una altura de unos dos palmos.

—Marquemos un gran cuadrado —dijo Nabé—. Y empecemos a limpiarlo en seguida.

Lo señalaron y luego emprendieron la tarea de quitar la nieve a paletazos. Era un trabajo duro. Chatín comenzó con demasiado ímpetu y tuvo que descansar antes que ninguno.

—Debieras haber cogido una pala pequeña como te dije —exclamó Nabé con los ojos brillantes.

Pronto lograron despejar buena parte del cuadrado.

—Ahora ya es lo bastante grande para que pueda aterrizar un helicóptero —dijo Roger calculando su extensión—. Aunque sea un poco justo. Señora Cosqui, ¿qué le parece si usted y Diana fueran a buscar esas cortinas oscuras y así podríamos colocarlas alrededor del claro en cuanto oyéramos el ruido del helicóptero? No sabemos cuándo llegará, pero continuaremos quitando nieve hasta entonces. Ya descansaremos después.

La cocinera y Diana desaparecieron en el interior de la casa, y volvieron al poco rato cargadas con las cortinas que habían cogido de las habitaciones superiores.

Después de dejarlas en el suelo continuaron ayudando a los niños. No llegó ningún helicóptero, y los pequeños consideraron necesario tomarse otro descanso. Nabé se había quitado la chaqueta y pensaba seriamente en quitarse la camisa, tanto era el calor que sentía.

La señora Cosqui fue a la casa y trajo algunos bollos y limonada helada. ¡A ninguno le apetecía tomar nada caliente en aquellos momentos! Comieron y bebieron con avidez, ya que el ejercicio les había despertado el apetito y estaban sedientos. Luego reemprendieron el trabajo.

—Son las doce menos cuarto —dijo la señora Cosqui—. Creo que lo mejor será que vaya a preparar un poco de sopa, a pelar patatas, y además. Con tres personas más a comer necesitaremos mucha comida. Diana, ven tú también; ya has quitado bastante nieve.

—Sí, ve a ayudar a la señora Cosqui —dijo Nabé, viendo que Diana estaba cansada—. Ahora ya no queda mucho que hacer. Hemos despejado un buen trozo

para que pueda aterrizar el helicóptero.

Diana fue a la casa con la cocinera, y los niños continuaron su tarea. Desde luego ahora había mucho espacio para aterrizar, y Nabé sintióse muy orgulloso.

Y entonces, a través del aire fresco y despejado, llegó hasta ellos un zumbido. Los niños levantaron la cabeza... debía ser el helicóptero.

—¡De prisa! ¡Extended las cortinas! —gritó Nabé, excitado—. Y no te atrevas a llevarte ninguna, «Ciclón»... ni tú tampoco, «Miranda».

La señora Cosqui y Diana salieron corriendo en cuanto oyeron el zumbido del helicóptero y les ayudaron a colocar las cortinas alrededor del enorme cuadrado libre ya de nieve. Ahora podían ver con toda claridad el aparato... con las aspas girando sobre él... No era muy grande...

Se fue acercando, acercando, y el ruido aumentó.

—¡Está bajando! ¡Han visto nuestro campo de aterrizaje! —gritó Chatín presa de gran excitación—. Aquí, helicóptero, aquí; por aquí, por aquí.

Graciosa y cuidadosamente, el helicóptero descendió hasta el claro. Tocó tierra con una ligera sacudida, y el sargento, que era quien lo pilotaba, fue el primero en descender y saludó a los niños sonriente.

—¡Magnífico! —les dijo—. Hemos visto vuestro campo de aterrizaje a varios kilómetros de distancia. ¡Espléndido!

Luego sé apeó el padre de Nabé, el señor Martín, y el último del terceto, el robusto inspector de boca enérgica y ojos amables, que brillaban bajo sus pobladas cejas.



—¡Vaya! —dijo—. Buenos días a todos. He oído decir que habéis tenido algunas molestias.

El señor Martin sonreía feliz de verles a todos contentos y a salvo.

—No os hubiera dejado venir de haber sabido que ibais a quedar rodeados por la nieve —les dijo—. Vamos... entremos en la casa y allí hablaremos.

Y allí se fueron. La señora Cosqui estuvo muy atareada en la cocina mientras los otros intercambiaban noticias en el saloncito de estar.

El inspector y el sargento lo escucharon todo con gran interés, este último tomando dos veces nota. Los niños tuvieron que referir toda la historia desde el principio al final. El inspector les hizo muchas preguntas, quedando muy satisfecho al oír sus rápidas y claras respuestas.

—Estos niños son muy inteligentes —dijo volviéndose al señor Martin, que

guardaba silencio, asombrado ante aquella extraña historia.

—El señor Martin dice que habéis intentado encontrar las cajas después de que se las llevaran esos hombres, pero sin éxito —continuó, dirigiéndose a los niños—. ¿Tenéis alguna idea de adonde pueden haberlas llevado?

—Sí, inspector —repuso Chatín rápidamente, comunicándole su última idea... que los hombres habían deslizado los trineos por encima del lago, llevando los trineos hasta la otra orilla—. Pero la nieve ocultó sus huellas —dijo—, de manera que pensamos que no habían llevado los trineos más allá de la casilla de los botes; primero no se nos ocurrió que pudieran haber cruzado el lago helado. Y además yo encontré un paquete de cigarrillos en el lago; debió caérseles cuando lo atravesaban.

El inspector y el sargento demostraron gran interés ante aquellos detalles.

—¡Ah! —exclamó el inspector—, eso es algo. Es evidente que no pudieron llevarse las cajas muy lejos, así que...

—Inspector, ¿qué hay dentro de esas cajas? —preguntó Chatín, que rabiaba por saberlo.

—Tendremos que esperar a verlo —replicó el policía—. Si es lo que suponemos, nos alegraremos mucho, muchísimo.

La señora Cosqui apareció en la puerta.

—Espero no interrumpirles, caballeros —dijo en tono cortés—. Pero tengo la comida preparada, si es que la desean ahora, o si no la conservaré caliente para más tarde.

—No, no... sírvala ahora, señora Cosqui —replicó el señor Martin en el acto—. Ha sido usted muy amable al pensar en ello. ¿Le quedan todavía muchas preguntas por hacer, inspector?

—Ninguna —replicó el policía, y el sargento colocó la banda de goma elástica alrededor de su libreta de notas negra y guardó el lápiz—. Pero esta tarde realizaremos algunas pesquisas, si los niños quieren enseñarnos el lago, la casilla de los botes y demás. Tal vez consigamos encontrar las cajas.

—¡Oh, estupendo! —dijo Chatín, frotándose las manos—. Vaya, esto es emocionante, ¿no les parece?

—Mucho —replicó el inspector sonriendo al niño pelirrojo de cara pecosa que tenía un perro a sus pies.

—Yo iré a ayudar a la señora Cosqui —dijo la niña, y Roger fue también. «Miranda» saltó del hombro de Nabé y también salió por la puerta, ante el asombro de los dos policías.

—Probablemente ha ido a hacer algo que le entusiasma —exclamó Nabé sonriendo—. Levantar las tapaderas de todas las fuentes para ver lo que hay dentro.

La señora Cosqui había preparado una comida succulenta... «Imponente», como diría Chatín... y permaneció en la estancia para ayudar a servir a tanta concurrencia.

Los dos policías dejaron su aire grave y bromeaban y reían alegremente, igual que el señor Martín. En conjunto resultó una comida muy divertida y opípara, especialmente para «Ciclón», que no dejaba de recibir bocados por debajo de la mesa.

«Miranda» estaba muy excitada porque, además de la gran tarta esponjosa de mermelada, hubo pina tropical con crema para postre, y Nabé tuvo que vigilarla. Le encantaba la pina y cogía un pedazo de la fuente cada vez que pensaba que nadie la miraba.

—Y ahora —dijo el inspector después de haber disfrutado de la comida y de la compañía—, creo que será mejor poner manos a la obra. Saldremos y nos enseñaréis la casilla de los botes y todo lo que haya que ver. Luego atravesaremos el lago helado hasta la otra orilla, para ver si logramos descubrir dónde han escondido esas cajas.

Hubo gran excitación. Los cuatro niños corrieron en busca de sus abrigo, sombreros y bufandas, mientras los tres hombres les esperaban fumando sendos cigarrillos aromáticos y rubios.

Cuando estuvieron dispuestos «Ciclón» corría más loco todavía que de costumbre, con un cepillo en la boca y desafiando a todos a que se lo quitaran. «Miranda» esperó su oportunidad y se dejó caer en su lomo cuando pasó por delante de donde ella estaba. Furioso y sorprendido, el perro se volvió para ladrarle y el cepillo se le cayó de la boca. En un abrir y cerrar de ojos, «Miranda» lo cogió, volviéndose a subir al hombro de Nabé y luego lo introdujo por el cuello de su camisa para ponerlo a salvo.

—¡Vaya un par! —dijo el inspector, riendo—. Son tan malos como los niños.

Todos rieron... y luego salieron de la casa deteniéndose para enseñar al inspector el enorme aldabón en forma de cabeza de león.

—¡Oh! Esos individuos deseaban a toda costa que os marcharais de la casa, ¿no es cierto? —dijo el inspector—. Bueno, vamos, tenemos mucho que hacer esta tarde.



Capítulo XXIII

Chatín se da un golpe en un pie

Primero los niños acompañaron a los tres hombres a la casilla de los botes, donde les enseñaron la ventana rota y el lugar donde terminaban las huellas de los trineos.

—Y ahí es donde los encontramos casi ocultos por la nieve —dijo Chatín, señalando el lugar.

Los policías penetraron en el cobertizo, que estuvieron examinando sin hablar apenas. Al regresar menearon la cabeza.

—Aquí es imposible esconder gran cosa —dijo el inspector—. Pero no cabe duda de que los hombres estuvieron aquí, a juzgar por la cantidad de colillas y cerillas gastadas. Ahora vamos a cruzar el lago. Escarbaremos la nieve de trecho en trecho

por si acaso hubiera algún rastro en el hielo de debajo.

Así lo hicieron, pero sin lograr descubrir ninguna huella de los trineos. Una vez en la otra orilla del lago comenzaron un registro sistemático. El inspector les adjudicó una zona a cada uno. La nieve alcanzaba una altura considerable en algunos puntos y era muy probable que las cajas estuvieran escondidas por allí.

Fue un trabajo pesado el pisotear la nieve buscando en ella algo duro, como eran las cajas. Pronto agotaron todas las zonas señaladas por el inspector y continuaron campo traviesa, pero allí la nieve estaba perfectamente uniforme y virgen, siendo evidente que las cajas no estaban escondidas allí, o de otro modo la nieve aparecería removida y desigual.

—Bueno, parece que no hemos tenido mucho éxito, ¿verdad? —dijo el señor Martin decepcionado—. Hemos examinado ya toda esta orilla del lago, el resto tiene arbustos hasta el mismo borde del agua, y no es probable que esos hombres pasaran por ahí.

—Será mejor dejarlo por esta tarde —repuso el inspector—. No creo que traten de llevarse las cajas mientras haya tantas dificultades para conseguir un medio de transporte... por ejemplo, un camión, que pudiera transportarlas por carretera. Estén donde estén, esas cajas continuarán escondidas hasta que las carreteras estén limpias de nieve. Entonces esos hombres no perderán ni un minuto para sacarlas de su escondite y llevárselas todas a la vez por la noche.

—Cierto —repuso el señor Martin—. Entonces volveremos a Villa Rat-a-Tat para merendar. Ya empieza a oscurecer, y apenas vemos lo que hacemos.

Se volvieron para regresar por el lago. El tiempo había mejorado y en algunos puntos la nieve comenzaba a derretirse a toda prisa. Una vez junto a la orilla se dispusieron a cruzarlo en dirección a la casilla de los botes.

El señor Martin iba delante hablando con los dos policías, y Chatín y «Ciclón» cerraban la marcha sin dejar de ir apartando la nieve que cubría por completo la superficie helada.

De pronto Chatín se golpeó el pie contra algo duro y lanzó un grito de dolor.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Nabé.

—Me he hecho daño —replicó Chatín sosteniéndose sobre un solo pie, y sujetándose el otro con las manos—. ¡Oh, me he hecho polvo el dedo gordo, a pesar de mis botas de goma!

—No armes tanto revuelo —dijo Nabé—. Habrá sido un poco de nieve helada.

—No —replicó Chatín indignado, buscando inmediatamente en lo que había tropezado y que no tardó en encontrar.

—¡Mira esto, Nabé! —le gritó—. Es un trozo enorme de hielo. ¡Mira! No es sólo un poco de nieve helada. No es extraño que me haya deshecho el pie.

Nabé retrocedió hasta donde estaba Chatín y contempló el pedazo de hielo que

éste acababa de descubrir. Era bastante curioso... grande, circular y macizo, y estaba sobre la superficie helada del lago. Nabé lo miró sorprendido.

—¿Por qué será redondo? —dijo—. Qué pedazo de hielo más curioso. —Lo contempló más de cerca y al fin lanzó un grito que sobresaltó a Chatín en gran manera.

—¡Eh, papá! ¡Inspector! ¡Vengan aquí un momento... de prisa!

Chatín contempló a Nabé como si éste se hubiera vuelto loco, y «Ciclón» empezó a dar vueltas ladrando desafortadamente como hacía siempre que les veía excitados. El señor Martin y los dos policías se volvieron sorprendidos y regresaron lo más rápidamente posible.

—¿Qué ocurre? —preguntó el inspector—. ¿Habéis encontrado algo?

—Sí, este pedazo de hielo —repuso Nabé—. Miren... es perfectamente circular y muy grande. Ha sido aserrado de la superficie helada del estanque.

—¡Ah! Ahora sí que la cosa se pone caliente —dijo el inspector arrodillándose para examinar el círculo de hielo—. Es una circunferencia perfecta... hecha con una sierra, naturalmente, como tú has dicho. Pero ¿por qué? ¡Ajá! Esto es muy interesante. ¡Qué lástima que ya haya oscurecido! Veamos. ¿No podríais ir vosotros a la casa y traer linternas y algunas palas para quitar la nieve de encima del hielo? Hemos de ver de dónde han cortado ese pedazo.

Terriblemente excitados los cuatro niños corrieron hacia la casa en donde cogieron linternas y palas, saliendo de nuevo a toda prisa sin apenas contestar a las preguntas de extrañeza de la señora Cosqui.

Con las linternas iluminaron la nieve cercana al lugar donde Chatín había encontrado el fragmento circular de hielo, y las palas fueron utilizadas para quitar la nieve que lo cubría.

—Será mejor que tengamos cuidado para no caer en el agujero que habrá quedado en el lugar donde quitaron este pedazo de hielo —dijo Roger.

—No hay miedo —dijo el señor Martin—. El agua habrá vuelto a helarse casi inmediatamente.

Al cabo de cinco minutos se oyó gritar a Nabé:

—¡Ya lo he encontrado! Debe ser éste. ¡Miren!

Se acercaron a él iluminando sus pies con las linternas. Y allí debajo de la nieve había un círculo de hielo claramente definido en la superficie del estanque que indicaba el lugar de donde cortaron el pedazo de hielo, y donde el agua había vuelto a helarse.

—Se parece bastante a esas tapaderas redondas de los desagües que se ven en las calles —dijo la niña—. ¡Cielo santo! ¿Ustedes... creen posible... que esos hombres echaran las cajas al agua sabiendo que luego la superficie volvería a helarse escondiéndolas perfectamente?

—Eso parece —replicó el inspector contemplando el nuevo círculo de hielo en el que encajaba perfectamente el que había sido cortado—. ¡Qué idea tan ingeniosa! Estanislao y Jaime son hombres de inteligencia.

—¿Qué hacemos, inspector? —preguntó el sargento con gran interés—. Está oscureciendo.

—Creo que podemos dejar las cosas tal como están hasta mañana —replicó el policía—. No es probable que esos hombres intenten sacar las cajas del lago hasta que el tiempo haya mejorado lo bastante para que un camión venga a recogerlas. Volveremos mañana y será emocionante cortar otro círculo de hielo para inspeccionar el agua que hay debajo.

Todos quedaron un tanto decepcionados por tener que esperar hasta el día siguiente.

—Yo no podré dormir pensando en esto —dijo Chatín—. Inspector, ¿no podríamos hacerlo ahora? Traeré una sierra y hay muchas velas.

—¡Tonto! Se apagarían —dijo Roger.

El inspector ni si quiera se molestó en contestarle y echó a andar hacia Villa Rata-Tat, muy satisfecho. Nadie se fijó en que Chatín cojeaba y que estaba enfadado. De no haber tropezado contra el círculo de hielo, nadie hubiera descubierto nunca aquel escondite tan ingenioso, y consideraba que por lo menos podían compadecerse de su dedo pulgar.

La señora Cosqui al enterarse de la noticia quedó sorprendida y emocionada.

—¿Quién iba a pensarlo? —dijo—. Haber hecho un agujero en el hielo para esconder las cajas. ¡Vaya una ocurrencia! Vaya, esos hombres tienen grandes ideas. ¡Primero golpear la puerta con el aldabón a medianoche para asustarnos y hacemos huir, y luego simular que el muñeco de nieve se paseaba! Me alegraré mucho cuando les tengan seguros bajo llave y cerrojo, señor inspector.

—Y yo —repuso el policía—. Me alegraré muchísimo. Claro que no sabes con certeza qué encontraremos en esas cajas que están en el agua, ni lo que contienen. Pero tengo grandes esperanzas, sí, muchas esperanzas.

—Imagínese... tener que esperar toda una noche antes de averiguarlo —se lamentó Chatín amargamente—. «Ciclón», ¿qué te parece si nos escapáramos a medianoche y fuéramos a averiguarlo por nuestra cuenta? ¿Estás tu dispuesto?

«Ciclón» estaba dispuesto a todo, naturalmente, y así lo demostró, pero el inspector no estuvo de acuerdo con semejantes sugerencias.

—Nadie debe volver a acercarse al lago hasta que el sargento y yo vayamos mañana por la mañana —le anunció—. Pasaremos la tarde apaciblemente y esperemos que mañana tengamos mejor suerte.

Ciertamente la tarde transcurrió en medio de la mayor cordialidad, ya que el inspector resultó ser un espléndido narrador de historias interesantes. Y Chatín

escuchaba con la boca abierta los medios de que se vale la policía para descubrir los crímenes.

—¡Caramba! —dijo asombrado cuando el inspector hubo descrito la captura de un espía particularmente inteligente—. Yo nunca haré nada malo, nunca. Nadie tiene la menor oportunidad de escapar si tiene que habérselas con usted, inspector. Me parece que cuando sea mayor ingresaré en el Cuerpo de Policía. «Ciclón» me servirá para seguir el rastro de los delincuentes, apuesto a que sí.

«Ciclón» depositó el cepillo a los pies de Chatín, como si se tratase de un hueso exquisito, y su amo le miró con el entrecejo fruncido.

—¡Idiota! Yo te estoy alabando delante del inspector y tú haces tonterías como ésta. Devuélvelo en seguida, y pide perdón a la señora Cosqui. ¡De prisa, antes que lo coja «Miranda»!

El señor Martin se echó a reír. Chatín siempre le divertía.

—Es hora de acostarse —dijo—. Recordad que mañana nos espera una tarea muy difícil.



Capítulo XXIV

Fin del misterio

A la mañana siguiente, Chatín fue el primero en levantarse y bajó corriendo con «Ciclón» pegado a sus talones. La señora Cosqui le encontró en la cocina tratando de reavivar el fuego al cabo de pocos minutos.

—No podía dormir ni un minuto más —le explicó—. No comprendo cómo el inspector no se ha levantado todavía. Su deber es continuar su trabajo lo más pronto posible, ¿no?

—Eres terrible —repuso la señora Cosqui—. Deja ya el fuego. Has armado tal revoltijo que no sé cómo voy a arreglarlo. Vete a despertar a los otros porque el desayuno estará listo más pronto que otros días.

—Gracias —le dijo Chatín volviendo a subir la escalera con su inseparable «Ciclón».

A los cuatro pequeños aquella mañana les pareció que desayunar era una pérdida de tiempo... incluso Chatín, que siempre era el último en terminar..., pero aquel día estaba tan impaciente como los demás.

Al fin, armados de dos serruchos y una gran soga, la pequeña expedición tomó el camino del lago. «Miranda» iba sobre el hombro de Nabé, y «Ciclón» descubrió que

ahora que la nieve se derretía sobre la superficie helada, ésta volvía a tornarse resbaladiza, y sus patas patinaban en todas direcciones poniéndole en ridículo.

Llegaron al lugar donde descubrieron el círculo de hielo, y junto a él el agujero cuya superficie había vuelto a helarse. El inspector hizo una seña al sargento y éste se arrodilló tratando de introducir en el hielo el extremo del enorme serrucho.

No fue cosa sencilla pero al fin la sierra comenzó a actuar, y el sargento bufando y jadeando logró aserrar el círculo completo.

Luego insertó una cuña y levantó el redondel recién cortado, y que depositó junto al primero. Todos se asomaron a mirar el agua.

—Veo algo —dijo el sargento introduciendo la cabeza casi en el agua—. Y creo que podré alcanzarlo, inspector.

E introduciendo el brazo en el agua asió una cuerda y tiró de ella.

—Está atada a algo que hay más abajo, inspector —le dijo—. Me parece que tendremos que hacer bastante fuerza para sacarlo.

—Átela al extremo de la cuerda que hemos traído —le dijo el inspector—. Póngala en doble para que haga más fuerza. Apártate del agujero, chico..., puedes caerte dentro.

Chatín obedeció decepcionado. El sargento luego de unir las dos cuerdas y ayudado por el inspector, tiró con fuerza.

—Algo está subiendo —jadeó el sargento satisfecho—. ¡Uuuupa, ahí viene! ¿Alguien más quiere ayudar? Pesa esto mucho.

El borde de una caja asomaba por el gran agujero, y con otro gran esfuerzo lograron que se apoyase contra el borde del boquete y luego se deslizó sobre el hielo tan de improvisto que el sargento se cayó de espaldas ante el regocijo de «Ciclón».

Todos contemplaron la caja.

—Sí —exclamó Chatín alegremente—. Ésta es una de las cajas que los hombres sacaron del sótano. ¡Hurra!

—¿La abro ahora, inspector? —preguntó el sargento levantándose con cuidado. El policía asintió mientras el sargento sacaba un estuche de cuero lleno de una interesante colección de herramientas. ¡Cómo le hubiera gustado a Chatín tener una igual!

Con gran cuidado y hábiles manipulaciones, el sargento consiguió al fin levantar la tapa, y los niños se asomaron a su interior. La caja, al parecer, había sido cerrada herméticamente, puesto que en su interior no había el menor rostro de humedad. Algo brilló cuando los niños se inclinaron para mirar.

—¡Fusiles! —exclamó Chatín sorprendido—. ¡Vaya, mirad cuantos fusiles!

Los policías se miraron haciendo un gesto de asentimiento. Sí, aquello era lo que esperaban encontrar, y el señor Martin también asintió con la cabeza.

—¡Buen trabajo! —dijo—. Esperemos que estén ahí todos los fusiles que esos

individuos robaron de un campamento del ejército. Supongo que para sacarlos secretamente del país, y utilizarlos en alguna parte contra nosotros.

—¡Caramba! A la señora Cosqui no le va a hacer ninguna gracia el pensar que ha tenido docenas de fusiles almacenados en el sótano —dijo Chatín—. Le dan mucho miedo. ¿Vamos a sacar todas las cajas? Miren... hay una cuerda atada a ésta que penetra en el agua. ¿Estará unida a otra de las cajas? ¿Las habrán atado unas a otras?

—Cállate, máquina parlante —dijo Nabé ansioso por no perder ni una de las palabras que hablaban los tres hombres. ¡Aquello era un asunto serio... un caso de traición!

Un pensamiento le asaltó. Un caso de traición... sí, aquello le traía algo a la memoria. Sí... ¿cuál era aquella antigua leyenda?... el aldabón de cabeza de león que nunca sonaba a menos que hubiera un traidor en Villa Rat-a-Tat. Y lo había cuando sonó... fue él mismo quien lo tocó. Nabé se hizo el propósito de comunicar sus pensamientos a los demás en cuanto pudieran verse a solas. ¡Era, muy, pero que muy curioso!

—Ve a buscar tu trineo, muchacho —dijo el inspector a Chatín—. Nos llevaremos esta caja a la casa para examinarla mejor. Y en cuanto a las otras las dejaremos aquí hasta que pueda traer más hombres para que las vigilen. Probablemente contienen lo mismo que ésta.

Chatín fue en busca de su trineo a toda velocidad. Pusieron la pesada caja encima y con la ayuda de Roger la arrastraron sobre el hielo. ¡Qué hallazgo!

—¿Y las otras cajas, inspector? ¿Y si vienen los ladrones y se las llevan? —dijo Chatín.

—No vendrán hasta que la nieve haya desaparecido y puedan traer un camión por carretera —replicó el policía—. Y algunos hombres para ayudarles.

—Pero ¿no va a dejar a nadie de vigilancia, inspector? —insistió el pequeño—. Quiero decir, que no sabemos cuándo pueden venir.

—Vigilaremos el primer camión que penetre en este distrito —explicó el inspector de buen talante—. Y por si acaso crees que no sabemos cuál es nuestra obligación, te aseguro que en cuanto hayan cargado el camión con los fusiles e intenten llevárselo, será detenido, registrado y llevado al puesto de policía más próximo. ¿Merece tu aprobación?

—¡Oh, inspector! —dijo Chatín enrojeciendo—. Sé muy bien que conoce su obligación... sólo pensaba... bueno, que esos hombres podían venir, llegarse aquí y llevarse las cajas, y...

—Pero ¿no te parece buena idea dejarles que las saquen y las carguen en el camión, de manera que no tengamos más que conducirles al puesto de policía? —dijo el inspector—. ¿O prefieres tomarte la molestia de sacarlas tú mismo?

—Oh, no inspector —dijo Chatín—. Yo... bueno... este... este —y no supo qué

decir viendo que el policía le estaba tomando el pelo.

Después de comer, el inspector y el sargento se marcharon en el helicóptero con la caja de fusiles. Los niños sintieron verles marchar... ¡había sido tan emocionante!, les dijeron adiós con la mano hasta que el helicóptero no fue más que un punto en el cielo, y entonces entraron en la casa.

—Papá, ¿te vas a quedar con nosotros? —le preguntó Nabé encantado de tenerle a su lado.

—Sí, creo que sí —repuso el señor Martin sonriendo—. Si no os estorbo.

—Oh, no —exclamó Diana que quería mucho al padre de Nabé—. Nos encantará tenerle entre nosotros. Aunque siento que la nieve se derrita... no podremos ir en trineo ni hacer batallas de bolas de nieve... pero todavía podremos patinar.

—Mi padre patina estupendamente —dijo Nabé, con aquella nota de orgullo que aparecía en su voz siempre que hablaba de su padre—. Papá, ¿es que no va a venir mi primo Dick? ¿No está mejor de su resfriado?

—Sí, pero no había sitio para él en el helicóptero —repuso el señor Martin—. De manera que sólo estaremos vosotros y yo.

—¡Bien! —exclamó Nabé satisfecho—. ¡Muy bien! Me pregunto si todavía estaremos aquí cuando esos hombres vengan a coger los fusiles del lago. ¡Cómo me gustaría!

—Sí, espero que sí —dijo su padre—. Eso será una emoción más que añadir a tus vacaciones. Caramba, quién iba a imaginar cuando os traje aquí a disfrutar unos días de los deportes de invierno, que precisamente esos nombres habían escondido los fusiles en el sótano. Qué sorpresa debieron llevarse al ver luces en la casa.

—En realidad ha sido Chatín quien ha resuelto este misterio —explicó Diana generosamente—. De no haber sido por él las cosas no hubieran resultado tan bien.

—¡Tienes razón! —exclamó Chatín radiante—. Yo oí ruido por la noche y bajé y vi las cajas...

—Apuesto a que fue «Ciclón» que gruñía o algo por el estilo —dijo Roger—. Y no olvides que lo único que hiciste fue encerrarte tú mismo en el sótano.

—Y fue Chatín quien tropezó con el pedazo de hielo que nos hizo comprender dónde habían escondido los fusiles —continuó Diana—. Sí, y fue él quien encontró el paquete de cigarrillos.

—¡En resumen, podemos casi asegurar que Chatín ha resuelto el misterio de Villa Rat-a-Tat! —dijo el señor Martin sonriendo ante la cara satisfecha del pequeño—. Se merece una recompensa. ¿Te gustaría algo en particular, Chatín?

—Sí —repuso el niño al punto—. Hay algo que deseo con toda mi alma... ¿puedo hacerlo?

—¿Qué es ello? —preguntó el señor Martin.

—Quiero aporrear la puerta con ese aldabón en forma de cabeza de león —dijo

Chatín—. Igual que hizo ese Don Nadie la otra noche. No tiene usted idea del ruido que mete, señor Martín.

—Eres un tonto —le dijo Nabé—. Papá, déjale. No se sentirá feliz hasta que lo haya hecho. Ya sabes que esas pequeñas cosas satisfacen a las inteligencias menguadas.

—Ese aldabón es enorme —replicó Chatín indignado—. Vamos, «Ciclón»... y veras lo que es bueno.

—Dile a la señora Cosqui lo que vas a hacer, por lo que más quieras —le gritó Diana—, o se morirá del susto. Y tú, Nabé, sujeta a «Miranda». Mírala ya está otra vez encima de la repisa de la chimenea con las cartas y el tapón de corcho.

Chatín fue hasta la puerta principal y la abrió.

—«Ciclón» —le dijo con toda solemnidad—. Yo sólito he aclarado el Misterio de Villa Rat-a-Tat... y vamos a hacer que se entere todo el mundo. ¡Prepárate!

Y alzando el aldabón con ambas manos lo dejó caer con todas sus fuerzas.

¡RAT-A-TAT-TAT! ¡RAT-A-TAT-TAT!

—Está bien, Chatín, ya lo hemos oído. ¡Ahora ven a sentarte y estate quietecito!



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles mas leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsy, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es mas corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.